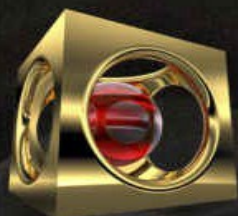
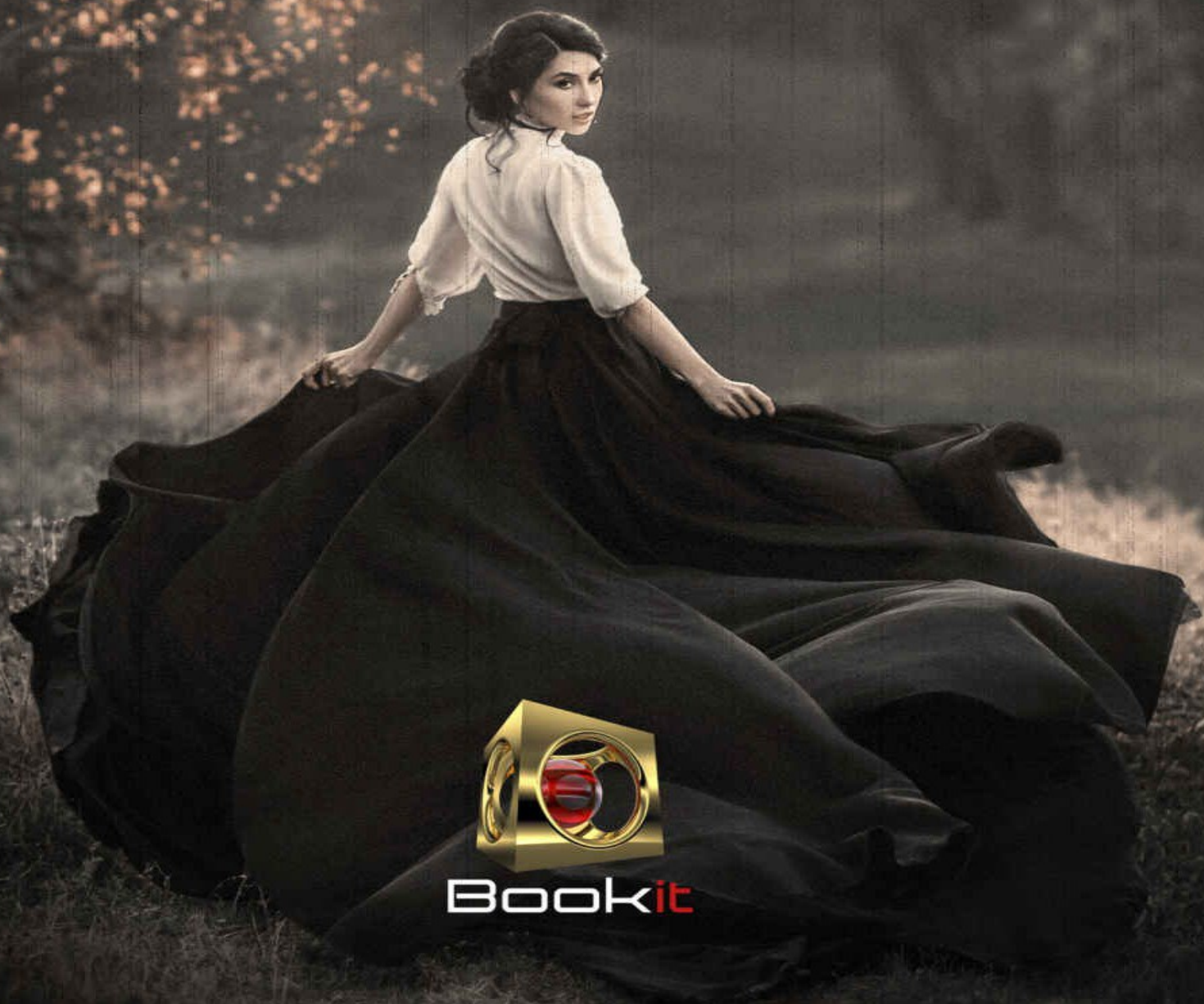


Deuda de familia

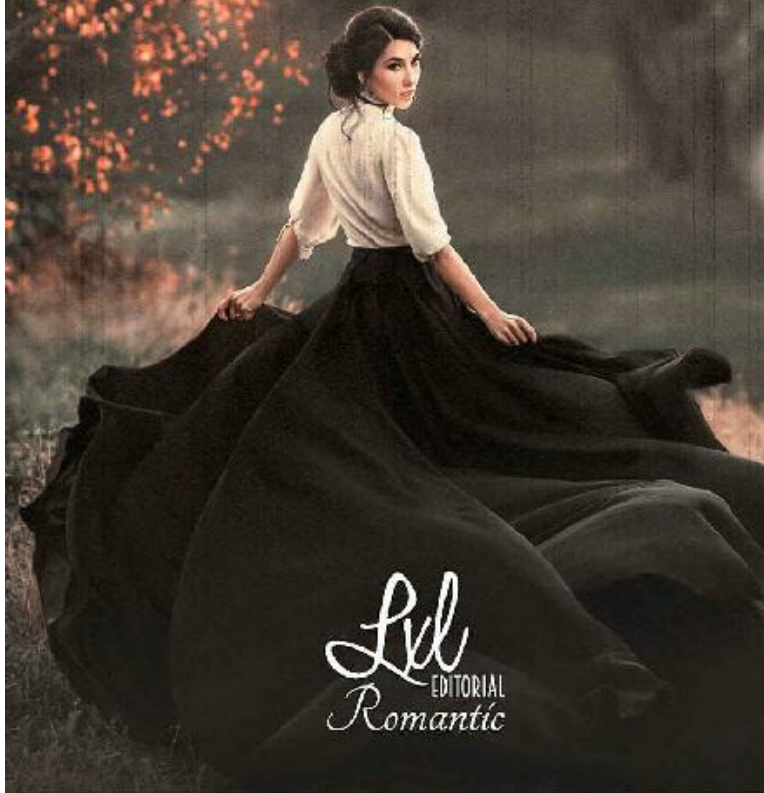
NADIA NOOR



Bookit

Deuda
de
familia

NADIA NOOR



Lxl
EDITORIAL
Romantic

Deuda de familia

Deuda

de

familia

Nadia Noor

Lxl
EDITORIAL
Romantic

1.^a edición: Abril 2018

Copyright

© Nadia Noor 2018

© Editorial LxL 2018

www.editoriallxl.com

dirección@lxleditorial.com

ISBN: 978-84-17160-80-7

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación, u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art.270 y siguientes del CÓDIGO PENAL).

Diríjase a CEDRO (Centro Español De Derechos Reprográficos) Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 917021970 / 932720447. Los personajes, eventos y sucesos que aparecen en esta obra son ficticios, cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

Impreso en España – Printed in Spain

Diseño cubierta – LxL Editorial

Maquetación – LxL Editorial

A Roberto, por ser mi príncipe

Agradecimientos

«Deuda de familia» es un proyecto que ha visto la luz gracias a la oportunidad que me ha brindado Lxl Editorial. Un gracias enorme a todo el equipo y, en especial, a Angy Skay, que es mucho más que una editora.

Asimismo, quiero agradecer a todos mis seguidores y lectores, por haberme insuflado la energía y las ganas de continuar con esta aventura, y a todo aquel que decida darle una oportunidad a esta novela. Mil gracias, sin vosotros este sueño no sería posible.

Capítulo 1

Marchena, agosto 1899

Rafael Vega caminaba con paso apresurado en dirección hacia su casa. Sus ojos recorrieron el valle franqueado por dos grandes colinas en el que se situaba Marchena, su ciudad. Hacía mucho calor, por lo que quitó su sombrero de ala ancha y se atusó el pelo. Con el dorso de la mano se limpió el sudor que comenzó a escurrirse por la frente.

Se paró delante de su casa, una majestuosa mansión de tres plantas situada en una de las zonas más exclusivas de la ciudad. La fachada de acceso, revestida de ladrillo tallado, estaba dividida en dos cuerpos, con una altura igual a la del resto del edificio. Abrió la puerta y le dio la bienvenida la brisa fresca que recorría el jardín central. Los arbustos de lilo común desprendían un entrañable olor a almizcle y miel y elegantes tallos de rosas se erguían esplendorosos entre las plantas de hoja verde, repartiendo alrededor un delicioso perfume.

Levantó la mirada y observó que las dos plantas de arcos sostenidas por columnas de mármol que rodeaban el jardín estaban desiertas. Se sentó agradecido en un banco guarecido por la sombra y comenzó a abanicarse con un viejo periódico que encontró sobre la mesa. Más sosegado, se agachó y sacó de su bolso de piel de vacuno unos papeles envejecidos por el tiempo. Se trataba de las escrituras de la única finca que aún conservaba; la salvación de su familia. La propiedad estaba en ruinas, apenas quedaban unos pocos mozos trabajando en ella. Ahí se criaban vacas, ovejas, gallinas y gansos, pero a Rafael no le quedaba dinero para mantener aquello. Sus malas gestiones unidas a su vicio de jugar al póquer, habían mermado todas sus pertenencias y el dinero heredado de sus antepasados.

La finca era su última carta para poder enderezar la situación, y Rafael se la jugaría esa misma tarde. En la ciudad había aparecido un adinerado conde, quien se dispuso a organizar un torneo de póquer en el que se jugaba grandes cantidades de dinero. No tenía efectivo, sin embargo, el conde aceptaba sustitutivos al dinero, como escrituras de casas y fincas o tierras.

—Don Rafael, ¿quiere tomar una limonada? —Una criada, que apareció de la nada, le sobresaltó. Guardó las escrituras en su bolso y negó enérgico con la

cabeza. Lo que él necesitaba era una buena jarra de vino tinto, pero su delicado corazón le negaba ese capricho tan ansiado. Además, Patricia, su esposa, se pondría furiosa.

—Quiero un poco de vino, llévemelo a la biblioteca. —Se levantó de la silla con gesto cansado y, mirando fijamente a la joven criada, añadió—: ¡Que no te vea la señora Patricia!

Subió con dificultad los peldaños de la escalera, mientras sentía el sol calentándole la nuca. Nada más acceder a la biblioteca, dejó la carpeta sobre su escritorio y se acomodó en su sillón favorito. Escuchó golpes en la puerta y pensando que sería la criada, la invitó a pasar.

Su hija menor, Natalia, apareció en su campo visual. La niña de sus ojos, su máspreciado tesoro. Alta y esbelta llevaba su largo vestido de muselina con elegancia. A sus diecisiete años era considerada como una de las muchachas más bellas de la ciudad.

—Padre, ¿está muy ocupado? —Natalia entornó sus grandes ojos oscuros, rodeados por densas y largas pestañas.

—Para ti nunca estoy ocupado. Ven, mi niña, siéntate aquí a mi lado.

Natalia recogió los pliegues de su amplio vestido color cereza y se sentó de forma recatada en la silla. Dejó las manos descansar en su regazo, como aprendió que hacía una niña de su condición, y dijo en voz baja:

—Siempre me ha enseñado que la gente vale por sí misma y no por su ascendencia o linaje.

—Así es, un buen linaje es garantía de que una persona vale la pena, pero no es una norma general.. A lo largo de la historia hemos encontrado personas muy valientes que provenían de la clase baja y nobles muy estirados que resultaron ser unos cobardes —le contestó su padre, escrutándola con la mirada—. ¿Por qué me lo preguntas?

Natalia bajó la cabeza y contempló cómo se retorcían sus manos. Su padre se acercó a ella, le alzó el mentón y, cuando encontró el brillo de sus oscuros ojos, le preguntó:

—Siempre nos lo hemos contado todo. ¿Qué te preocupa?

—¡Estoy enamorada! —se sinceró ella de repente. Bajo la mirada atónita de su padre, sus mejillas se encendieron y un resplandor intenso iluminó sus ojos—. Es militar y no tiene fortuna.

Rafael palideció. Durante años había compartido la pasión por la lectura con Natalia. Padre e hija admiraban por igual los ideales de los héroes

literarios. Habían abogado por la justicia, la bondad y la igualdad de los seres humanos. Aquello había estado bien mientras ella era una niña y no se enfrentaba al mundo propiamente dicho; escucharla ahora poner en práctica unos ideales tan lejanos lo aterró.

—¡Padre, diga algo, se lo ruego! —le suplicó a punto de comenzar a llorar —. Sergio es un caballero, es justo, es noble y... ¡muy apuesto!

«Aparte, de no tener donde caerse muerto», pensó su padre con el corazón encogido. Se esforzó y mostró una sonrisa tensa, al tiempo que le atusaba el pelo con delicadeza para tranquilizarla.

—Estoy seguro de que tu elección es la adecuada; no obstante, tendré que conocerlo para saber si es digno de ti.

Natalia se abalanzó hacia su cuello y le abrazó con cariño. Dejó descansar su cabeza en su pecho y le dijo con voz cargada de agradecimiento:

—Gracias, padre, es todo lo que le pido. Conocerlo, por ahora. En unas semanas se alistará voluntario con la esperanza de conseguir logros y ascender. A su regreso, podríamos tomarnos el matrimonio en serio.

La palabra «matrimonio» taladró los oídos de su padre, quien se acordó de que no podía mantener a su familia. Sintió un pinchazo agudo atravesarle la parte izquierda de su pecho.

¡Necesitaba ganar el torneo de póquer esa tarde!

La entrada de la criada dio la conversación por terminada. Tras ver la jarra de vino, Natalia le regañó con la mirada, pero se abstuvo de hacer comentario alguno.

—Por el momento, mantendremos esta conversación en secreto. No digas nada de esto a tu madre —le rogó.

Ella asintió sonriente y salió de la biblioteca.

En cuanto estuvo solo, se sirvió una copa de vino y, antes de tomarlo, se entretuvo admirando su color rojo intenso. Inspiró su olor frutal, una mezcla de grosella, cerezas y ciruelas y lo acabó de un trago. Las preocupaciones se multiplicaron dentro de su cabeza, por lo que intentó aliviarse con otra copa. Levemente mareado, se sentó para descansar en su sillón favorito y cerró los ojos. Medio adormilado pensó que se llevaría también las escrituras de la mansión al torneo de póquer de aquella tarde. Se lo jugaría todo.

Con unas buenas ganancias podría enderechar su mala situación económica y dejar a su hija elegir su futuro.

«¿Y si lo pierdes todo?», se preguntó y ante aquella frustrante

interrogación se quedó dormido.

Capítulo 2

Natalia entró precipitada en su dormitorio y dio varias cabriolas alrededor de la ventana simulando unos alegres pasos de baile. Se sentía eufórica. Por fin había encontrado el valor de confesarle a su padre el amor hacia Sergio. Estaba segura de que en cuanto lo conociera, él la apoyaría.

Sergio era el ser más maravilloso del mundo: atento, galante, paciente y bueno. Siempre ayudaba a los débiles y pensaba cambiar el mundo por uno justo y sin desigualdades. En sus ojos azules, habitaba el inmenso cielo. En el brillo de su mirada, se alojaba el esplendoroso sol.

Se conocieron a principios de aquella misma primavera. Natalia acudió a una verbena con unas amigas para repartir limonada fresca y galletas, en honor a la Virgen del Rosario, patrona de la ciudad. Sergio, apareció acompañado de varios colegas, todos uniformados y muy apuestos. Las chicas empezaron a cuchichear, preguntándose si los militares tendrían novias o estarían solteros. Cuando el grupo de los soldados formó una cola frente al puesto de limonada de las jóvenes, estas se emocionaron, derramándola por el suelo. Fue el turno de los militares para comentar sobre la belleza y la torpeza de las seguidoras de la Virgen. Cuando Sergio dirigió hacia Natalia su mirada luminosa, ella se quedó con el vaso en la mano sin saber qué hacer con él. El militar le sonrió, y unos labios firmes y bien formados, desvelaron una dentadura uniforme y blanca. Ella, presa de un embobamiento repentino, sujetaba entre sus dedos el vaso vacío, sin dejar de mirarlo. Los hombres de su círculo social eran la mayoría mayores, jamás había visto un joven tan atractivo. Ni unos ojos tan azules. Ni una sonrisa tan seductora.

—¡Señorita! —Una música la envolvió al escuchar aquel timbre potente de voz—. ¿Me sirve una limonada, por favor?

Ella se sobresaltó y notó cómo el vaso de cristal se le escurría entre los dedos. Sin poder remediarlo, observó que abandonaba su mano y, tras caerse al suelo de madera, se hizo añicos.

Ante aquello, las mejillas de Natalia se incendiaron y las lágrimas empañaron su vista, listas para humillarla delante del apuesto militar. Deseó en ese instante excavar un agujero debajo del puesto de la limonada y meterse en él.

Sus amigas se agruparon preocupadas a su alrededor y perdió de vista al militar. Entre todas la reconfortaron y le vendaron la pequeña herida que sangraba en su dedo meñique. Como ya no podía servir limonada, abandonó su deber y se sentó bajo la sombra de un árbol centenario. Detrás de ella, esperaba paciente Almudena, su criada.

Momentos después, una sombra alargada ocultó los rayos del sol que brillaban desde lo alto del cielo. Aclaró la vista y, cuando el sol estuvo tapado del todo, pudo admirar en todo su esplendor al apuesto militar que se había parado delante de ella.

—Señorita, permítame que me presente, soy el sargento Sergio Fernández. Disculpe que haga yo mismo los honores, pero no tenemos amigos en común y estoy preocupado por su herida. Se ha hecho daño por mi culpa.

Natalia agradeció mentalmente a la Virgen el hecho de estar sentada. Con toda la fuerza de voluntad de la que disponía alargó su mano y cuando sus dedos gráciles tomaron contacto con la piel áspera del militar, sintió una corriente eléctrica recorrerle todo el brazo.

—Natalia Vega, encantada de conocerlo y, por supuesto, disculpas aceptadas. —Arqueó sus labios dando la oportunidad a su boca generosa de convertirse en una amplia y seductora sonrisa.

Él, animado por sus palabras, giró sobre sí mismo y agarró con facilidad una silla vacía.

—¿Le puedo ofrecer compañía? —preguntó con galantería.

—Sí, por favor —aceptó ella de inmediato, abrumada por verlo sentado tan cerca.

Los colores invadieron de nuevo su rostro y un nudo incómodo se alojó en su garganta. Cuando él prendió de nuevo su mano vendada, sintió un poderoso aleteo en la boca de su estómago. Alrededor de los dos jóvenes se detonó una pequeña explosión de sentidos. Ella, cohibida, soltó la mano y los dos apartaron turbados las miradas.

A lo lejos, una fila de militares se aproximaba en dirección hacia ellos. Sergio se levantó y, mientras le tomaba la muñeca con delicadeza y depositaba un beso suave sobre ella, le dijo con afectividad:

—Me tengo que ir, el deber me llama.

—Claro, por supuesto —se apresuró en disculparlo.

—¿La puedo volver a ver algún otro día? —preguntó con voz entrecortada —. El próximo domingo en la plaza, mi división y yo haremos una parada

militar. Por si...

—¡Me encantaría! —le interrumpió impaciente y, ante la sonrisa satisfecha de él, recordó los buenos modales de una señorita y añadió en voz baja—: Hasta el próximo domingo.

Aquella, fue sin duda la semana más larga de sus diecisiete años de vida. Los minutos avanzaban a ritmo de caracol, y las manillas del reloj parecían estancadas. Durante el día, Natalia no tenía paciencia para entretenerse con nada y, por la noche, dormía mal y se despertaba empapada de sudor. Soñaba despierta con volver a verlo. Todos sus pensamientos se redujeron a una sola persona: él.

Finalmente, el ansiado domingo llegó y Natalia pudo respirar de nuevo con normalidad. Se atavió con uno de sus mejores vestidos, color rojo fuego, compuesto por una falda amplia de seda repartida en varias capas que se sujetaba a su cintura con un corsé apretado. El corpiño tenía un escote cuadrado y, de las mangas tres cuartos, colgaban sendos lazos dorados de seda. Se peinó a la última moda, enrollando varias trenzas alrededor de su melena suelta. Se pellizcó con fuerza los labios hasta dejarlos del mismo color que su vestido y dejó caer en sus muñecas unas poquitas gotas de perfume de rosas blancas. Enguantó sus manos y sujetó sobre su hombro delicado una sombrilla dorada, a juego con los lazos decorativos de su vestido. Con la criada pegada a sus espaldas, acudió a la parada militar.

En la plaza, se respiraba aire de fiesta. Las canciones alegres interpretadas por una orquesta contratada para animar el desfile, arrancaron los sinceros aplausos de los asistentes. En ese estado de euforia general, varias decenas de militares hicieron su aparición. Ataviados con sus mejores galas, pisaban el suelo con fuerza al ritmo de los tambores. Entre ellos, se hallaba Sergio, quien al encontrarse con los ojos de Natalia se desorientó y dio un paso en falso, a punto de caerse. Natalia apartó la mirada y él enderezó su porte y siguió con su deber.

Cuando los actos militares finalizaron, Sergio la buscó entre la multitud y la invitó a sentarse en un banco apartado, flanqueado por un árbol frondoso. Natalia rebuscó unas monedas en su bolso de mano y se las ofreció a la criada para que se alejara de ella y comprara un helado.

Debajo de aquel árbol, Sergio le declaró su amor. ¡Él también había pasado la semana más larga de su vida! Él también había contado los minutos y los segundos, igual que ella. Él también había perdido el sueño mientras

esperaba ansioso el momento de volver a verla.

De vuelta a la realidad, Natalia pensó que debería buscarlo cuanto antes para contarle las últimas novedades.

¡Lo había hecho! Había reunido el suficiente valor para informar a su padre sobre su relación. Más de una vez, Sergio se había preocupado por la reacción de su familia. Con seguridad, se alegraría al saber que, a los Vega, no les importaba su condición social.

Envuelta en felicidad y pensamientos positivos, se cambió el vestido y salió apresurada en dirección hacia la habitación de su madre. Patricia se deleitaba con una limonada fresca, mientras una criada le peinaba con sumo cuidado su melena abundante.

—Madre, no queda hilo de coser, saldré a comprar —mintió, sin el menor ápice de remordimiento.

—¿Cómo vas a salir de casa con el calor que está haciendo? —se escandalizó su madre al tiempo que posaba sobre ella una mirada reprobatoria—. Manda a la criada.

—Nunca me trae lo que quiero, ya lo sabe. Es preciso que vaya yo misma. Tengo varios vestidos descosidos y, últimamente, no encargamos nada nuevo —se quejó afectada, sabiendo que ante aquella punzante observación, su madre cedería.

—Vale, pero no tardes —claudicó Patricia—. En una hora te quiero de vuelta, tu hermana ha pasado mala noche y necesita tu compañía. Solo contigo se reconforta.

La alegría de Natalia se ensombreció al pensar en su hermana mayor, Delia. Sufría frecuentes pérdidas de memoria y, por el momento, ningún médico había podido precisar un diagnóstico, ni encontrar cura a sus males.

Capítulo 3

Rafael apretujaba en su cartera de mano las escrituras de la hacienda y de su casa. Juró y perjuró que no utilizaría las últimas por nada del mundo; solo las consideraba un seguro ante un golpe repentino de inspiración y buena suerte.

El club social donde se organizaba el evento, estaba situado a media hora andando de su casa y, a Rafael le hubiese gustado llegar como un señor en un coche de caballos. Sin embargo, el dinero no le sobraba y resolvió acudir andando. Se animó pensando que, a la vuelta, se permitiría alquilar el mejor coche de caballos, para poder traer las miles de pesetas que ganaría. Motivado por esos pensamientos positivos, caminó con paso ágil varias calles hacia abajo, soportando con resignación las altas temperaturas de la tarde de agosto.

Llegó al club social sudoroso a causa del calor, la caminata y los nervios que se apoderaron de él. Entró decidido y, diez minutos más tarde, se sentó y se puso a charlar con sus compañeros de juegos. En la cabecera de la mesa se encontraba sentado el barón de Casares. Se trataba de un conocido jugador de póquer, considerado como una baja amenaza debido a sus desafortunadas jugadas. A su lado se hallaba su hijo mayor, un joven larguirucho, poseedor de una mirada aburrida. El banquero de la ciudad ocupaba la tercera silla y, por sus astutas jugadas, era considerado como una amenaza media. La quinta silla, por el momento, permaneció vacía.

—¿El conde vendrá? —preguntó Rafael con interés—. ¿Le conocen?

—Se rumorea que es madrileño, pero se llama a sí mismo conde italiano para impresionar — contestó el barón de Casares.

—¡Por Dios!, eso significa engañarnos, ¿será un hombre de honor? — preguntó Rafael sobresaltado.

—Esta mañana ha depositado en el banco cincuenta mil pesetas —le contestó el banquero con voz pausada y tranquila—. No hay duda, es de fiar.

—¿Señores? —Se escuchó una voz grave y varonil, que hizo que los cuatro asistentes levantasen la vista hacia el poseedor de la misma—. Soy Robert Conde. ¿Listos para comenzar?

En la opinión de Rafael, el supuesto conde italiano era un hombre de

aspecto peligroso. De estatura media, muy fornido, con hombros anchos y manos grandes, parecía desentonar con su vestimenta cara y bien cuidada. Moreno, con el pelo peinado hacia atrás, dejaba al descubierto un rostro ovalado con facciones regulares. Sus ojos, de color marrón bronce, estaban salpicados de manchas oscuras. Sonreía, pero no con amabilidad. Su aspecto general intimidaba. Ocupó la quinta silla e invitó a la primera ronda de licores. Rafael suspiró asustado ante la imponente presencia de ese hombre. Se debatió entre la posibilidad de retirarse y salir con las escrituras intactas, pero, al recordar su pésima situación económica, se quedó pegado a la silla esperando la sonrisa de la suerte.

Robert Conde abrió la apuesta con veinte mil pesetas. Rafael entró en el juego y, avaló su participación con las escrituras de la hacienda que depositó sobre la mesa. Tras unos hábiles movimientos, la suerte le sonrió y solo quedaron en la última mano él y Robert Conde. Muy esperanzado, sacó un *full* de damas que fue abatido instantes después, por la escalera del conde. Ante eso, Rafael sintió el sudor recorrerle la espalda. Empujó con manos trémulas las escrituras de la hacienda hacia el ganador. Robert sonrió despreocupado y las guardó en su cartera, como si se tratase de unos papeles sin importancia y no de una propiedad.

Notó que unos pinchazos muy fuertes le atravesaban el lado derecho de su torso y la sensación imperiosa de que le faltaba el aire.

Había perdido la fuente de sustento de su familia. Estaba acabado. En el siguiente turno no entró, se quedó vigilando el juego. De esa manera, pudo comprobar que el conde no seguía una estrategia especial, ni se tomaba demasiado en serio el juego. Parecía, más bien, improvisar sobre la marcha, sin inteligencia, ni táctica alguna.

«Solo es un tipo con suerte», pensó esperanzado. «Tal vez estoy a tiempo de ganarlo», se animó al ver que aquella mano se la llevó el banquero.

Tras cinco rondas seguidas, en la mesa de juego se amontonaron cuarenta y cinco mil pesetas; dinero suficiente para garantizarle el bienestar de su familia y una buena vejez. Rafael rebuscó en su carpeta y sacó las escrituras de su casa. El barón de Casares y el banquero de la ciudad le lanzaron unas miradas reprobatorias, señal de que no debería jugarse aquello, pero Rafael estaba decidido. Una buena jugada y regresaría a casa con los bolsillos llenos y las escrituras.

Cuando Robert vio las segundas escrituras sobre la mesa, preguntó:

—¿Está seguro?

—¡Segurísimo! —exclamó Rafael bravamente poseído por un repentino optimismo.

Después de unos quince minutos de adrenalina y tensión, los cinco jugadores volcaron las cartas bocarriba. El *full* de ases de Rafael fue ganado por la escalera de colores del conde. Por unos instantes, pensó que aquello no le estaba sucediendo en realidad. Empujó las escrituras hacia el ganador, esperando un milagro. Robert las aceptó, con el gesto despreocupado dibujado en la cara. Las esperanzas de Rafael se derrumbaron como un castillo de naipes. Se sintió de repente viejo y cansado. No tenía fuerzas para levantarse de la silla. El conde de Casares le tocó el hombro en señal de apoyo y le dijo con voz agradable:

—Delante del club está esperando mi coche de caballos. Puede utilizarlo si quiere, yo me quedaré un rato más para probar suerte.

Ante esa muestra consoladora, el conde arqueó sus pobladas cejas y arrugó el entrecejo.

—¿Está usted bien? —Un atisbo de preocupación brilló en su mirada oscura—. Esta tarde no ha tenido mucha suerte, lo siento.

Rafael le lanzó una mirada larga, cargada de arrepentimiento, pero no le contestó. Cayó en la cuenta de que había convertido a un desconocido en el dueño de su casa y de su hacienda. Salió sin despedirse, se encontró que la noche había caído sobre la ciudad y que, por fin, había refrescado.

Distraído, aceptó el ofrecimiento del barón y se montó en su carroza. Desde el asiento trasero recorrió con la mirada las calles desiertas de Marchena. El hilo de sus pensamientos se estancó en su mujer, Patricia. Hija de aristócratas castellonenses, mujer autoritaria, acostumbrada a la buena vida. Quizá, podría salir adelante.

Pero ¿cómo iba hacerlo con una joven de veinte años enferma que no sabía en qué mundo vivía? ¿Y Natalia? Era apenas una niña. La niña de sus ojos. Y él, su padre, acababa de dejar a sus hijas en la calle. Era indudable que, Robert Conde no tendría ningún reparo en tomar posesión de lo que era suyo.

Además, las deudas de juego eran sagradas. En el caso de que ocurriese un milagro y el conde decidiera perdonarlo y devolverle las escrituras, sería una deshonra tan grande, que le mataría igualmente. Rafael Vega era hombre muerto.

Entró en su casa y se sentó sobre un banco en el jardín. Buscó y rebuscó en

el silencio de la noche alguna alternativa para remediar su trágica situación, pero no parecía haber ninguna. Subió los peldaños de la escalera y se refugió en la biblioteca para pensar. Descorchó una botella de bourbon y, tras tomar un par de copas, el camino que debía de tomar se perfiló con claridad delante de él.

Capítulo 4

Natalia dio varias vueltas sobre sí misma y el vestido blanco y vaporoso, se levantó airoso acariciándole los tobillos. Se contempló en el espejo y admiró el gran collar de perlas que le abrazaba el cuello. El pelo largo y abundante lo llevaba medio recogido en la nuca y sobre sus hombros, envueltos en tafetán, descansaban algunos mechones largos y ondulados.

«Eres una novia espectacular», se dijo presuntuosa a sí misma. «Sergio se pondrá feliz en cuanto te vea. Y, tu padre, te llevará al altar orgulloso».

Se paró en medio de una vuelta y admiró el jarrón de cristal repleto de rosas rojas que descansaba sobre una mesita de noche. Sus manos, enguantadas en seda blanca, acariciaron con delicadeza los pétalos aterciopelados. Inspiró hondo y se impregnó de un aroma suave y primaveral. Embriagada, decidió alejarse cuando notó que los pliegues de su vestido se engancharon en una astilla. Con sus manos temblorosas intentó liberar el vestido, pero, cuanto más tiraba, más se le resistía. Unas lágrimas enormes le nublaron la vista cuando la seda de su vestido crujió al desgarrarse. Tiró de la falda, pero no consiguió desengancharla y debido al tirón la mesa se movió de su sitio; hecho que provocó que el gran jarrón de cristal se balanceara y cayera estrellándose contra las baldosas con un sonoro golpe. Las rosas se esparcieron en el suelo y unas cuantas quedaron enganchas en el tafetán que cubría su vestido. Miró horrorizada el suelo de cerámica sevillana cubierto de rosas y su vestido blanco immaculado teñido de pétalos rojos. Intentó quitarse las flores, pero los nervios se apoderaron de ella y solo consiguió pincharse con las espinas de un tallo, por lo que lo tiñó de sangre. Comenzó a chillar aterrada, pero la voz no logró traspasar su garganta. Escuchó unos gritos agudos; sin embargo, no reconocía su propia voz. Despegó las pestañas y se topó de frente con su cuarto oscuro. Por arte de magia, se desvanecieron las rosas, el vestido blanco teñido de sangre y el jarrón roto. Pero, los gritos continuaron con más fuerza...

Comprendió que solo había sido una pesadilla y agudizó el oído. En alguna parte de su casa, alguien estaba gritando. Saltó de la cama apresurada, encendió una vela y, con paso titubeante, se adentró en el pasillo lóbrego. Tras andar unos pasos, sintió una mano posarse sobre su espalda. Ahogó un grito

cuando entendió que se trataba de su hermana Delia, que al igual que ella, se había despertado.

La agarró de la mano y, con la otra sujetó la vela con firmeza para iluminar el pasillo. Se paró a escuchar con atención antes de doblar la esquina. Los gritos venían de la biblioteca y, al aproximarse, pudo oír con claridad la voz de su madre. Buscó una silla y acomodó a su hermana en ella.

—Tú espera aquí, iré a ver qué pasa. No te muevas, ¿entendido?

Su hermana mayor asintió, mostrando una expresión asustada en su rostro.

Natalia iluminó con la vela el tramo de pasillo que la separaba de la biblioteca y abrió despacio la puerta. Dos piernas que se balanceaban en el aire le dieron la bienvenida. Un cuerpo inerte, colgado de una cuerda gruesa, flotaba sobre el escritorio sin llegar a tocarlo.

La joven sintió una angustia repentina y, al bajar la vista, observó a su madre sentada en el suelo. Emitía gritos y lamentos con la mirada fija en el cuerpo.

Natalia se aguantó las ganas de vomitar y se subió con rapidez sobre el escritorio. Alcanzó las piernas de su padre y levantó el cuerpo hacia arriba, sujetándolo con fuerza. Pensó que de esa manera, la cuerda se aflojaría y él volvería a respirar. El cuerpo de su padre parecía entumecido y pesaba muchísimo. A pesar de ello, lo sostuvo con firmeza y clamó a su madre:

—Llame a unos mozos para que nos ayuden. ¡Rápido! No puedo aguantarlo sola. Y que traigan un cuchillo para cortar la cuerda. ¡Vamos, madre, no podemos perder ni un segundo!

Los gritos de Natalia surtieron efecto y Patricia despertó del caos en el que se encontraba. Dejó de lamentarse y salió al pasillo para pedir socorro. Momentos después, entraron en la biblioteca dos mozos fornidos y una criada. Apartaron a Natalia y tomaron el relevo para cargar el pesado cuerpo del señor de la casa. La criada se subió sobre el escritorio y, con mano firme, cortó la cuerda que oprimía el cuello de Rafael. El cuerpo se balanceó con violencia y los mozos estuvieron a punto de dejarle caer; sin embargo, en el último momento, consiguieron estabilizarse y lo bajaron al suelo. Lo tendieron con cuidado sobre las baldosas frías y buscaron el pulso. En el cuerpo del señor no quedaba vida alguna, estaba tieso y frío como una piedra.

—El señor ha pasado a mejor vida —indicó un mozo mientras hacía la señal de la cruz y besaba la mano de Rafael—. Que Dios lo tenga en su santa gloria.

Natalia lanzó un chillido roto y se abalanzó sobre el cuerpo de su padre. Le zarandeó las manos, le movió la cabeza, implorándole que despertase.

—Padre, por favor, soy yo, Natalia. Abra los ojos, se lo ruego. Estoy asustada. ¡No puede estar muerto!

Su madre se acercó a ella y la levantó con severidad.

—No tiene caso lloriquear, vamos a organizarnos que hay mucho que hacer. Tu padre nos ha dejado.

Natalia se levantó con dificultad, lanzándole a su madre una mirada reprobatoria bañada en lágrimas.

—¡Escuchadme todos! —levantó la voz Patricia—. Lo que ha ocurrido en este cuarto se quedará aquí. Nadie más tiene por qué saber la verdad. Diremos a la gente que, a lo largo de la noche, el señor ha sufrido un paro cardíaco y ha pasado a mejor vida. ¿Me habéis entendido?

—Sí, señora —murmuraron los fornidos mozos con la cabeza agachada.

—Y, ¿el médico? —se aventuró a preguntar la joven criada—. Se dará cuenta cuando vea el cuerpo, además, la cuerda le ha dejado marcas en el cuello.

—Tú, ¡a lo tuyo! —Patricia la miró amenazante—. Del médico ya me encargo yo.

Natalia regresó junto al cuerpo de su padre, lloriqueando en voz baja. Le tomó las manos entre las suyas intentado darle calor, cuando notó la mano de su madre tirándole del pelo. Sorprendida, la miró empañada en lágrimas.

—No te quedes ahí lamentándote, ya no tiene caso. Ve abajo y organiza el funeral con las criadas. ¡Rápido! —La apremió.

Obedeció y salió sin protestar de la biblioteca. Entre los arcos del pasillo se filtraban los primeros rayos del día. En la silla, acurrucada, esperaba su hermana Delia. Estaba ausente y parecía no acordarse de por qué estaba allí. Natalia la ayudó a caminar y la llevó de vuelta a su habitación.

—¿Mañana iremos a ver el mar? —preguntó una risueña Delia, al tiempo que ahogaba un bostezo.

—Sí, mañana iremos sin falta —le siguió la corriente con la voz entrecortada—. Ahora tienes que descansar. Es temprano, el sol no ha salido todavía.

Ayudó a su hermana a meterse entre las sábanas, apagó la vela y pidió a una criada que preparara un té de hierbas para dárselo a ella. Durante las próximas horas, necesitaba a Delia totalmente dormida.

Mientras bajaba los escalones de la casa, se preguntó cómo se organizaba un funeral.

Capítulo 5

La misa en honor a Rafael se celebró dos días más tarde en la pequeña capilla de la hacienda. Asistieron pocos amigos y conocidos, por lo que fue una ceremonia íntima y muy sentida. El pequeño corro, formado por los niños de los campesinos, arrancó alguna lágrima que otra al entonar la canción religiosa «Adiós, amo, buen camino».

La viuda de Rafael, vestida de riguroso negro, estuvo rodeada en todo momento por sus dos hijas: la mayor, enfrascada en su mundo preguntaba, de tanto en tanto, quién se había muerto y, la pequeña, que no paraba de llorar.

El calor sofocante de pleno agosto avivó los pasos de los asistentes hacia el cementerio y antes del mediodía, el cuerpo de Rafael descansaba en la cripta familiar junto a sus antepasados. Regresaron a la hacienda y después de que los pocos asistentes presentaran sus sinceras condolencias a la viuda y a sus hijas, se fueron retirando poco a poco. El conde de Casares al abandonar la hacienda se acercó a Patricia y mientras besaba su mano enguantada, se lamentó apenado.

—Lo siento tanto, fui uno de los últimos amigos en verle con vida. Debí advertirle e impedir la locura que cometió y desencadenó su infarto. Me siento culpable.

—¿Qué locura? —preguntó Patricia, desconcertada—. ¿De qué habla?

El conde de Casares rehuía su mirada y se alejó en silencio, dejando a la viuda con la pregunta en la boca. Patricia se acercó a la mesa y tomó un vaso de limonada. El líquido, que estaba caliente, le provocó angustia y se sentó en una silla para reponerse. Abrió su abanico y comenzó a airearse la cara.

Por primera vez desde que había encontrado a su marido colgado de la viga de la biblioteca, se permitió pensar en aquello: «¿Qué motivos habrían empujado a Rafael a quitarse la vida?».

Sabía que la situación económica que atravesaban no era muy buena; sin embargo, la hacienda les daba de comer y, con seguridad, en breve, encontrarían un yerno rico, puesto que Natalia era una muchacha joven y muy bonita.

—Señora —una voz varonil muy profunda la sobresaltó—. Mi más sentido pésame.

Patricia alzó la vista sobresaltada. Frente a ella había un desconocido apuesto, vestido con chaqueta de pana en tono gris oscuro y camisa blanca bien almidonada.

—Gracias —inquirió molesta, al entender que todavía quedaban personas en la casa.

—¿Podríamos hablar un momento en privado? —preguntó el desconocido en un tono educado, pero al mismo tiempo imperativo—. Necesito enseñarle algo.

—¡¿Ahora?! —exclamó alarmada ante su atrevimiento—. ¿Quién molestaría a una viuda momentos después de enterrar a su marido?

—Sí, ahora —siguió insistiendo el desconocido. Su mirada penetrante reflejaba determinación y su presencia poderosa no admitía negativa—. Me temo que es urgente.

Ante aquella falta de tacto y delicadeza, Patricia reaccionó y se levantó de la silla. Recogió los pliegues de su vestido oscuro que se interponían entre sus piernas, y dio grandes zancadas en dirección hacia la salita de estar. Entró y dio paso al desconocido. Este avanzó hacia la estancia y depositó sobre la mesa una cartera cuadrada. Rebuscó dentro de ella y sacó unos papeles.

—¿Qué es esto? —preguntó intrigada.

—Las escrituras de esta hacienda y de su casa de la ciudad —le respondió el hombre con voz clara y potente.

La sorpresa cruzó el rostro de Patricia, al tiempo que sintió las rudas baldosas bailar debajo de sus pies y el techo caérsele encima.

—¿Y por qué están en su poder? —consiguió balbucear más asustada de lo que pretendía, puesto que una atroz teoría comenzaba a tomar forma en su cabeza.

—Porque... me pertenecen —respondió sereno—. Su marido me las entregó como deuda de juego.

Deuda de juego. Escrituras. Rafael colgado de la viga. ¡No!

Las piernas le fallaron y Patricia se desequilibró e instintivamente apoyó las manos en el borde de la mesa. El desconocido la ayudó a sentarse en la silla y le acercó un vaso de agua. Ella intentó tomar un sorbo, pero la garganta agarrotada le impidió tragar. El sofocante calor la abrasó y la angustia volvió a apoderarse de ella, por lo que extendió el abanico y comenzó a airearse la cara.

—Siento informarle así... de la situación —se excusó él conmovido por su

estado—. Soy un hombre ocupado y me encuentro aquí de paso. Lamento decirle que he de ejecutar las hipotecas lo antes posible.

—¿Cómo qué ejecutarlas? —chilló la viuda con la mirada desorbitada—. Es mi casa y la de mis hijas. Vayamos por partes: ¿quién es usted?

—Soy Robert Conde —se presentó, al tiempo que hizo una leve inclinación con la cabeza en señal de respeto—. Siento su delicada situación, pero, como entenderá, no hay nada que yo pueda hacer. Supongo que ya sabrá que las deudas de juego son sagradas. Le daré una semana en deferencia a su situación de viuda y la dejaré elegir: me puede entregar las propiedades o el equivalente.

—¿Es usted un sinvergüenza! —resolvió ella lanzándole una mirada llena de odio—. ¿Se da cuenta de que por su culpa mi marido ha fallecido?

—Señora, es una auténtica desgracia lo que le ha ocurrido a su marido, pero su muerte no tiene nada que ver conmigo. Fue él quien insistió en jugar avalado por las escrituras. Además, me imagino que disponen de otras propiedades, su marido no pudo haber sido tan inconsciente de jugarse a suerte sus dos únicas casas.

Patricia suspiró, sopesando en su mente la situación. Decidió no darle a aquel hombre más información de la necesaria.

—¿A cuánto asciende la deuda de mi difunto marido? —Se levantó de la silla y le miró con altanería como señal inequívoca de que tenía la situación bajo control.

—Cincuenta mil pesetas, señora. —Las cifras marearon a la viuda y volvió a sentarse—. Regresaré en una semana. Elija el modo de saldar la deuda, me es indiferente recibir el dinero o las propiedades.

—¿No hay ninguna otra posibilidad? —preguntó con voz cansada.

—¡Madre, Delia ha sufrido otro ataque!

Natalia entró acalorada en la sala de estar, interrumpiendo la conversación. Sus mejillas sonrosadas contrastaban con su vestimenta oscura.

Al encontrarse a su madre acompañada, se disculpó.

—Siento interrumpir, no sabía que tenía compañía. ¿Puede venir? —preguntó, mientras regresaba sobre sus pasos hacia la puerta.

—Natalia, ¿qué modales son esos? —la increpó su madre al tiempo que se levantaba apresurada y salía detrás de su hija menor.

Robert siguió a las dos mujeres y se encontraron a Delia tumbada en un sofá, presa de unos espasmos desagradables. Patricia comenzó a lamentarse,

pidiendo sales a las criadas. Él se acercó a la cama y acomodó la cabeza de Delia sobre una almohada, inclinándola ligeramente hacia un lado.

—Necesito un plato hondo, toallas, vinagre y agua templada —le indicó él con tranquilidad a una ruborizada Natalia—. No es grave, pasará.

Ella obedeció sus órdenes y regresó con todo lo que le había pedido.

Robert impregnó la toalla dentro del agua y refrescó su cara. Después acercó el vinagre hacia su nariz y le humedeció los labios. Delia dejó de escupir espumilla y los espasmos se convirtieron, poco a poco, en leves arcadas, hasta que desaparecieron por completo y su cuerpo frágil se relajó. Abrió los ojos desorientada y sonrió al encontrarse a su hermana en su campo visual. Natalia la abrazó y la acunó en sus brazos. Después, fijó su mirada oscura en el desconocido y le dijo agradecida:

—Gracias por su ayuda. Ningún médico nos dijo que el vinagre tuviera ese efecto.

Él inclinó la cabeza observándola durante un instante. Después le dio la espalda y se dirigió hacia la puerta. Patricia le siguió de cerca y, al llegar al pasillo, Robert se despidió.

—Regresando a su pregunta y, teniendo en cuenta la grave situación por la que están pasando, puede que me interese otra cosa a cambio de las escrituras.

—¿Cuál? —preguntó Patricia, esperanzada.

—Su hija, Natalia —contestó él con tranquilidad. Saludó con una leve inclinación de la cabeza y salió de la casa sin esperar la respuesta de la viuda.

Capítulo 6

Sergio espoleó su caballo animándolo a galopar más deprisa. Levantó la vista, contempló con atención el paisaje a lo lejos y suspiró al ver que el sol había cruzado el horizonte. La tarde estaba a punto de caer y comenzó a temer que no llegaría a tiempo al funeral de don Rafael. Atizó de nuevo al animal que debido al estímulo, aumentó el paso.

Aquella misma mañana se había enterado del fallecimiento del padre de Natalia. Nada más saberlo, movió cielo y tierra para estar junto a ella, pero los permisos de sus superiores para poder abandonar el cuartel llegaron con retraso.

Sergio había soñado muchas veces con conocer a la familia Vega. En sus fantasías, el encuentro se produciría un domingo, al atardecer. Se presentaría con sus mejores galas y obsequiaría a Natalia con un enorme ramo de lilas silvestres. Después, disfrutaría en compañía de la familia Vega de una comida agradable, seguida de una reunión en la biblioteca. Tomaría una copa de coñac junto a don Rafael y hablarían sobre los detalles de su futuro matrimonio.

Levantó la vista hacia el cielo pensando malhumorado que la realidad se presentaba muy diferente. Jamás imaginó que la primera vez que acudiría a la casa de Natalia, sería para asistir a un funeral. Y, mucho menos, al de don Rafael. Todos sus esquemas se rompieron.

Vestía sus mejores galas, como en sus sueños, pero después de una cabalgada de más de dos horas, llegaría sudoroso y arrugado. Natalia no sabía de su llegada y no le recibiría con su mejor sonrisa. No llevaba un ramo de lilas silvestres, ni tenía con quién reunirse en la biblioteca para tomarse una copa de coñac.

Ahora que el patriarca de los Vega había fallecido, ¿a quién pediría la mano de Natalia? ¿Daría la madre el consentimiento? ¿Sería una viuda débil y desamparada?

Escrutó el horizonte y divisó a lo lejos la silueta de una casa. Espoleó el caballo y un cuarto de hora más tarde, se encontró con varios coches que regresaban en dirección contraria. Aceleró el paso y consiguió traspasar orgulloso la puerta de entrada a la hacienda. Descendió con rapidez de los lomos de su caballo y lo dejó atado a un árbol frondoso que lo cobijara del

implacable calor. Después, acicaló su aspecto colocándose con cuidado su gorra militar y se acercó a la entrada de la casa principal. Una muchacha abatida lo invitó pasar, sin preguntarle siquiera quién era. Una vez dentro del patio, empezó a sentirse incómodo, como si fuese un intruso y, multitud de dudas se colaron en su cabeza.

¿Y si no era un buen momento? Quizá, lo mejor hubiese sido esperar y no dejarse llevar por la situación. Una criada delgada lo recibió con una expresión triste dibujada en el rostro. Ante su mirada indagadora, él se presentó.

—Buenos días, soy el sargento Sergio Fernández y vengo a visitar... a la señora Vega. —No podía pretender un encuentro con Natalia, sin presentar antes sus condolencias a la madre y contar con su beneplácito.

—Avisaré a la señora —lo informó la chica invitándole con gesto cortés a pasar dentro de la casa.

Sergio la siguió y se quedó esperando de pie junto a la puerta, al tiempo que observaba la estancia espaciosa y limpia. Encima de la mesa quedaban algunos restos del almuerzo como queso, jamón curado, atún ahumado y alubias machacadas. Tenía hambre, pero no se atrevió a probar bocado. Su boca reseca suspiró al ver una jarra con limonada. Escuchó pasos y en su campo visual, apareció una mujer alta y atractiva, vestida de riguroso negro. Lucía el mismo porte que Natalia y, por la expresión de su rostro, supo con seguridad que se trataba de su futura suegra. Su ímpetu comenzó a abandonarlo al darse cuenta de que no era una pobre viuda desvalida, como él había pensado. Ante su mirada inquisitiva inspiró hondo, se quitó la gorra con aflicción y ofreció sus respetos.

—Señora Vega, mi más sentido pésame.

—¿Quién es usted? —La voz de su futura suegra resonó fuerte como el acero.

—Sergio Fernández, sargento del Regimiento de infantería N.5 de Marchena a su servicio —se presentó él con entonación militar y, ante el desconcierto de la mujer, se armó de coraje y añadió —: Estoy aquí en calidad de novio de su hija Natalia.

«Novio. ¿Novio? ¿¡Novio!?».

La viuda palideció y comenzó a abanicarse la cara con gesto efusivo.

—Pero ¿qué tonterías dice usted? ¿Cómo se atreve a presentarse en mi casa, así sin más? —lo fulminó ella—. ¿No tiene usted un mínimo de decoro?

—Señora, disculpe mis modales, le prometo que tenía intención de presentarme de una manera bien diferente, pero ante la delicada situación que están pasando, sentí la necesidad de venir y apoyar a Natalia. Sé que estaba muy unida a su padre. Con seguridad, mi presencia aquí aliviará un poco su pena.

—Usted, ¿quiere a mi hija? —La corta pregunta lo tomó por sorpresa.

Enderezó sus hombros como si se hubiese preparado para un saludo militar y alzó su mandíbula hacia arriba, en actitud colmada de orgullo.

—Más que a mi propia vida, señora —su voz sonó convincente. Y sonó convincente porque era verdad.

La mujer se acercó a él y le cogió por el brazo con cortesía. Comenzó a andar, tirándole del cuerpo con firmeza.

—Vamos a caminar, el sol parece haberse retirado. Necesito contarle algunas cosas.

Sergio la acompañó, sorprendido. La situación no se parecía en nada a sus fantasías anteriores. Además, todavía no había visto a Natalia y la mujer de acero le arrastraba con gesto firme fuera de la casa. Cuando llegaron a un polvoriento patio, le soltó el brazo y le atacó con la mirada.

—¿Sabe usted por qué ha fallecido mi marido?

El sol brillaba con mucha intensidad y, en ese instante, Sergio se percató de que bajo la gruesa túnica militar, el calor unido a la tensión vivida habían convertido su espalda en una pendiente por donde se deslizaba el sudor. La boca reseca parecía entumecida y la falta de alimento le provocó aturdimiento. Se esforzó en reponerse y consiguió murmurar:

—No con seguridad..., señora. En la ciudad se rumorea que ha sufrido un infarto.

—Mi marido lo ha perdido todo, la casa de la ciudad y esta hacienda que mantenía a nuestra familia —Patricia señaló los alrededores con un dedo largo y aterrador como la hoja de una sable recién afilado—. Por desgracia, no pudo enfrentarlo y su corazón ha dejado de latir. Él se fue a descansar, que Dios lo aguarde en su santa gloria, pero nosotras tres nos hemos quedado sin nada. Si usted quiere a Natalia, lo mejor que puede hacer por ella, es desaparecer de su vida. Para siempre.

—¿Qué tiene que ver todo esto conmigo? —se interesó confundido—. Yo tengo intenciones serias con ella. De hecho, quiero pedir su mano en este mismo instante —dijo envalentonado.

—Muy bien —accedió la mujer en un sorprendente tono sosegado que rozaba la amabilidad—. Digamos que tiene usted mi bendición. Me imagino que sabrá que como marido de mi hija, quedará usted al frente de nuestra familia. Deberá cuidar de su esposa, de su hermana y de su madre. Ahora, dígame: ¿dónde nos llevará a las tres? ¿Al cuartel militar?

La mirada cortante de la mujer de acero le traspasó el pecho y Sergio se sintió como un ratón arrinconado. Aquella pregunta lo pilló desprevenido. Se desabrochó la túnica militar y aflojó los botones de la camisa de lino, que asomaba por debajo totalmente pegada a su cuerpo.

—Podría alquilar una casa... —contestó más desanimado de lo que pretendía.

Cayó en la cuenta, sorprendido, de que todas sus ilusiones se habían borrado de su mente de golpe, como si nunca hubiesen existido.

—No sea iluso —contestó ella con voz cansada—. Con su sueldo de sargento no podría pagar ni una mísera habitación. Deje de soñar con algo que es completamente imposible. Si quiere a Natalia váyase lejos, no estropee sus expectativas. No hay ninguna posibilidad de que ella sea suya. Ni la hubo antes, ni la habrá en el futuro. Ahora, súbase a su caballo y salga de mi casa sin hacer ruido. Por lo que a mí respecta, nunca nos hemos conocido, ni hemos tenido esta conversación. Adiós.

Sergio permaneció un tiempo paralizado, con los pies hundidos en el polvoriento suelo del patio interior. El mensaje de su futura suegra le golpeaba los oídos, provocándole dolor.

«Ella jamás será suya. No hay ninguna posibilidad. Ni la hubo antes, ni la habrá en el futuro».

Mientras caminaba en dirección hacia su caballo, se preguntó, si debería de hacer caso a la mujer de acero, o a su corazón.

Capítulo 7

Natalia caminaba en dirección a la cripta familiar, sosteniendo en la mano una vela y una caja de cerillas. Desde el fallecimiento de su padre, habían pasado cuatro días y ese día abandonaban la hacienda para regresar a la ciudad. Cuando llegó delante de la cripta, se sentó sobre el borde de cemento y abrazó el frío mármol de la lápida apoyando la frente sobre la dura superficie. Una pregunta no dejaba de atormentarla.

—¿Por qué lo hizo, padre?

Permaneció un tiempo en silencio, después encendió la cerilla y colocó la vela iluminada en un farol de cristal para resguardarla del aire. Besó el mármol y se despidió en voz baja.

—Volveré pronto. Madre ha ordenado que regresemos a la ciudad. Está muy inquieta y se la ve preocupada. Creo que le quería más de lo dejaba entrever. Aprovecharé el viaje para hablar con Sergio. Le diré a madre que contaba con su bendición. Sé que aprobará lo nuestro, solo necesito convencerla de que lo conozca. ¿Verdad?

La cripta permaneció callada, su padre no podía contestarle, ni tranquilizarla con su mirada comprensiva. Aun así, Natalia continuó sentada hasta que escuchó a su madre llamarla. Recogió con cuidado los bajos de su vestido para no salpicarlo de barro y se apresuró en regresar.

—Te has manchado el vestido —la amonestó Patricia nada más verla—. Sube a la carroza, se nos hace tarde.

Recorrieron en silencio las dos horas de distancia hacia la ciudad, cada una presa de sus propios pensamientos.

—¿Padre dónde está? —la voz cristalina de Delia rompió el silencio, e hizo que las dos mujeres se incorporasen de golpe para mirarla—. Hoy, no lo he visto.

—¡Esta niña es retrasada! —resopló Patricia enfurruñada—. Sin duda.

—Madre, no diga eso. No tiene derecho a pagar con ella su dolor —protestó Natalia con vehemencia. Abrazó a su hermana y le besó el pelo con delicadeza—: Padre ha ido al cielo, cariño. Ya no podremos verlo. Pero desde arriba siempre cuidará de nosotras.

Delia asintió pensativa y apoyó su cuerpo delgado en el de su hermana.

Sobre su rostro grisáceo brillaron unas lágrimas solitarias. Natalia se emocionó ante la difícil situación que atravesaban y comenzó también a llorar.

—¡Lo que faltaba! —las amonestó su madre y, tras alzar la vista hacia el techo de la carroza, añadió enfadada—: Rafael, ¡mira en qué situación me has dejado! Más te vale cuidar de nosotras. Más te vale. Donde sea que estés, enmienda tu error.

Llegaron a la ciudad sudorosas, cansadas y tristes. Patricia pidió una infusión de hierbas y se encerró en su alcoba para descansar. Natalia ayudó a Delia a cambiarse y la dejó dormida en su cuarto. Después refrescó su propio cuerpo en una palangana con agua templada, se enfundó en un vestido de lino color azul marino y llamó a Almudena.

—Acompáñame, vamos a salir.

—Son las tres de la tarde y hace mucho calor, señorita —se quejó la criada.

Natalia la miró desafiante, por lo que Almudena accedió.

—De acuerdo, pero que sepa que nos vamos a achicharrar. La señora Ana dijo en la cocina que ningún alma decente debería salir.

Mientras caminaban bajo el brillante sol de pleno agosto, Natalia se arrepintió de no haber retrasado la salida, por lo menos, un par de horas. El vestido de lino se pegaba a su cuerpo como una segunda piel dificultándole la caminata. Cambió la sombrilla sobre el hombro izquierdo y siguió avanzando hacia el cuartel militar. Media hora más tarde, se pararon delante de un banco situado en las proximidades. Una hilera de árboles frondosos hizo desaparecer entre su follaje el ardiente sol, por lo que se resguardó agradecida bajo la sombra de los mismos.

—Almudena, acércate por favor a la entrada del cuartel y pide hablar con el sargento Sergio Fernández —le rogó, mientras se abanicaba el rostro sudoroso con energía.

—Señorita, no me pida eso —se negó la muchacha presa de una importante agitación—. Si la señora se entera, me echará de la casa.

—Almudena, nadie se va a enterar, deja de poner excusas. Es importante, ve por favor —Natalia le suplicó con la mirada, mientras rebuscaba en su bolso de mano y sacaba un puñado de monedas—. Toma, conténtate con estas, no tengo más.

La criada aceptó las monedas de buena gana y desapareció con paso ligero entre los árboles. Natalia aprovechó la espera para acicalarse. Se acercó a

una fuente, alargó los brazos formando un cuenco con las palmas de sus manos y arrojó sobre su rostro arrebatado una cantidad generosa de agua. Después, se refrescó el pelo pegado a la nuca y alisó la falda que se adhería a sus muslos. Regresó al banco y se dispuso a esperar.

Unos minutos más tarde, en el horizonte, se perfilaba la silueta de Almudena que caminaba en compañía de un hombre uniformado. Cuando llegaron a su lado, los ánimos de Natalia decayeron, puesto que el militar que acompañaba a Almudena no era Sergio.

—Señorita Natalia —la saludó Daniel, uno de los mejores amigos de Sergio—. Mi más sentido pésame. —Hizo una ligera inclinación de cabeza y se acercó a ella para besarle la mano con afectación.

—Gracias, Daniel, es muy amable. —Sonrió intentando parecer animada—. Y Sergio, ¿dónde está?

—Me temo que no lo sé. —El militar clavó la vista en sus botas de cuero en una inequívoca señal de incomodidad—. Ayer se alistó voluntario en una misión secreta.

—Y, ¿cuándo regresará? —preguntó con un hilo de voz—. Me imagino que habrá dejado una nota para mí.

—Las misiones secretas no tienen fechas, pueden durar días o incluso meses —le explicó apenado—. No ha dejado nada para ti, Natalia, lo siento.

—¿Nada?! —exclamó con la mirada desorbitada—. ¿Sabía que mi padre ha fallecido?

—Sí, lo sabía.

Pese al sofocante calor, a Natalia la envolvió un áspero frío. Una corriente helada comenzó a recorrer su columna vertebral y se estremeció. Siguió sentada en el mismo banco, ensimismada, mucho tiempo después de que el militar se hubiese marchado. Buscaba y rebuscaba una explicación lógica a aquello, pero no encontraba ninguna.

—Señorita..., Natalia —la criada le zarandeó el brazo—. Vámonos, se está haciendo tarde, la señora Patricia habrá despertado de la siesta.

Natalia no le contestó, pero se levantó y comenzó a caminar delante de la criada con paso débil. Notó de nuevo un leve zarandeo. Se giró y se encontró con la mirada almendrada de Almudena que la animaba a espabilarse.

—Abra la sombrilla, el sol quema mucho y le dejará marcas en la cara. Y la señora se pondrá furiosa.

Natalia obedeció ausente. Durante todo el camino de vuelta la atormentó la

misma pregunta.

¿Qué podía significar aquello? Sergio había desaparecido de su vida sin dejar rastro.

Tras llegar a su casa, intentó no venirse abajo y mientras se cambiaba en su alcoba, pensó que, quizá, se trataba de una misión muy importante que le aportaría el ascenso de grado que tanto ansiaba. Podría ser, pero ¿por qué no le había dejado ninguna nota?

Y, tras quedarse sin más argumentos en su defensa, empezó a tomar en cuenta la posibilidad de que Sergio la hubiera abandonado.

¿Era posible extinguirse un amor tan grande? ¿Y quedarse en nada todas las promesas que se hicieron bajo los cálidos rayos de luna? ¿Y esfumarse, sin más, todos los planes de futuro?

Se dejó caer sobre la cama con pesadez y dio rienda suelta a las emociones contenidas. Comenzó a sollozar. Su rostro se llenó de lágrimas y su corazón de malos pensamientos.

No, no podía dejarse envenenar el alma. Sergio la amaba. Recordó la flor de cerezo y el día que le dio el primer beso.

Al llegar al pequeño claro donde la esperaba Sergio, los sentidos de Natalia se impregnaron con un aroma floral muy intenso. Él la recibió sonriente y le entregó un tallo ondulado, que se mecía bajo una multitud de pequeñas flores blancas salpicadas de manchas violetas que adornaban sus ramificaciones. Ella inspiró el aroma que desprendía la planta y quedó maravillada ante el intenso y, a la vez, dulce perfume.

—Qué aroma tan... especial. ¡Me encanta! ¿Qué planta es?

—Es una rama de cerezo —respondió él al tiempo que prendió su mano y depositó un beso caliente sobre ella—. En el patio trasero del cuartel hay un cerezo y esta misma mañana, al pasar por delante de él, su perfume me hizo pensar en ti. Aunque tú... hueles mil veces mejor.

Ella se ruborizó y parpadeó complacida. Deseó agradecerle el gesto, pero su voz se quedó atrapada por la emoción del momento y el embriagador perfume que llenaba sus sentidos.

Sergio tiró con delicadeza de su cintura y se sentaron en un banco. Cuando Natalia reunió el suficiente coraje, alzó su mirada hacia él. Si antes no pudo encontrar la voz para agradecerle el gesto, ahora al perderse en las lagunas azules que habitaban en su mirada, estaba segura de que se quedaría muda para

siempre. Sergio sonrió y el universo entero se tiñó de una multitud de colores brillantes.

—Te he echado tanto de menos... Anoche no pude pegar ojo sabiendo que hoy estaría contigo —le declaró él con fervor.

—Yo tampoco pude descansar bien —reveló con timidez.

Sergio acortó la distancia que había entre ellos y se aproximó a sus labios. Selló su boca con suma delicadeza, al tiempo que sus dedos acariciaban un largo mechón que ondeaba sobre su espalda. Natalia disfrutó de la placentera sensación que le producían los firmes labios de él pegados sobre los suyos, al tiempo que le pareció ver pasar por delante de sus ojos una lluvia de estrellas. Se apartó ruborizada, para poder refrenar el deseo de abrir sus labios y dejarlo profundizar.

—Te amo —Sergio le acarició con suavidad la mejilla y, el deseo que vio reflejado en su mirada, la sacudió —. Solo a ti.

—Solo a ti —recalcó, al tiempo que una ola de felicidad inundaba todo su ser.

Capítulo 8

Robert Conde sonreía satisfecho al tiempo que estampaba su firma en el hueco reservado al comprador. Apretó la pluma con firmeza y se convirtió en el dueño de Montenmedio, una finca de quinientas hectáreas, ubicada en un entorno natural, a quince minutos de distancia a caballo del pueblo de Vejer. La finca le había costado una pequeña fortuna, pero no le importaba, puesto que se trataba de sus orígenes, el único lugar al que podía llamar hogar. La casa grande necesitaba varias reformas y la parte de la misma destinada a los criados estaba en ruinas. Robert sabía que le esperaba un duro trabajo para dejar aquello decente. Los olivos que rodeaban la finca estaban descuidados y la gran mayoría ofrecía un aspecto lamentable, con ramos entrelazados y hojas secas, señal de que estaban abandonados. La parte de los viñedos tenía mejor aspecto, pero Robert conservaba la intención de mejorarlos también.

Recordó su vida de niño en aquella misma finca. Era el mayor de cuatro hermanos y, a la temprana edad de seis años, comenzó a trabajar junto a su padre en el campo. Al principio, le pareció divertido, le hizo sentirse mayor, pero pronto su pequeño cuerpecito quedó abatido y cansado bajo las largas jornadas de sol a sol. La comida escaseaba, por lo que el almuerzo consistía únicamente en unas gachas de harina, leche, canela, azúcar y pan frito y, para cenar, tomaban un simple gazpacho caliente. La incesante sensación de hambre lo perseguía día y noche y muchos años después, permaneció viva en su cerebro, aun cuando su estómago estaba satisfecho.

Dos años más tarde, el pequeño Robert no recordaba lo que significaba ser un niño. Su mundo entero se reducía a despertar de madrugada, soportar el mal humor de su padre que siempre lo llamaba «vago», la labor en el campo y sus dos comidas diarias. Sucio y mal oliente, se escapaba a veces de noche y se dejaba abrazar por el mar, situado en las proximidades de la finca. Al cumplir nueve años, su padre decidió aumentar sus tareas. Cuando regresaban del campo, lo obligaba a acompañarlo al pueblo, donde bebía y se gastaba la paga semanal en juegos de cartas. Robert debía cuidar los caballos mientras los hombres se divertían en el bar. Cansado y ojeroso se quedaba a menudo dormido mientras los vigilaba. Una noche oscura de octubre, al ver que su padre se preparaba para ir al bar, dijo:

—Padre, hoy no me encuentro bien, además no tengo zapatos y hace mucho frío por la noche. Déjame dormir, por favor, me siento muy cansado.

En respuesta a su ruego, recibió una sonora bofetada que le tomó por sorpresa e hizo que su cuerpo delgado se desequilibrara. La fuerza empleada por su padre le partió el labio y el sabor de la sangre se mezcló con su saliva.

—Eso te hará entrar en calor, ¡vago! —tronó malhumorado mientras lo empujaba hacia la salida. Su madre, una mujer menuda, lo miró cargada de compasión, sin embargo, no se atrevió a intervenir. Las pocas veces que había osado llevarle la contraria a su marido, había recibido una dura paliza.

Robert lloró por su desgracia junto a los caballos que estaba cuidando. Llegó a amar el calor que ellos desprendían. Se acurrucó al lado de uno de ellos y cerró los parpados para escapar del escozor que le quemaba los ojos. Experimentó una sensación de paz y pronto se quedó dormido. De repente, una mano grande y áspera, lo agarró por la oreja y lo levantó del suelo. Se sobresaltó asustado al encontrarse con la mirada colérica de su padre.

—¡Falta un animal! —lo escuchó gritar alterado—. Maldito vago, solo quieres dormir. ¿Dónde está el caballo?

El niño miró atemorizado a su alrededor, al observar que una decena de hombres le lanzaban injurias e insultos.

—Yo, yo... no lo sé —intentó defenderse—. Hace un rato estaban todos, solo cerré los ojos un momento.

El propietario del caballo perdido, un forastero bajito y delgado, resolvió la situación.

—Tu hijo ha perdido mi caballo, es justo que me lo pagues —le dijo a su padre.

—No tengo dinero —contestó este con la cara enrojecida por el alcohol y la rabia.

—Pues... Me lo tienes que pagar igual —insistió el hombre—. Si no tienes dinero, me llevaré al chiquillo como pago del caballo.

Robert recordaba aquella escena como si hubiese ocurrido el día anterior, y revivía el crudo dolor provocado por las palabras de su padre.

—Llévatelo, tengo tres más esperando en casa y otro en camino —sujetó al niño por el cuello de su camisa y lo empujó con brusquedad hacia el hombre—. Se llama Rubén y es un vago.

El niño alzó una mirada nublada, bañada en lágrimas hacia su padre.

—Robert, padre. Me llamo Robert.

Fueron las últimas palabras que le dijo a su padre. Aquella noche, mientras seguía a su nuevo dueño, atado a una mano con una cuerda ruda, cayó en la cuenta de que no le quedaban fuerzas ni siquiera para llorar.

Su nuevo hogar era en muchos aspectos mejor que el anterior. Su dueño, Facundo, era un conocido jugador de cartas, por lo que cambiaban muy a menudo de hogar y se encontraban en continuo movimiento.

Al principio, el pequeño Robert dormía en el establo junto al caballo. Un día gélido de invierno, Facundo le invitó a entrar en la casa y le dijo:

—Te explicaré un juego de cartas llamado póquer. Solo lo haré una vez, después, jugaremos una mano. Si me ganas, puedes vivir conmigo dentro de la casa. Si no, regresas al establo junto al caballo. ¿Aceptas el reto?

A Robert, la oportunidad de volver a dormir sobre una cama en un entorno que no oliese a excrementos de caballo le pareció muy importante. Prestó toda la atención posible a la explicación del juego y, quince minutos después, ganó su primera partida. La primera de muchas. Y conquistó su derecho a vivir dentro de la casa.

Con solo doce años, Robert inició su carrera como jugador en importantes torneos de póquer. Comenzó a ganar dinero y con ello recuperó su dignidad.

Solo tenía dieciséis años cuando Facundo falleció. Ese inesperado suceso lo pilló en Italia, por lo que continuó su vida como jugador y se dedicó a recorrer una multitud de pueblos y ciudades en busca de jugadores dispuestos a enfrentarse a él. Aparte del instinto, Robert poseía una gran facilidad para realizar cálculos matemáticos. Ganaba casi siempre y con el paso de los años, consiguió amasar grandes cantidades de dinero que invirtió con sensatez en compraventa de tierras. En pocos años se convirtió en un tipo respetado por los hombres y amado por las mujeres. Cuando cumplió veintisiete años decidió que había llegado la hora de regresar a Vejer, su tierra natal. No poseía bonitos recuerdos, pero era el único lugar al que podía llamar hogar. La llamada de la tierra tocó a su puerta y comprendió que había llegado la hora de asentarse y formar una familia. Decidió comprar la finca donde había vivido siendo un niño, para cambiar las cosas y evitar que otros niños tuvieran la misma infancia que él. Ningún niño se merecía aquello. Adoptó el apellido Conde, por una parte, para parecer de linaje importante y, por otra, porque no se sabía el suyo, y regresó a España dispuesto a comerse el mundo. Organizó partidas de póquer en las ciudades más importantes de la península y compró la finca donde él y su familia habían trabajado.

Capítulo 9

Tras varios días sin comer, Natalia cayó enferma. Fue un golpe duro perder a su padre y al amor de su vida en la misma semana. Lloró y se lamentó, después se apoderó ella una sensación de rabia e impotencia. Quería olvidar la época en la que los cerezos florecían, por lo que comenzó a leer libros sobre el desamor, buscando encontrar la clave para poder sacarlo de su maltrecho corazón. Por desgracia, los libros no tenían una poción mágica y la mayoría daban la misma solución: el tiempo y una nueva ilusión.

Fácil de decir, difícil de imaginar siquiera. ¿Qué hombre podría sustituir a Sergio?

La llegada del cartero la animó. ¡Quizá ese día recibiría una carta de Sergio!

Salió apresurada con el corazón en llamas y la cara ardiendo por la expectación. Cuando la criada levantó los hombros en señal de impotencia, Natalia se derrumbó. Aquel día fue igual que el anterior.

Cada mañana esperaba ilusionada la visita del cartero. Y cada mañana su ánimo decaía al no recibir noticias suyas. Su cara ovalada, antaño resplandeciente, había perdido vitalidad; su mirada parecía hundida, sin brillo; su boca generosa, estaba casi siempre con las comisuras hacia abajo, reflejando la tristeza en su rostro. Natalia Vega había perdido la energía y las ganas de vivir. Tan solo una semana atrás, el mundo entero giraba a su alrededor y, de repente, el mundo parecía haberse detenido.

«Te amo. Solo a ti».

—¡Natalia Vega! —Su madre apareció de la nada interrumpiendo el hilo de sus lamentaciones. La escrutó con gesto severo—. ¿Qué significa ese aspecto? ¿Desde cuándo sales en camisón y con el pelo hecho un desastre?

Natalia bajó la cabeza arrepentida. No quería enfrentarse a su madre. Por lo menos, no aquel día.

—Lo siento, madre, iré a cambiarme.

Patricia la examinó con ojo crítico y la tomó por el brazo con determinación, arrastrándola a la salita de estar.

—Ven, tenemos que hablar.

Una vez dentro de la estancia, cerró la puerta y corrió las gruesas cortinas

de brocado, permitiendo la entrada de los primeros rayos de sol. Agarró un pequeño espejo y lo acercó a la cara de su hija, quien apartó la vista cegada por el sol.

—¡Mírate! —le ordenó su madre en tono autoritario—. Dime, ¿qué ves?

—A mí... —contestó con un hilo de voz.

—No, señorita, esa no eres tú —negó su madre con vehemencia—. Cuando te miro, veo una cara delgada y un aspecto descuidado. Con una hija enferma ya tengo suficiente. Tu padre ha muerto, pero la vida sigue. A partir de ahora, tú eres el sostén de nuestra familia porque yo ya soy mayor.

En ese momento, entró la cocinera, por lo que Natalia se comió las duras palabras que estaba a punto de arrojarle a su madre.

—Señora Patricia, la despensa está vacía. No queda queso, ni jamón, la fruta hace días que escasea, por no hablar de la carne y el pescado. Necesitamos dinero para abastecer la casa, de lo contrario, nos quedaremos hoy sin almuerzo.

—Nos ocuparemos de eso más tarde —con un gesto descortés, Patricia despachó a la cocinera.

—¿Tan mal estamos? —preguntó Natalia una vez que se quedaron a solas.

—Si solo nos faltase la comida... —Se lamentó su madre mientras se dejaba caer con pesadez en una silla.

—¿Qué quiere decir con eso?

—Supongo que te habrás preguntado por qué tu padre se ha quitado la vida. Es hora de que sepas la verdad.

—Madre, me está asustando —balbuceó Natalia estremecida. Un golpe de calor la obligó a apoyarse en el respaldo afelpado de una silla.

—Tu padre lo ha perdido todo —continuó en tono pausado—. Ha apostado en un maldito juego de cartas esta casa y la hacienda. Y las ha perdido. Estamos prácticamente en la calle.

Natalia rompió a llorar desconsolada. Mientras se enjugaba las lágrimas, se asomó a la ventana dándole la espalda a su madre.

—Padre era bueno, honesto y justo; jamás habría puesto en peligro nuestra integridad —murmulló entre lágrimas.

—Era todo eso sin duda, pero también era débil y le gustaban las apuestas —Patricia se acercó a su hija y le abrazó la espalda.

Se quedaron un tiempo en silencio, cada una presa de sus preocupaciones.

—Lo siento, Natalia. Como ves, nuestra realidad no es muy alentadora.

Ahora escúchame bien, tenemos que hablar sobre nuestro futuro. —Le dio la vuelta y la miró cara a cara.

«¿Sin Sergio podría existir futuro?», se preguntó Natalia con amargura.

—El hombre que ganó esta casa, la quiere cuanto antes. Eso significa que tenemos que tomar decisiones rápidas.

—Ese hombre, es mi más feroz enemigo —Natalia comenzó de nuevo a llorar—. Por su culpa, padre ha muerto. ¿Quién es?

Patricia se giró hacia la ventana y tardó unos segundos en contestar. Debía tratar con mucho tacto la situación, para alentar a Natalia a aceptar la propuesta de Robert.

—No lo conozco, el asunto lo lleva un abogado de Marchena. Me pide ejecutar las escrituras cuanto antes o abonarle la cantidad equivalente que corresponde a cincuenta mil pesetas.

—Madre, eso es mucho dinero, ¿qué podemos hacer? —preguntó asustada—. Delia está enferma, necesita cuidados y... no... no podemos quedarnos en la calle.

—Hay una opción, pero depende de ti.

—¿De mí?! —Los ojos negros de Natalia se agrandaron todavía más, bajo la espesa cortina de pestañas—. ¿Qué podría hacer yo?

—Un amigo de tu padre, que está al corriente de nuestra tragedia, está dispuesto a casarse contigo. Él pagaría la deuda y cuidaría de nosotras — Patricia se sintió mal por mentir a su hija, pero se animó pensando que era una mentira piadosa y muy necesaria.

—No, madre —protestó Natalia indignada—. No puede ponerme en venta.

—Jovencita, en unos meses cumplirás dieciocho años, estás en la edad de casarte, este hombre es un buen partido y, además, es joven y apuesto. ¿Por qué te niegas? Por lo menos, conócelo.

—Porque va en contra de mis principios —respondió con desdén, al tiempo que se aireaba la cara sonrojada con una servilleta de batista que sacó del bolsillo de su vestido. —Padre siempre dijo que...

—Padre y sus principios —resopló Patricia acalorada. Sabía que su hija era una terca romántica, pero no pensaba que tanto.— ¡Mira dónde nos han llevado! Además, ¿tienes una idea mejor?

Natalia dejó la cabeza descansar entre sus manos. Cerró los ojos y pensó en una solución. La imagen de Sergio apareció delante de sus ojos, pero se desvaneció con rapidez. No, él ya no era una salida, era más bien un callejón

cerrado.

—Natalia, ¿tienes a alguien que ocupe tus pensamientos? —preguntó su madre con interés—. Si es que sí, es el momento de decirlo.

—No, madre, no tengo —admitió con amargura.

—¿Entonces? —Patricia levantó una ceja y su ceño se frunció—. No lo hagas por ti, ni por mí, hazlo por tu hermana. Eres nuestra única opción.

Capítulo 10

Robert se removió en el asiento del coche, admirando de reojo los claveles blancos que descansaban sobre la banqueta. Era un ramo hermoso, aunque no sabía si lo iba a necesitar. Dejó la vista vagar a través de la pequeña ventanilla y se preguntó que le ofrecería el destino aquel día. Las dos propiedades, cincuenta mil pesetas o una futura esposa que apenas conocía.

Esa última opción entorpecía de alguna manera sus planes. Robert Conde había regresado a su tierra para formar un hogar y ofrecer una vida mejor a la gente de su hacienda. Necesitaba una compañera de vida, una mujer que le pudiese ofrecer hijos y compañía, pero no era lo más importante en ese momento. De hecho, no tenía todavía un hogar que ofrecer, la casa de la finca estaba descuidada, necesitaba reformas, los olivos, los viñedos... En definitiva, no era un buen momento para casarse.

¿Por qué había tenido que proponer aquello?

En su fuero interno sabía la respuesta. Tras ver la desesperada situación de aquellas tres mujeres desamparadas, se sintió culpable. No solía interesarse por los resultados de sus ganancias de juego, ni permanecía en el mismo lugar bastante tiempo como para encariñarse con la gente, pero en esa ocasión presenció cómo una mala noche de juego podía destruir la vida de la gente.

La falta no era suya, pero a pesar de los pesares, se sentía culpable.

Natalia llamó su atención nada más verla. Se sintió atraído de inmediato por su boca grande, muy roja, parecida al color de la sandía, que destacaba en su rostro pálido enmarcado por gruesos mechones negros.

Además, saltaba a la vista que era una chica educada y de buen corazón, puesto que divisó en sus ojos oscuros y grandes un atisbo de calidez. La vio preocuparse por su hermana enferma y obedecer sus órdenes sin rechistar. Podría ser todo lo que él buscaba: una mujer joven, cálida, hermosa y obediente.

El ofrecimiento salió de su boca sin pasar por el filtro del cerebro. El propio Robert se quedó sorprendido mientras escuchaba el sonido de su propia voz.

Se movió nervioso en el asiento y cuando llegó delante de la casa de los Vega, comprendió sorprendido que estaba ansioso por saber la respuesta. No

necesitaba más propiedades, ni le faltaba el dinero, pero si sentía inquietud, ¿era porque quería a la chica?

O tal vez, se sentía presionado por haber hecho una propuesta de esas características y ahora, ¿deseaba librarse del acuerdo?

Se alisó con las manos los picos altos de su camisa almidonada y se ajustó el chaleco de triple seda en tonos plateados, acoplándolo sobre sus pectorales pronunciados. Se pasó la mano por el pelo, para comprobar que su peinado seguía tan perfecto como se lo había dejado su peluquero aquella misma mañana.

Comprendió sorprendido que le preocupaba su aspecto. Sabía que las mujeres lo encontraban atractivo, tenía buena planta, un cuerpo fornido y vigoroso, facciones armoniosas y agradables. El color café de sus ojos junto a su sonrisa seductora, desarmaban con facilidad al género femenino. ¿Por qué preocuparse?

El coche paró delante de la casa de los Vega y Robert se tomó su tiempo para bajar. Una parte de él quería entrar para descubrir que le deparaba el futuro, sin embargo, un presentimiento extraño le impedía dar el paso. Cuando el conductor le abrió la puerta, no tuvo más remedio que acercarse a la entrada de la casa. Tocó la campana sujetando con torpeza el ramo de claveles. Se sintió ridículo por llevar flores a una reunión de «negocios». Una criada lo invitó a pasar al salón de día. La casa era impresionante, por fuera y por dentro, denotaba estilo y buen gusto; los techos altos sostenidos por columnas de mármol le daban un aire regio y distinguido a la estancia. Sobre las repisas, pintadas a mano, descansaban candelabros de seis brazos y, las baldosas pulidas estaban cubiertas por alfombras de hilo, conjuntadas entre ellas con maestría. Tomó asiento y se relajó pensando que no debía hacer más conjeturas en relación a ese tema. Saltaba a la vista que la familia Vega era adinerada. Con seguridad, la viuda habría conseguido reunir el dinero y era más que probable, que se lo entregara para saldar la deuda.

Sin deuda, no había trato. Se olvidaría de los labios color sandía de la chica y desaparecería de su vida sin más consecuencias.

Mejor así. Encontraría una buena esposa y se casaría por amor. No como consecuencia de un trato salpicado por una deuda de juego. De repente, su rostro se oscureció al darse cuenta de que esa opción le molestaba. Robert no quería el dinero. Ni deseaba liberarse del trato. Ansiaba comprobar si aquellos labios succulentos tenían sabor a sandía.

—Señor Conde, ¡bienvenido! —Patricia le recibió con su mejor sonrisa fingiendo un entusiasmo tan real, que hasta Robert que sabía que debía sentir todo lo contrario, la creyó.

—Señora Vega —Se acercó a ella, hizo la inclinación de rigor y le besó la mano.

Por el momento, las partes se estaban tratando con cordialidad y distancia. Robert decidió esperar a que la anfitriona hiciera el primer movimiento. Sintió la misma emoción y ansiedad de antes de una partida importante de cartas. Los dados estaban lanzados, faltaba saber el resultado.

—He pensado mucho en las opciones que tuvo la amabilidad de ofrecerme. —La voz amable de la anfitriona subió de tono—. Antes de tomar una decisión final, me gustaría conocer más datos sobre usted. Al fin y al cabo, si nos vamos a emparentar... —Los colores encendieron la cara de Patricia.

Robert comenzó a reír. Se removió inquieto en la silla y cruzó las piernas despreocupado. Su contrincante había movido ficha. Ahora, le tocaba a él jugar. Y a Robert se le daba muy bien contratacar.

—Señora, si usted quiere un yerno perfecto, que pertenezca a la nobleza y que tenga un árbol genealógico impecable, me temo que no soy su hombre. Siento informarla de que mis padres eran campesinos. —Abrió los brazos con indolencia y en su rostro se dibujó una expresión burlesca.

—En la ciudad se rumorea que es usted un conde italiano —insistió Patricia—. ¿Dónde tiene su casa? ¿Qué vida le dará a mi hija?

—Señora, no soy italiano, ni soy conde por desgracia. Nací en Vejer y durante una época he vivido en el extranjero. Soy terrateniente y, como bien ya sabe, soy experto en póquer. Acabo de regresar a mi tierra natal, donde he comprado una finca y donde pienso establecerme.

Patricia se dejó caer aturdida sobre una silla y comenzó a ventilarse con un abanico.

—Es usted muy contradictorio, señor. Hijo de campesinos, terrateniente, experto en póquer, no sé, no me lo pone nada fácil. No tengo claro si es usted un buen partido para mi hija Natalia.

—Señora, siento escuchar eso, me temo que disponemos de poco tiempo para conocernos mejor. Cuando nos presentamos, recuerdo haberle dicho que soy una persona muy ocupada. Acuérdesse de que usted me necesita a mí. Si no le parece una buena opción emparentarse conmigo, ya sabe las opciones que le quedan. Me conformo con cualquiera.

—Es usted un hombre maleducado y prepotente —Patricia levantó el mentón en una inequívoca actitud altanera—. Definitivamente no podemos emparentarnos con usted. Mi hija, es una de las muchachas más bellas de la ciudad. Es educada, de buena familia, toca el piano, sabe leer y escribir, es cariñosa, de buen carácter..., cualquier caballero decente estaría encantado de casarse con ella. ¡Cualquiera!

—Y usted, encantada de venderla al mejor postor, ¿verdad, señora? —preguntó con descaro.

La mujer dejó el abanico sobre la mesa con gesto brusco y posó sobre él una mirada encendida. La ira se apoderó de ella y le gritó con voz crispada, fría como el acero:

—No se atreva a juzgarme, si estoy en esta vergonzosa situación, es por culpa de gente como usted. Gente sin escrúpulos, ni principios, pero ¿qué se puede esperar del hijo de unos campesinos?

Su desprecio dio en el blanco. Robert se levantó de la silla acalorado. El brillo comprensivo de su mirada se esfumó y, en su lugar, aparecieron unas sombras oscuras. Parecía un hombre diferente. Oscuro y peligroso.

—Bien, señora, parece que no tenemos trato. —Una ola de silencio se instauró entre ellos y la tensión se podía palpar con la mano. Robert se acercó a la ventana y contempló el horizonte soleado a través del cristal. Sin girarse, continuó—: Entiendo que tiene la intención de pagar la deuda de su difunto marido. Si tiene el dinero, vamos a dar esta extraña situación por terminada. No me gusta perder el tiempo, y tampoco tengo por qué soportar sus comentarios ofensivos.

—No tengo el dinero —reconoció derrotada—. Si me concediese un poco más de tiempo, estoy segura de que...

—Señora... espera que el hijo de unos campesinos, un maleducado, sin escrúpulos, ¿le conceda más tiempo? —Robert le lanzó una mirada de advertencia y añadió en tono burlón—: Es usted muy contradictoria.

—De acuerdo —claudicó Patricia—. Le daré la mano de mi hija Natalia. Pero tengo algunas condiciones.

—No esperaba menos de usted —declaró él condescendiente mientras alargaba su mano y cerraba el trato con su futura suegra.

Capítulo 11

El primer domingo del mes de septiembre, Robert fue invitado a almorzar en casa de los Vega. Ese día estaba prevista la petición formal de la mano de Natalia. Desde el último encuentro con su futura suegra, habían pasado dos semanas. Acordaron, a petición de Patricia, no presionar a Natalia, ni contarle la verdad para no herir sus sentimientos. Robert sería un amigo de su padre, un hombre con una buena situación económica que saldaría la deuda de su padre a cambio de casarse con ella. La boda se celebraría a finales de otoño en Marchena. Los jóvenes tendrían un breve noviazgo, y después de la boda permanecerían todos juntos, por lo menos, durante un par de semanas en la misma casa, para que ella se acostumbrara a su marido y a la vida de casada.

Robert aceptó las condiciones impuestas por su suegra por el bien de Natalia. Deseaba empezar con ella una relación verdadera, y no quería que se viese empañada por el acuerdo. El tiempo previsto para el noviazgo era necesario para conocerla. Asimismo, tenía pensado acelerar las reformas de la finca. Ahora que la boda era un hecho, necesitaba tener la finca habitable para poder recibir a su futura esposa en un hogar decente.

Tocó la campana y fue recibido por una criada, que le dio la bienvenida con una generosa inclinación de su cuerpo y lo invitó a pasar al comedor.

—Bienvenido, señor Conde. Pase, por favor. La señora Vega y sus hijas lo están esperando.

Robert caminó con paso decidido. Los nervios del primer encuentro se apoderaron de él. Se sintió absurdo e inseguro y, para recuperar la confianza en sí mismo, cuadró los hombros e infló su pecho. La presión hizo que la túnica de terciopelo en tono azul eléctrico que llevaba puesta, se estirara dejando muy marcada su ancha espalda.

Patricia le recibió con una perfecta y falsa sonrisa dibujada en su rostro. Futura suegra y yerno se conocían lo suficientemente para saber que ese pequeño teatro era inevitable.

—Señor Conde, encantada de volver a verlo. Tengo el gusto de presentarle a mis dos hijas, ya que el otro día en la hacienda no tuve la oportunidad de hacerlo de manera formal.

Robert se aproximó a Delia, la hija mayor. Era una joven muy delgada y

frágil. En su rostro huesudo se alojaban dos ojos pequeños de color verde desteñido. La melena, densa y oscura, parecía tirarle de la cabeza hacia atrás. Cuando inclinó la cabeza y depositó un beso sobre su mano delicada, ella le sonrió de forma abierta y sincera. Los nervios se apoderaron de él, al acercarse por primera vez a Natalia, su futura mujer. Unas sensaciones extrañas se extendían en su pecho con la rapidez de un rayo. Quedó impresionado de nuevo por su belleza. De cerca, sus labios carnosos parecían más rojos todavía, y el óvalo bien definido de su cara tenía un suave color melocotón. La melena oscura ondeaba como una cascada sobre su espalda recta. Los hombros redondos estaban envueltos en suave muselina color esmeralda, que se sujetaba con un lazo de seda alrededor de su cuello. Se acercó aún más a ella, inclinó levemente la cabeza, le besó la mano y después la mejilla. Su piel olía a flores primaverales, un aroma joven y femenino que desprendía frescura y delicadeza. La piel de su rostro era suave. Tenían casi la misma altura, por lo que al separarse, sus caras estaban al mismo nivel. De haber inclinado la cabeza, habría podido probar esos labios tan apetecibles, sin apenas esfuerzo.

Ahuyentó aquellos pensamientos impuros y buscó con insistencia su mirada. Por su afición a las cartas, solía conocer a la gente a través de los ojos, sin embargo, ella bajó los parpados y escondió su emoción bajo una lluvia espesa de pestañas gruesas y oscuras.

Robert intentó conectar con ella a lo largo de todo el almuerzo, pero le fue imposible lograrlo. Natalia permaneció con la cabeza agachada y no le miró ni una sola vez. Apenas probó bocado y pareció aliviada cuando terminaron de comer.

El terrateniente decidió atribuir la actitud de la joven a la timidez. Una señorita como ella, educada bajo estrictas normas y reglas, tendría su propio código de comportamiento. Era más que probable que la etiqueta le exigiera ese recato. La ceremonia de pedida fue corta, fría y desprovista de sentimiento alguno. Él le regaló un rubí grande, bien tallado, que en su delicada mano parecía una mancha roja. Ella lo aceptó sin ilusión, ni emoción alguna. Lo miró un par de segundos y después dejó la mano colgar a lo largo de su cuerpo, sin mostrar algún otro interés. Su regalo para Robert fue un reloj de bolsillo, una pieza antigua y exclusiva. Él lo aceptó con entusiasmo y, cuando abrió la tapa, se alegró al encontrar una fotografía del rostro de Natalia pegada en el interior del mismo. Sintió un atisbo de esperanza que fue

fulminado por su futura suegra, quien rompió la magia del momento, diciendo:

—Para que se acuerde de Natalia durante los meses que van a estar separados.

Robert cerró la tapa del reloj con un golpe seco cuando comprendió que fue idea de Patricia pegar la fotografía. Natalia no parecía entusiasmada, ni siquiera le prestaba atención, sino todo lo contrario.

Después del intercambio de regalos, los prometidos salieron a caminar al jardín de la casa. El espléndido sol de primeros de septiembre brillaba detrás de una nube blanca y esponjosa, a través de la cual se filtraban algunos tímidos rayos. Robert alargó la mano y prendió los dedos de ella con delicadeza. La vio sobresaltarse, como si ese gesto hubiese quemado su piel. No se atrevió a retirar la mano, pero permaneció rígida durante todo el trayecto. Debajo de un árbol tupido, encontraron un banco envuelto en una alfombra de hojas de distintos tonos de bronce. El otoño daba sus primeras señales. Sin poder evitarlo, Robert imaginó como sería tumbarla sobre aquel estrato colorido de hojas. Él se colocaría sobre ella para sentir las gloriosas curvas de su cuerpo. Le giraría la cabeza y enredaría la mano entre sus mechones largos y oscuros. Aplastaría su boca húmeda con sus labios y sentiría su sabor. Buscaría con la mano debajo de su voluminosa falda hasta encontrar su piel desnuda. Le desataría el apretado corsé y soltaría sus pechos aprisionados. ¿Serían redondos, pequeños, o grandes? Sacudió la cabeza, dejando las fantasías volar y regresó atolondrado a la realidad. Se sentaron en el banco, bastante apartados el uno del otro. Ella se soltó de su mano y la dejó descansar sobre su regazo junto a la otra. Bajó la cabeza y permaneció callada. En vez de una primera cita alegre entre dos personas que iban a casarse, aquello parecía una asistencia sobria a la misa del domingo.

—Estoy reformando la casa de la hacienda —le comentó él, animado—. Dime, ¿cuáles son tus colores favoritos? Quiero que nuestra habitación esté decorada a tu gusto.

—Me gusta el rojo, pero sería vulgar pintar las paredes de un cuarto en ese color. Decórala como quieras, me da igual.

Y volvió a encerrarse en sí misma. Robert se desanimó al ver que el tema de conversación sobre la decoración y los colores, un argumento tan de agrado para las mujeres, había quedado reducido a nada en cuestión de segundos. Decidió hacer un último esfuerzo para entablar un diálogo con ella.

—¿Cuáles son tus aficiones? No sé, ¿te gustan los caballos? Podría

comprarte un animal dócil para que te haga compañía en la hacienda.

—No me gustan los caballos —contestó ella descortés, sin ofrecer más explicaciones.

El tema de los animales quedó fulminado de un plumazo.

El camino de vuelta a la casa lo hicieron en silencio. Solo se escuchaba el crujido de las hojas secas cuando se aplastaban bajo sus pies al pisarlas. Robert se sintió bastante decepcionado ante ese primer encuentro. Ella estaba muy cerrada, casi hermética. Él necesitaba una compañera abierta, alegre y llena de vida, no una estatua bonita. Estuvo a punto de pedir un encuentro con su futura suegra para romper el acuerdo, cuando la escuchó decir:

—La literatura es mi afición, me gustaría contar en la casa con una pequeña biblioteca, si es posible. —Y su boca generosa se ensanchó formando una preciosa sonrisa. Sus ojos negros le miraron por primera vez con intensidad.

A Robert le crecieron un par de alas imaginarias y la tierra comenzó a moverse debajo de sus pies. Una sensación de euforia lo envolvió y, mientras se acercaba de nuevo a su mejilla y depositaba sobre ella un beso de despedida, inspiró por última vez su perfume.

—Nos veremos dentro de un mes —le dijo mientras hacía la venia correspondiente—. Te escribiré.

Y recorrió el camino de vuelta ensimismado, pensando en su perfume y en sus labios. Al pasar por delante de un río, le pareció ver que las oscuras aguas del mismo eran iguales al color de los ojos de su prometida.

Capítulo 12

Natalia apartó el desayuno sin probarlo. La mirada reprobatoria de su madre la quemaba desde el otro extremo de la mesa. Esperó resignada su reprimenda que no tardó en llegar:

—Dentro de dos semanas, serás una mujer casada. Ca-sa-da —recalcó—. Tendrás que llevar una casa y complacer a tu marido. Come y alegra esa cara. Parece que esperas a tu funeral en vez de a tu propia boda.

—No tengo hambre —contestó ella en voz baja al tiempo que tomaba un sorbo de leche caliente endulzado con miel.

—No tengo hambre —la imitó su madre de forma despectiva—. Natalia Vega, yo te he parido, ¿lo recuerdas? —Patricia la fulminó con la mirada—. Desde siempre has tenido mucho apetito. No me vengas a mí con estos aires. Dime, ¿qué te pasa?

—Soy muy desdichada, madre —explotó ella al borde de las lágrimas—. En dos semanas me casaré con un hombre al que no conozco. Me llevará lejos de mi casa y me condenará a vivir apartada de todo lo que amo.

—Los libros y las tertulias locas de tu padre han hecho que tengas muchos pájaros en la cabeza. Es ley de vida que una mujer de buena posición, joven y sana, encuentre a un buen hombre a la edad de casarse. Además, no sé por qué te quejas, eres muy afortunada. Tu marido es joven y de buen ver. Yo vi por primera vez a tu padre una semana antes de casarnos. Y me llevaba diecinueve años. Y, no era precisamente un príncipe azul.

—¿Quiere decir que no estaba enamorada de padre? —preguntó crispada.

—El amor no existe, querida —contestó su madre con amargura—. O por lo menos, no para nuestra clase. Existe el respeto, el cariño y las responsabilidades. Ya no eres una niña, pon los pies en la tierra.

«Te amo. Solo a ti», recordó.

«Solo a ti». ¿Qué sabría su madre?

—Sí que existe, madre —Natalia se levantó de un brinco y empujó la silla.

Salió corriendo al jardín, limpiándose con desdén unas lágrimas silenciosas que corrían por sus mejillas. Se sentó sobre un banco con gesto cansado. Vio a la criada acudir hacia ella con un sobre en la mano. Su corazón comenzó a latir con mucha fuerza. Había abandonado toda esperanza de

recibir noticias de Sergio. Aquello podría ser su renacer. La criada avanzaba despacio por lo que Natalia se levantó del banco y acudió acelerada a su encuentro. Se lo arrancó de la mano y estudió con gesto crítico la letra impresa sobre el mismo. No reconoció la caligrafía, bien cuidada y levemente inclinada hacia la derecha.

¡Esa letra no era de Sergio!

Sus dedos perdieron fuerza y el sobre se deslizó de su mano, cayendo sobre un montón de hojas secas amontonadas en el suelo. El sol se escondió bajo una manta de nubes oscuras y un aire frío le recorrió la espalda. Permaneció sentada en el banco, inmóvil, como una estatua. Sintió caer sobre sus hombros un chal suave. Levantó la vista y vio a su hermana abrigoarla.

—Estás helada. Vas a enfermar —le dijo distraída.

Natalia esbozó una tímida sonrisa. Delia era lo único bueno y auténtico en su vida. Y en pocas semanas se tendría que separar de ella.

—¡Mira, en el suelo hay un sobre! —Delia se agachó animada y lo recogió. Rompió el sello de cera, rasgó el papel y comenzó a leer.

Mi querida Natalia,

Faltan menos de dos semanas para nuestra boda. Espero con ilusión el momento de unirme a ti y formar nuestra familia. No dejo de pensar en tu sonrisa y en tus hermosos ojos oscuros. En la hacienda estamos trabajando contra reloj para terminar las reformas a tiempo. He comenzado a encargar libros para formar una pequeña biblioteca para ti. No conozco tus gustos literarios, espero recibir noticias tuyas para conocerte mejor. Me imagino que tú también querrás saber más cosas sobre mí, así que te haré un breve resumen.

No tengo familia, me separé de los míos cuando tenía nueve años y desde entonces, no he vuelto a saber de ellos, al parecer han emigrado a Argentina. Tengo orígenes humildes y los últimos diez años, viví en el extranjero. Hace poco he comprado la hacienda Montenmedio, donde deseo establecerme junto a ti. Es un lugar hermoso, situado en plena naturaleza, a poca distancia del mar. Espero que algún día, llegues a querer esto tanto como lo quiero yo.

Con afecto, Robert.

Delia dejó la carta e interrogó a su hermana.

—¿Quién es Robert? —preguntó con interés—. Escribe bonito y se preocupa por ti.

Natalia sonrió y abrazó a su hermana.

—Es mi futuro marido, cariño. Le conocimos en la hacienda cuando te pusiste malita y, hace poco, vino aquí a la casa. ¿Te acuerdas?

—No, no me acuerdo —contestó frunciendo el ceño—. ¿Es guapo?

Natalia se sorprendió por la pregunta. No había mirado con atención al

hombre con quien se iba a casar. No sabría decir si sus ojos eran negros, marrones o verdes. Azules, seguro que no, porque ese detalle no le habría pasado inadvertido. Azules eran los ojos de Sergio. No era muy alto, recordó que, al caminar junto a él, sus miradas quedaban casi al mismo nivel.

—Pues..., no lo sé, la verdad —contestó con sinceridad—. Apenas lo he visto dos veces, parece amable y tiene una letra bonita.

—¡Ahora me acuerdo! —Delia saltó del banco eufórica—. Robert es moreno y tiene los hombros fuertes. Huele bien, a madera mojada por la lluvia de mayo y a limón y... puede que un poco a miel de naranja también. Y sus ojos parecen brillar como el bronce. Y conserva todos los dientes. Y es limpio.

Natalia rio relajada. A su hermana le ocurría a menudo olvidar lo importante y acordarse de detalles muy personales.

—Gracias por animarme, cariño. Estoy mucho más tranquila ahora que sé que mi futuro marido conserva todos los dientes. —Las dos estallaron en risas. De pronto, Delia dejó de reír y su rostro delgado adquirió un color ceniza.

—¿Crees que llegaré a casarme algún día? —preguntó con gesto serio—. No es justo que tú te cases antes que yo. ¡Eres la hermana pequeña! Me dejarás en ridículo delante de la gente.

Natalia buscó un punto imaginario en el suelo. Pisoteó con la punta del zapato el montón de hojas secas, que crujieron al romperse bajo el peso de su pie. Delia siguió su ejemplo y comenzó a reír contenta por la nueva distracción.

De vuelta hacia la casa, Natalia la abrazó y le dijo:

—Encontraremos una cura a tu enfermedad. Y podrás casarte y tener un montón de hijos. Te lo prometo.

Delia comenzó a dar vueltas a su alrededor y canturreó con alegría.

—Delia tendrá hijos y se casará. Delia tendrá hijos y se casará.

Capítulo 13

La boda se celebró el veintisiete de noviembre de 1899, en la iglesia de San Juan Bautista, una de las más importantes del municipio de Marchena.

La novia, ataviada con un vestido victoriano de cuello subido, bordado de encaje, con grandes mangas y lazos de satén, lucía espectacular. El velo de tul recogido por una tiara de flores, abrazaba su espalda y en sus manos enguantadas, portaba un buqué grande de flores en forma de cascada.

Robert, por su parte, vestía con sobriedad. Traje de tres piezas color gris antracita, camisa blanca perfectamente almidonada y alrededor del cuello, llevaba enrollada una corbata de seda, color azul plateado, que finalizaba con un lazo grande, sobre el pecho.

Un coro rociero comenzó la ceremonia, entonando la canción popular «Amapola».

El cerrajo de peroles
de la marisma bandera,
donde nacen los amores
de las niñas cortijeras.
Piropo temprano
buscan los pinares,
donde se acollarán
los patos reales.
En el trigo la amapola
pero aquí no eres la misma,
amapola.
La que nace en la marisma,
presume de gran señora.

La ceremonia se ofició con sobriedad. Robert pasó las arras a las manos de ella y con voz entrecortada por la emoción, le prometió:

—Recibe también estas arras, son prenda del cuidado que tendré de que no falte lo necesario en nuestro hogar, de que te amaré y respetaré, todos los días de mi vida.

—Recibe también estas arras, prometo cuidarte, amarte y respetarte, todos los días de mi vida —declaró la novia mientras dejaba caer las monedas en las palmas de él.

Cuando el sacerdote les declaró marido y mujer, él le retiró el velo de la

cara y se acercó a la boca de su recién estrenada esposa. Depositó un beso casto sobre sus labios, absteniéndose de profundizar adentro de aquella deliciosa boca que tenía sabor a cerezas de mayo. Los asistentes rompieron en aplausos y, minutos después, salieron de la iglesia convertidos en marido y mujer.

El banquete se celebró en el jardín de la mansión de los Vega. Los invitados disfrutaron de manjares exquisitos y el vino se sirvió en abundancia. Entre risas y aplausos, la flor y nata de Marchena, brindaba y deseaba mucha felicidad a la joven pareja.

Natalia se comportaba de manera educada y atenta con todo el mundo, sin embargo, su cara no resplandecía y a su mirada le faltaba entusiasmo e ilusión. En más de una ocasión, a Robert le pareció ver sus ojos entristecidos, como si el hecho de casarse le hubiese provocado un inmenso dolor. Decidió tener paciencia y enamorarla poco a poco en las semanas que iban a permanecer en Marchena.

Mientras estaban tomando el postre, una deliciosa tarta de fresas con nata montada y crema de avellanas, Delia se acercó a ella y le susurró algo al oído. Natalia palideció, cogió con su mano temblorosa un vaso de agua que acercó a su boca reseca y bebió un trago largo. Después se levantó, atropellando sus pies bajo el voluminoso vestido.

—Si me disculpas, he recibido una visita y tengo que atenderla. En unos momentos, regresaré.

—¿Una visita en plena boda? —Se sorprendió él—. Si se trata de una amiga tuya, invítala al banquete.

Ella asintió pensativa y se alejó precipitada, dejando a Robert con una extraña sensación en el pecho de que algo iba mal. Al quedarse solo, llenó su copa de vino y la vació de un trago. Se sirvió otra y se levantó para saludar a unos amigos. Intentó no pensar más en la desaparición de Natalia y entabló conversación con la gente. No obstante, por mucho que intentó distraerse con otra cosa, sus pensamientos regresaban con insistencia a ella.

¿Dónde pudo haber ido? ¿Y por qué tardaba tanto?

Abrió la tapa del reloj que ella le había regalado el día de su pedida y se topó de frente con su rostro sonriente. Deslizó el dedo índice sobre él mientras una sonrisa florecía en sus labios. La misma se borró de su rostro, cuando comprobó que habían pasado más de veinte minutos desde que ella se había marchado. Decidió que era mucho tiempo y comenzó a caminar en dirección

hacia la casa. Necesitaba saber quién era la misteriosa visita que había alejado a su esposa de él. Rodeó el jardín y entró en el interior. En el pasillo se encontró con unas criadas que ofrecían bandejas repletas de aperitivos, en un incesante ir y venir. Paró a una al azar y le preguntó por Natalia.

No, nadie la había visto dentro de la casa, ni sabía nada de la misteriosa visita.

Robert subió a la planta superior y entró en la habitación de ella. Admiró pensativo el inmenso ramo de rosas rojas que descansaba sobre la mesita de noche. Él lo había encargado para ella. Quería sorprenderla y pensó que unas rosas rojas podrían ser una apuesta segura para el día de su boda. No se consideraba un hombre romántico, ni le gustaba perder el tiempo con detalles insignificantes, sin embargo, se esforzó en crear una atmósfera adecuada para su primera noche con ella, puesto que su mujer carecía de experiencia.

Su primera noche.

Sonrió pensando que faltaban solo un par de horas para que, las fantasías que le rondaban desde que decidió casarse con ella se hicieran realidad. Natalia sería suya. Experimentó una subida brusca de calor en su vientre cuando se imaginó a sí mismo haciéndole el amor.

Él le enmarcaría con delicadeza el rostro entre sus manos y abriría con firmeza su boca, besándole primero el labio de abajo, después el de arriba. Exploraría cada centímetro de ella saboreándola. Bajaría después hacia su delicado cuello buscando la fina línea de sus hombros, mordería su piel suave, arrancándole un suspiro. Justo entonces, buscaría sus senos.

¿Cómo serían los pechos de Natalia? Redondos y pequeños, grandes y turgentes o ¿pesados y deliciosos? Desde que la conoció, aquella pregunta no dejaba de atormentarlo y, hasta ese momento, los clásicos vestidos de ella cerrados hasta el cuello no le daban ninguna pista. Acalorado, Robert dejó de fantasear con las curvas y los pechos de Natalia y bajó al salón. En medio del mismo se encontró a su suegra, quien repartía órdenes entre las criadas, preocupada por el bienestar de los invitados. Patricia, al toparse con él en su campo visual, lo miró desconcertada.

—Robert, querido, ¿no estás con los invitados? Es todavía temprano para retirarse.

—Estoy buscando a Natalia, pero nadie sabe decirme dónde está. Por lo visto, ha recibido una visita y lleva más de veinte minutos desaparecida. Estoy preocupado. —Unas sombras oscuras se asomaron en el bronce de sus ojos—.

¿Usted sabe algo?

—¿Una visita? —La sorpresa cruzó el rostro de Patricia—. No sé nada de ninguna visita. Preguntaré a las criadas, en la casa no la he visto.

—Fue Delia la que vino a avisarla. Y no hay ni rastro de ninguna de las dos.

Cinco minutos más tarde, suegra y yerno buscaban con preocupación a la novia.

Nadie parecía haberla visto.

Capítulo 14

Mientras Natalia caminaba apresurada, el mensaje de Delia le taladraba los oídos.

«Te está buscando un militar. Dice que es urgente, te espera en el claro».

¿Sería Sergio? Después de meses de ausencia e incertidumbre, no podía aparecer justo el día de su boda.

Su boda. ¿Su boda? «Solo a ti».

Apresurada, rodeó la casa y se dirigió hacia un pequeño claro cercado por varias clases de arbustos frondosos. Le costaba caminar, puesto que sus altos tacones se afondaban a cada paso que daba en la gruesa alfombra de hojas secas que cubría el jardín. Sujetó con ambas manos los bajos de su vestido de novia y, cuando llegó al claro, creyó desmayarse. De pie, vestido de gala militar, la esperaba Sergio. Nada más verla aparecer, se quitó la gorra y acudió en su encuentro. Desde cierta distancia, se miraron durante unos segundos sin pestañear. La tierra dejó de girar y el aire se evaporó dejando la atmósfera vacía. En los nítidos ojos de Sergio, Natalia encontró amor y pasión. El tiempo dejó de existir y de importar. Él contempló emocionado su vestido de novia y articuló en voz baja:

—Natalia, mi amor, ¿cuántas veces soñamos con este momento? Estás esplendida vestida de blanco, pero el novio no soy yo. —Se acercó a ella con paso lento, indeciso.

Ella dejó rodar sobre su rostro una lágrima solitaria y comenzó a dar pequeños pasos en dirección hacia él. El tiempo se detuvo por completo. No existía el ayer ni el mañana. Ni la boda ni su marido. Solo el «ahora». A pocos centímetros de distancia, abrieron los brazos como dos mariposas en pleno vuelo y se fundieron en un abrazo sentido, ansiado. Él le rodeó los hombros, estrechándola entre sus brazos y ella acomodó su cabeza en el hueco de su pecho.

—Has vuelto a mí —susurró Natalia, alzando la vista cargada de emoción hacia él. Los ojos negros, humedecidos por las lágrimas, brillaban con intensidad.

—Nunca he dejado de pensar en ti, mi amor —declaró él con fervor mientras buscaba su boca y se fundían en un beso suave y lento.

La tierra comenzó a rodar despacio y el ambiente se llenó con el dulce sabor de la pasión. Hasta el mismísimo Dios, desde lo alto del cielo, tenía que reconocer que formaban una pareja perfecta. Ella era una mujer alta, esbelta, vestida de blanco, con la melena oscura ondeando sobre su espalda y él, un joven militar apuesto, rubio y atractivo.

—¿Por qué no me dejaste ninguna nota? —preguntó mientras reía y lloraba a la vez.

—El día del funeral de tu padre, viajé a la hacienda. Tu madre me recibió y me contó la grave situación económica por la que estabais pasando. Me pidió apartarme de ti para no estropear tu futuro. En ese momento no tenía nada que ofrecerte. Tuve que alejarme.

—¡Sergio! —Natalia alzó hacia él una mirada cargada de reproches—. Deberías haber hablado conmigo. ¡Me habrías ahorrado tantas dudas y tanto sufrimiento!

Él posó un dedo sobre su boca, tranquilizándola.

—No tenemos tiempo para lamentaciones ni reproches. Desde entonces, mi vida ha dejado de ser vida. Pensé que te había perdido, me imaginé que habías muerto y yo, contigo. Arriesgué mi vida en la misión porque no hay nada más valiente que un hombre que no posee nada y, por lo tanto, no tiene nada que perder. Milagrosamente, he conseguido sobrevivir y, ¡mira! —le enseñó con orgullo los galones que adornaban sus hombros—. Me han ascendido a capitán. Nada más llegar a la ciudad, decidí buscarte. Aunque... he llegado demasiado tarde.

Ella se desprendió de sus brazos y contempló su ropa. Al encontrarse con el vestido de novia y el anillo de casada, pareció regresar a la realidad.

—Hace un par de horas que me he casado —anunció con tristeza—. Está todo perdido. La que no puede ofrecerte nada ahora soy yo. Lo siento.

—¿Todavía me amas? —preguntó él con la respiración entrecortada mientras un pequeño brillo de esperanza iluminó su mirada.

—Nunca he dejado de hacerlo. Te quiero. Solo a ti.

Se fundieron de nuevo en un sentido abrazo al tiempo que él le susurró:

—Solo a ti.

Después de un largo segundo cargado de pasión, la apartó unos centímetros y clavó sus penetrantes ojos azules en los de ella.

—¿Y tu marido? ¿Por qué decidiste casarte tan pronto?

—Porque fue necesario —contestó ella con tranquilidad—. Y porque

pensé que te había perdido. Ya no me importaba nada, ni el qué, ni el cuándo, ni con quién. Me dejé llevar por el torrente de la vida. Él... no significa nada para mí. Apenas nos hemos visto en dos ocasiones. No lo quiero ni jamás lo querré. Mi corazón es tuyo.

—Si no lo quieres, puede que todavía tengamos una oportunidad —sugirió Sergio más animado. Sonrió y su cara se iluminó—. ¡Vamos a huir, ahora, en este mismo momento! —Sus ojos brillaron con intensidad.

—Pero, estoy casada, ahora pertenezco a mi marido. —Un atisbo de preocupación cruzó el rostro de Natalia y su mirada eufórica dejó de brillar—. Pronto se dará cuenta de mi ausencia y me buscará. Además, no puedo salir a la calle vestida de novia.

—¡Escúchame! —Sergio la zarandeó buscando con insistencia captar su atención—. Si somos rápidos, podemos conseguirlo. Regresa a la casa, con el bullicio que hay no se darán cuenta de tu ausencia. Quítate el vestido de novia, escóndelo y vístete con ropa de criada. Después, sal por la puerta de atrás sin que nadie te vea. Yo me adelantaré, iré a la estación de trenes y sacaré billetes para el primero que pare en la estación. Tú te reunirás allí conmigo. Después huiremos. Quizá nos encuentren mañana, pero después de una noche pasada en compañía de otro hombre, tu marido ya no te querrá.

—¡Sí! —accedió ella mientras su mirada oscura se encendió—. ¡Huiré contigo! Tú eres mi amor. Las cosas se arreglarán después, tienes razón. Solo tengo que conseguir cambiarme y salir de la casa sin que nadie me vea. Puedo hacerlo.

—¿Estás segura? —Sergio le acarició la cara con delicadeza. Natalia cerró los ojos, dejando la mejilla descansar en la palma de su mano. Él le alzó el mentón y acercó su boca a la de ella sin llegar a tocarla. Sus respiraciones se aceleraron y los corazones comenzaron a latir en la misma onda.

—¡Lo estoy! —contestó ella envalentonada—. Lucharé por nuestro amor con todas mis fuerzas.

Sergio asintió complacido y la soltó. Ella giró sobre sí misma con la intención de marcharse a la casa para cambiarse, cuando el capitán le rozó la curva de su brazo, prendió su mano y la volteó hacia él. La estrechó de nuevo entre sus brazos mientras le besaba el pelo.

—Ten mucho cuidado, por favor. Es nuestra última oportunidad. Mucha suerte, mi amor.

Los dos enamorados se fundieron en un apasionado beso que unió sus

corazones. Los brazos fuertes del capitán bajaron hasta la cintura estrecha de ella y se perdieron entre los metros de tul que cubrían su impresionante vestido. Se separaron con pesar sin saber que, a unos pasos de ellos y escondida tras un arbusto, una persona había presenciado todo el encuentro.

Natalia salió del claro con paso decidido y dirigió sus pasos en dirección hacia la casa. Ya no era una sombra que caminaba sin rumbo por la vida. Sabía con seguridad adónde se encaminada. Mientras recorría el jardín, se quitó el velo y lo dejó tirado sobre un montón de hojas secas de color amarillo caoba. El viento comenzó a soplar, llevándose consigo el velo largo de tul.

La novia entró en su casa, a hurtadillas, por la puerta de los criados. Cruzó la planta baja con sumo cuidado, se quitó los zapatos de tacón y avanzó decidida escaleras arriba. Cuando abrió la puerta de su habitación y observó sobre su mesita de noche un enorme ramo de rosas rojas, se emocionó. Se acercó y cogió la nota que encontró al lado del ramo. La cuidada caligrafía de Robert, ligeramente inclinada hacia la derecha, decía:

Has despertado en mí un mundo nuevo. Te quiero. Robert.

Se limpió las lágrimas que comenzaron a rodar sobre sus mejillas y, con dedos temblorosos, dejó la nota sobre la mesa.

—Por favor, perdóname —dijo en voz baja y comenzó a quitarse el vestido de novia.

Capítulo 15

Robert abrió la tapa del reloj y comprobó que Natalia llevaba desaparecida veintiocho minutos. Después de haberla buscado por todas partes y no encontrar ni rastro de ella, quedó más que convencido de que algo le tenía que haber pasado. Algunos invitados se dieron cuenta de la ausencia de la novia y preguntaron por ella. Robert la excusó, aclarando que se encontraba indispuesta por los nervios de la boda. Sin saber qué hacer, comenzó a dar vueltas en círculo, de la casa hacia el jardín y del jardín hacia la casa. Cansado y preocupado, se sentó sobre un banco. En su campo visual se topó con Delia, quien giraba sobre sí misma con el velo de su hermana puesto sobre la cabeza. Robert comenzó a caminar en dirección hacia ella y, cuando la alcanzó, se quedó petrificado al verla cantar y reír despreocupada.

—¡Delia! —la llamó con voz firme—. ¿Dónde está tu hermana?

—Mi hermana está feliz —respondió la chica mientras seguía girando y ondeando el largo velo.

—Eso ya lo sé —contestó Robert exasperado—. ¿Por qué llevas tú su velo?

—Porque ella ya no lo necesita. —Y Delia extendió los brazos y aumentó el ritmo de las cabriolas.

Robert sintió la presión explotar dentro de su pecho. Se desató el cordón de seda que llevaba alrededor del cuello y se desabrochó con dedos temblorosos los primeros botones de su camisa. Se acercó a Delia, le agarró los brazos con firmeza y la obligó a pararse. Ella se tambaleó mareada, por lo que Robert la sostuvo y la ayudó a sentarse en el banco.

—¡Delia! —la apremió intentando mantener la calma—. ¿Quién ha visitado a Natalia?

Ella sonrió con inocencia y le contestó con tranquilidad.

—Un militar.

¡¿Un militar?!

Un rayo cargado de truenos partió en dos la cabeza de Robert. Una simple palabra comenzó a dar respuesta a muchas de sus preguntas.

—¿Y dónde están ahora?

La chica alzó los hombros, indicando que no lo sabía. Después se levantó

del banco, agarró el velo, se lo colocó sobre su cabeza y continuó con su bailoteo. Robert decidió alejarse de ella debatiendo en su mente si la información que le había proporcionado era cierta o no.

Con Delia, nunca se sabía. Desde lejos, la escuchó decir en medio de una cabriola:

—Natalia se vestirá de criada. Natalia se vestirá de criada.

Robert no lo dudó más. La chica estaba diciendo la verdad. Juntó la información recibida y ahogó un grito de rabia al entender la conclusión. Un militar fue a la casa en busca de Natalia. Ella se turbó al saberlo y, sin dudarlo, acudió a su encuentro. Según Delia, ella ahora estaba feliz. El hecho de haberse deshecho del velo significaba, claramente, que el matrimonio no le importaba. Y, por último, si era cierto que iba a vestirse de criada, era porque había planeado huir con el militar. Se tapó la cara con las manos al entender que en vez de haberse casado con un ángel, se había casado con el mismísimo demonio. Oleadas de furia comenzaron a bullir en su interior y salió disparado en dirección hacia la casa.

En la entrada de la casa, se encontró con Patricia, quien intentó pararlo.

—Robert, querido, ¿has encontrado a Natalia?

Él se giró hacia ella, la agarró por el codo con cierta brusquedad y la obligó a sentarse en una silla.

—Todavía no, pero descuide, la encontraré. Y usted, querida suegra, espéreme aquí que tenemos que hablar. Al parecer me ha vendido mercancía de segunda calidad.

—¿Cómo se atreve a hablarme en ese tono tan vulgar? —la voz de Patricia sonó indignada.

Robert decidió aplazar la discusión con su suegra. Lo primordial era encontrar a su mujer e impedir sus planes de huida. Le lanzó a Patricia una mirada de advertencia y subió los escalones con rapidez. Comenzó a correr por el pasillo y cuando llegó a la habitación de ella, empujó la puerta con la mano y, pudo observar como su recién estrenada mujer se había bajado las mangas de su vestido e intentaba desatarse los lazos del corsé. El pelo se le había soltado del recogido, bailándole desordenado alrededor de la cara. Sus mejillas se habían sonrojado por el esfuerzo y su mirada brillaba con intensidad. Las mangas bajadas dejaron al descubierto su escote generoso y, él pudo comprobar, por fin, que los pechos de ella eran pesados y grandes. Al advertir su presencia, Natalia dejó de forcejear con el vestido y retrocedió

asustada unos pasos hacia atrás. Intentó taparse con las manos el escote.

Él se acercó a ella, escupiendo fuego por los ojos.

—¿Qué es lo que haces? —le gritó, descontrolado. Pudo notar con claridad como los músculos de la cara se le tensaban.

Ella no respondió, se limitó a retroceder un paso más.

—¡Contéstame! —tronó él, de nuevo, y empujó con fuerza el jarrón de rosas rojas que se cruzó en su camino.

Las flores volaron esparcidas por el aire y el jarrón se estrelló con un golpe seco en las duras baldosas. Natalia se quedó petrificada al ver que algunas rosas se habían quedado enganchadas en el tul de su vestido, justo como ella había soñado un tiempo atrás.

La mirada de él se clavó en la nota que había escrito unas horas atrás con toda la ilusión del mundo. La cogió y la leyó en voz alta. Después comenzó a reír sarcástico.

—Mira lo que has despertado dentro de mí. —Abrió los brazos con impotencia—. Lo peor. Dime la verdad ahora mismo, si no, no respondo, Natalia. ¿Qué es lo que pasa?

—No tengo nada que contarte —respondió desafiándole con la mirada.

—Muy bien —accedió aparentando una actitud tranquila—. Si no tienes nada que contarme y, sin embargo, te apresuras en cambiarte, significa que quieres ir a alguna parte. Como marido atento que soy, cumpliré tu deseo. ¿Quieres viajar?, ¡que así sea! Esta noche nos vamos a la hacienda.

Ella levantó el mentón y lo enfrentó de nuevo.

—No puedo viajar esta noche, estoy muy cansada y no tengo el equipaje hecho. Además, acordamos vivir aquí un tiempo. Dijiste...

—Olvídate de todo lo que acordamos —gritó de nuevo dándole la espalda y pisando con rabia las rosas esparcidas por el suelo—. ¡Maldita sea!, olvídate de todas las estupideces que te dije.

Ella dio otro paso atrás, asustada, encontrándose a sus espaldas con la fría pared.

Robert abrió las puertas del armario. Comenzó a sacar al azar vestidos de ella y los apiló en el suelo de cualquier manera. Después sacó un baúl ligero confeccionado de paja y enfundó la ropa amontonándola dentro de él. Cerró la tapa del baúl con gesto brusco y lo colocó al lado de la puerta.

—Su equipaje ya está listo, señora —recalcó la última palabra con sorna.

Ella le lanzó una mirada irritada, a punto de dejarse vencer por el torrente

de lágrimas que amenazan con resbalarse sobre su cara.

—¡Ah!, que tonto soy. Se me olvidada. Todavía llevas puesto el vestido de novia —dijo irónico al tiempo que su cuerpo se crispaba—. Tienes razón en estar descontenta.

Abrió la puerta del armario, sacó al azar otro vestido y, sin mirarlo, lo dejó sobre la cama.

—Vamos, Natalia, quítate el vestido de novia y ponte este. Y apúrate, nos espera un largo viaje.

Las mejillas de ella se tiñeron de rojo y con los ojos bañados en lágrimas suplicó en silencio:

—Sal de... de mi cuarto para que pueda cambiarme —le rogó con voz entrecortada.

—No pienso ir a ninguna parte. Por si no lo recuerdas, esta tarde te has casado conmigo, ahora eres mi mujer y, a la vista está, que no eres tan inocente como yo creía. —La calidez de sus ojos se esfumó y en su lugar aparecieron unas sombras, convirtiendo su mirada en una fría y peligrosa—. Así que, adelante, me he ganado el derecho de saber lo que he comprado.

—¿De qué hablas? —preguntó ella, desconcertada.

—Vístete, Natalia. Ya tendremos tiempo de contarnos nuestros pequeños secretos mientras estamos de camino. Tenemos toda una vida por delante para descubrirnos —añadió con amargura.

Capítulo 16

Natalia sopesó en su mente las opciones posibles, y aparte de vestirse y obedecer a su marido, no encontró ninguna más.

Multitud de preguntas le taladraban el cerebro. ¿Cómo se había enterado de todo? ¿Qué es lo que sabía? ¿Le quedaban todavía opciones para huir?

Comprendió que era imposible reunirse con Sergio y, por el momento, estaba a merced de ese hombre que apenas conocía.

—¿Quieres que te ayude a quitarte el vestido de novia? —le preguntó él, en tono más sosegado.— Según veo, no puedes deshacerte sola de tanta capa y volante.

—No necesito tu ayuda —lo desairó ella mientras luchaba con los lazos del corsé.

Aflojó la tela del vestido y comenzó a rularla hacia la cintura. Después, desprendió la parte voluminosa de abajo, sacó las piernas de las enaguas y se lo quitó. Se dejó puesta la combinación de satén que llevaba debajo y sobre el mismo se puso el vestido que Robert eligió por ella. Se acicaló el pelo sujetándolo con una horquilla y cuando reunió suficiente coraje, dirigió la mirada encendida hacia su marido. La cara le ardía, su cuerpo entero estaba envuelto en llamas, por la vergüenza y la rabia que sentía. Desde la silla donde estaba sentado, él la contemplaba con intensidad. Lucía en el rostro una expresión indescifrable, ni fría, ni ardiente, ni agradable, ni enfadada. Inspiraba calma y, al mismo tiempo, tormenta. Natalia decidió ponérselo difícil. Se quedó de pie y le provocó con la mirada. Ante su desafío, él reaccionó de inmediato. Se levantó de un salto, prendió el baúl con una mano y se acercó a ella. Le agarró del codo arrastrándola con brusquedad. Bajaron los primeros escalones de forma precipitada. Ella tropezó y estuvo a punto de caerse, por lo que él le sujetó por la cintura y la ayudó a incorporarse. Natalia vio en sus ojos un atisbo de preocupación y decidió jugar su última carta. Ya no tenía nada que perder y un mundo entero por ganar.

—Robert, espera un momento, por favor. No es necesario destrozarnos la vida. Estamos todavía a tiempo de arreglar esto.

Robert reaccionó de buena gana ante su cambio de actitud. Dejó con tranquilidad el baúl en el suelo y se puso frente a ella, en el mismo escalón.

Por el espacio reducido, estaba muy pegado a ella, casi podía escuchar los latidos de su corazón. Acercó su boca a la de ella y le preguntó en voz baja:

—¿Cómo podríamos arreglar esto? Estoy deseoso de saberlo.

Natalia tragó saliva ante su cercanía y retrocedió un poco hasta que sintió su cuerpo pegarse contra la fría pared. Cuando reunió el suficiente coraje, alzó una mirada ilusionada hacia él y dijo:

—Entre nosotros no hay nada. Tú decidiste casarte conmigo por lealtad a mi padre, y yo contigo, para salvar a mi familia. Nos hemos visto en dos ocasiones, prácticamente somos dos desconocidos. No te quiero, ni tú me quieres a mí —un atisbo de esperanza hizo acto de presencia en su mirada y continuó efusiva—: Yo estoy enamorada de otro hombre y deseo crear mi futuro con él. Acabamos de casarnos, lo sé —los ojos de él echaban chispas—, pero el matrimonio no se ha consumado todavía, podríamos anularlo. Tú seguirías tu camino y yo... yo...

—Y tú el tuyo —le cortó de forma sarcástica el discurso.

Cegado por la ira, la acorraló contra la fría pared, sujetándola con un brazo. Con la mano libre, le inmovilizó la cara y se abalanzó sobre su boca. Ella emitió un sonido de sorpresa cuando se vio atrapada por sus labios firmes y exigentes. Sin más preámbulos, la lengua de él se coló dentro de su boca y comenzó a explorarla. Ella intentó oponerse, pero el espacio reducido y el feroz ataque de él, no le permitían moverse. Enfurecida por el repentino asalto, buscó defenderse y, cuando encontró su labio inferior, lo mordió con fuerza. Robert se apartó de un tirón y se tocó el labio ensangrentado. Le enseñó los dedos manchados de sangre y resopló enfadado.

—¿Contenta? —preguntó malhumorado.

Su mirada nublada exigía una disculpa, una disculpa que desde luego ella no pensaba ofrecerle. Bajó la cabeza avergonzada, pero no mostró ni un ápice de arrepentimiento. Como respuesta a su desplante, Robert la asió por el brazo y, mientras bajaban los últimos escalones, le dijo con tono burlón:

—Lo que acabamos de vivir ha sido el primer paso para consumir nuestro matrimonio. No te preocupes, esta noche, en algún momento y en algún lugar, finalizaremos lo que hemos comenzado. No te quepa ni la menor duda.

Ella se tocó de forma instintiva los labios hinchados por el reciente beso y sintió el sabor salado de la sangre mezclándose con su propia saliva.

Llegaron acalorados al salón donde se encontraron a Patricia. Esta, en cuanto los observó, se acercó a ellos alarmada.

—¿Qué es lo que pasa con vosotros? —preguntó confusa al ver que su hija no llevaba el vestido de novia y tenía el aspecto alborotado—. Los invitados han empezado a impacientarse. No podéis desaparecer sin más en plena boda. Comenzarán las habladurías.

Robert le dirigió una mirada encendida y le mostró una sonrisa desprovista de humor.

—Le aseguro, querida señora, que en cuanto sepa lo que está pasando, las habladurías serán uno de sus menores problemas. Siéntese y contésteme a una pregunta.

Patricia obedeció luciendo una expresión desconcertada en el rostro.

—¿Ha intentado engañarme? ¿Me ha vendido mercancía de segunda mano? Al tratarse de mujeres solas, desamparadas, de buena familia, ni se me ocurrió sospechar. La realidad me ha dado una bofetada en pleno rostro. Estoy viviendo una pesadilla de la que quiero despertarme, pero no puedo.

—¿Qué forma es esa de dirigirse a mí? —se escandalizó la mujer al tiempo que abanicaba su rostro ruborizado—. No sea vulgar y hábleme claro.

—Hace unos momentos, encontré a su hija a punto de marcharse con un hombre del que, según ella, está muy enamorada. ¿Hace falta que hablé más claro? —chilló, descontrolado.

—¡Santo cielo, pero, eso es imposible! —declaró Patricia con fervor. Miró a su hija para escuchar la negación de su boca.

Se dejó caer aturdida en una silla al ver que Natalia bajó la cabeza y no dijo nada en su defensa.

—Como comprenderá, señora, se me han quitado las ganas de celebrar —añadió Robert resentido—. Mi querida esposa y yo hemos decidido viajar esta misma noche a la hacienda. No sé lo que me llevo, pero a estas alturas es demasiado tarde para lamentarme. Me lo llevo igualmente.

—Natalia, ¿es verdad lo que dice tu marido? —le gritó Patricia a su hija.

—Sí, madre, es verdad, pero no es tan malo como parece. ¡Por favor, ayúdeme! —La miró con ojos suplicantes—. No quiero irme con él. No lo quiero. El matrimonio no se ha consumado y... seguro que podemos anularlo.

—No digas disparates —la cortó su madre escandalizada—. A partir de hoy, Robert es tu familia. Hace apenas unas horas, has jurado delante de nuestra virgen amarlo y respetarlo hasta que la muerte os separe. Como buena cristiana que eres, seguirás a tu marido y cumplirás tu juramento.

—Pero ¡madre! —Natalia se enjugó las lágrimas buscando una pizca de

comprensión—. Si me encuentro en esta situación es por su culpa. Ha manipulado mi vida desde la sombra. No me deje en sus manos, ¡ayúdeme, por favor!

Patricia le dio la espalda, puesto que no quería seguir viendo el dolor reflejado en su rostro. Tras un intenso silencio, Robert tomó a Natalia de la mano y salieron a buscar el coche. Ella estaba tan aturdida que no opuso resistencia. Mientras unos mozos ensillaban los caballos, él se dispuso a verificar el estado del coche. Natalia se quedó apartada mirando con tristeza en dirección hacia la casa. Observó a su hermana Delia acercarse, llevaba el velo de novia puesto sobre su cabeza y daba vueltas, contenta. Las lágrimas comenzaron a rodar por su cara al escucharla canturrear:

—Natalia será feliz, Natalia será feliz.

Sin poder contener el llanto, la abrazó estrechando con fuerza su cuerpo delgado.

—Delia, cariño. ¡¿Qué has hecho?!

Su hermana mayor le sonrió despreocupada, le secó las lágrimas con el velo y continuó con su tarareo.

Natalia se dirigió hacia el coche sollozando. Lloraba por dejar su casa, por dejar a su hermana, por haber perdido a su amor y por estar atada a un hombre al que no amaba. Lloraba por todo sin saber cuál era el orden exacto de sus desgracias.

Capítulo 17

Sergio caminaba con paso apresurado en dirección hacia la estación de trenes. Sus piernas apenas tocaban el suelo y su corazón flotaba de puro gozo dentro de su pecho. Natalia seguía siendo suya. Recordó los altibajos de la noche mientras se adentraba en la parte baja de Marchena. Esa misma tarde se había presentado lleno de optimismo en casa de los Vega. Titubeó en la puerta puesto que se escuchaba bullicio y una orquesta tocaba unas canciones alegres, parecidas a las de una boda. Era evidente que dentro se celebraba un evento importante. Su primera visita a la casa de la hacienda y el recuerdo de la mujer de acero le hicieron dudar.

Sergio era un hombre valiente, pero tenía que reconocer que la madre de Natalia había conseguido intimidarlo. «Mejor dicho, había conseguido intimidar al Sergio de antaño», rectificó él. El Sergio de ahora era un hombre diferente. Cuadró los hombros y comprobó que su aspecto estuviera impecable. Ataviado con sus mejores galas, lucía orgulloso los galones de capitán sobre sus hombros. Ya no era el mismo muerto de hambre de antes que no podía permitirse pagar ni una mísera habitación. Envalentonado por esos pensamientos tocó la campana de la entrada. Esperó con el corazón desbocado y, momentos después, le abrió la puerta una chica delgada de aspecto enfermizo. Vestía ropa elegante y sonreía con sinceridad. A Sergio le dio un vuelco el corazón, porque reconoció al instante aquella sonrisa.

—¿Quién eres tú? —Le sorprendió la chica de bonita sonrisa sin darle la oportunidad de saludar siquiera.

—Soy Sergio Fernández, capitán del Regimiento de infantería N.5 de Marchena, para servirle —se pavoneó él, al tiempo que tendía su mano hacia ella en un saludo formal.

La chica lo miró divertida, pero no le dio la mano. Sergio retiró la suya turbado por la falta de modales y mínimo decoro de esa joven que suponía que sería la hermana mayor de Natalia.

—Delia Vega —se presentó ella con sencillez al tiempo que su mirada perseguía una mosca que acababa de pararse sobre una repisa.

Dejó de prestarle atención y se dirigió hacia la mosca para estudiarla más de cerca. De pronto, ahuyentó a la mosca, dio un salto, lo tomó de la mano con

energía y le arrastró hasta dentro del patio.

—Natalia ha llorado mucho por ti —confesó ella en tono bajo, casi susurrado—. Cada día, bajaba a recoger el correo ella misma para ver si recibía alguna noticia tuya. Entra, se pondrá muy feliz de saber que estás aquí.

—¿Puedo hablar con ella? —preguntó emocionado y confundido a partes iguales.

El semblante de ella cambió al tiempo que clavaba en él una mirada perdida, casi asustada.

—¿Quién eres tú? —Lo examinó de cerca con el ceño fruncido como había hecho segundos atrás con la mosca—. ¿Y qué es lo que haces dentro de nuestra casa?

—¿Como que quién soy? —se alteró Sergio—. Ya te lo dije, soy Sergio Fernández. Hace un momento me has hecho entrar en el patio, y me has dicho que tu hermana se pondría feliz de saber que estoy aquí.

—Yo... no me acuerdo —balbuceó la chica visiblemente afectada—. Vete al claro que hay al fondo del jardín. Si consigo acordarme de ti, avisaré a mi hermana.

A Sergio le disminuyó el optimismo de forma considerable. Sabía que la hermana de Natalia sufría pérdidas de memoria, pero no que fuesen tan intensas. Si no se acordaba de su nombre tan solo unos minutos después de habérselo dicho, ¿cómo se acordaría de su presencia en el jardín?

—¿Dónde se encuentra tu hermana ahora? —preguntó con la intención de averiguar algo.

—Bailando con su marido. —En sus labios floreció una amplia sonrisa como si esa afirmación fuese una noticia estupenda—. Natalia se acaba de casar.

Sergio se quedó petrificado, atónito y pasmado, todo al mismo tiempo. No sabía si aquella información era cierta o algún invento. Sopesó las posibilidades que tenía y cayó en la cuenta de que, aparte de esperar y confiar en que Delia no se olvidara de él, no encontró ninguna. Desde el pequeño claro escuchaba a la gente reír y los acordes de una canción alegre le hacía presagiar lo peor.

¿Natalia casada? ¿Sería el destino tan cruel? ¿Había llegado demasiado tarde?

No sabía el tiempo que llevaba esperando cuando ella hizo su aparición en el claro. Y, de un plumazo, hasta sus más optimistas ilusiones se derrumbaron.

Natalia caminaba hacia él envuelta en metros de tul y capas sobrepuestas de seda blanca, y sobre sus mechones negros agitados por el viento ondeaba un velo largo y vaporoso.

De vuelta a la realidad, mientras seguía caminando hacia la estación, Sergio se detuvo. Una extraña sensación lo recorrió de arriba abajo.

¿Y si la habían descubierto? Podría ser que su marido ya no la quisiera, sin embargo, tomaría represalias en su contra ante el hecho de verse abandonado en el mismo día de su boda. Cualquier hombre lo haría en su lugar.

Consultó el reloj y comprendió que habían transcurrido cincuenta largos minutos desde que se habían separado. Tiempo suficiente para haberse cambiado y abandonado la casa. Regresó sobre sus pasos con celeridad. Comenzó a correr respirando con dificultad. Uno de sus galones de capitán se despegó de su hombro y cayó en un charco sucio que había en el suelo. Le pareció un mal presagio, pero se abstuvo de recogerlo y continuó corriendo. Cuando por fin llegó delante de la casa, la duda de que algo iba mal se hizo realidad. Las risas y la música habían desaparecido reinando un siniestro silencio.

Mientras daba varias vueltas alrededor de la propiedad, sin atreverse a llamar, los relinchos de unos caballos llamaron su atención y, a través de una pequeña rejilla que encontró en la parte de atrás, divisó a un hombre joven, de anchas espaldas, que preparaba dos caballos y repartía órdenes entre unos mozos que se afanaban en complacerlo. Comprendió que debía de ser el marido de Natalia y se sorprendió, puesto que había imaginado que sería un señor mayor, encorvado y no un hombre de su misma edad. Esperó ansioso a verle la cara y su mirada oscura, sobria y taciturna, le estremeció. Sin duda, era el tipo de hombre que no admitiría una ofensa.

Momentos después, observó cómo Natalia se acercaba al coche. Se había quitado el vestido de novia, pero no llevaba ropa de criada sino un elegante conjunto. Seguía al hombre con desaliento y al mirar con más atención vio lágrimas en su cara.

Apretó los puños hasta que los nudillos sobresalieron de su mano. Su corazón le empujaba a saltar la valla para rescatarla. Podría abatir a su marido porque, aunque tenía una constitución fuerte no podía competir con la formación militar de Sergio. Pero ¿con qué derecho? Si ese hombre era su marido, tenía la ley de su parte.

¿Y qué tenía Sergio? Nada. Oficialmente, él no era nadie para aquella

familia.

Natalia se despidió de su hermana con un sentido abrazo y se montó en el coche. Parecía muy frágil y desdichada. Su marido repartió unas últimas instrucciones a dos mozos que conducían el coche y la siguió cerrando la puerta con cierta brusquedad. Se puso en marcha y a través de la ventanilla, pudo observar cómo su amada estaba agazapada en un rincón.

Lágrimas de rabia y de impotencia comenzaron a resbalarse sobre su rostro. Jamás en su vida se había sentido tan desesperado.

«Aguanta, mi amor, te rescataré cueste lo que cueste», envió él una promesa y deseó que el viento se lo hiciera llegar.

Rodeó de nuevo la casa y siguió al coche hasta que lo vio alejarse y fue tragado por la oscuridad. En ese momento se dio cuenta de que no sabía quién era el marido de Natalia, ni dónde vivía. Regresó a la casa, tocó la campana de la entrada y le abrió una criada.

—Buenas tardes —saludó cortésmente—. Me gustaría hablar con la señorita Delia Vega. Soy Sergio Fernández.

—¿Con la señorita Delia? —Los ojos de la criada se abrieron como platos y el tono de voz no pudo disimular su sorpresa.

—Sí, eso he dicho —la voz de Sergio sonaba ansiosa.

La criada se alejó y, momentos después, una risueña Delia apareció en el marco de la puerta. Llevaba puesto sobre su cabeza el velo de novia de su hermana.

A Sergio le comenzaron a latir las sienes al pensar que su única esperanza era aquella chica.

—Hola, Delia, ¿te acuerdas de mí? —preguntó, ansioso.

—Claro —respondió con dulzura.

Un ladrido de perro llamó su atención y dejó de mirarlo. Comenzó a dar vueltas envolviéndose en la suave tela del velo.

—¿Dónde vive el marido de Natalia? ¿Cómo se llama?

Ella dejó de dar vueltas y fijó en él su mirada verdosa y desteñida.

—¿Quién eres tú? —preguntó desconcertada y, sin esperar respuesta, entró de forma precipitada dentro de la casa.

—Soy Sergio Fernández, capitán del Regimiento de infantería N.5 de Marchena y el hombre más desdichado de la tierra —confesó delante de la fría puerta que acababa de cerrarse en sus narices.

Capítulo 18

Había oscurecido y a lo lejos se escuchaban unos truenos. Robert retiró la cortina de la ventanilla y observó que había comenzado a llover. Llevaban más de una hora de camino y como los baches del terreno causados por la lluvia eran cada vez más molestos, tomó la decisión de parar en la primera posada que encontrasen. Se giró hacia su mujer que seguía acurrucada en el rincón opuesto del coche y pudo ver como en su rostro pálido se apreciaban el cansancio y los ojos enrojecidos por el llanto.

El enfado de Robert disminuyó un par de grados de intensidad y el instinto le pedía consolarla, pero su orgullo se encontraba todavía muy maltrecho, por lo que decidió ignorarla. Quién era la víctima, ¿él o ella?

—En la primera posada, pararemos para descansar —anunció en tono autoritario—. Cenaremos algo y hablaremos tranquilamente.

—No tengo hambre —dijo ella en voz baja—. Ni tengo nada que contarte.

—Yo creo que sí —Robert le tocó el hombro para demandar su atención—. Esto no funciona así, Natalia. Necesito saber con quién me he casado. Ayúdame a comprender lo incomprensible. Mi padre me vendió cuando tenía nueve años y te puedo asegurar que, en aquel entonces, me quedé menos atónito que esta noche contigo. Me pellizco la cara y todavía espero despertarme y volver a encontrarme a mi tímida y angelical esposa.

—¿Quieres saberlo? —Despertó ella su genio dormido—. ¿Por qué no? —Abrió los brazos con coraje y una repentina temeridad se apoderó de ella—. Te lo contaré todo, aunque a estas alturas deberías haberlo comprendido. Estoy perdidamente enamorada de otro hombre. Nos conocimos en la época en la que florecen los cerezos en una verbena militar. Se llama Sergio. Es militar y el hombre más bueno, honesto y digno que hay sobre la Tierra.

—¡Ja! —exclamó él con la mirada encendida—. Ya veo lo honesto y digno que es, que quiso robarle la mujer a otro el mismo día de su boda. Tu maravilloso militar no es más que un ladrón. ¡La-drón! —recalcó.

—No le juzgues con tanta facilidad, tú no sabes nada —defendió su postura con la mirada en llamas—. Mi madre lo obligó a alejarse de mí, le dijo que era por mi propio bien. Después, fue muy hábil manipulándome y encargándose de dejar sobre mis hombros la responsabilidad de salvar a mi

familia. Luego apareciste tú en nuestras vidas de una manera un tanto extraña, puesto que nunca te habíamos visto antes ni sabíamos qué tipo de amistad te unía a mi padre. Accedí a casarme contigo, pero mi corazón siempre le ha pertenecido a él. No te he engañado en ningún momento, nunca he mostrado afecto hacia ti y, ¡lo sabes!

—No me mostraste afecto, es verdad, sin embargo, yo atribuí tu actitud a la timidez. Pensé que tu comportamiento reservado se debía a la educación recibida. No se me ocurrió pensar que, mientras yo me ilusionaba y suspiraba por ti, tú suspirabas por otro. ¡Por otro! Si tan enamorada estabas, ¿por qué no me lo contaste cuando estuvimos a solas? —preguntó con amargura—. Cuando apenas te conocía y no tenía sentimientos por ti. Dejaste que me entusiasmara contigo, sabiendo que todo era una mentira. De ser consciente que amabas a otro, jamás te habría propuesto matrimonio. ¿Por qué Natalia?

—Porque me rendí y fui cobarde. Renuncié a mí y a mis sueños. Mi madre hizo que perdiera la ilusión y la confianza en mí misma para sucumbir a sus presiones. Hizo que Sergio se alejara de mí. El resto ya lo sabes.

—Así que... somos una relación de tres ahora —resumió Robert con el ceño fruncido—. Tú quieres al bueno y honrado de Sergio, él te quiere a ti, y yo... —Hizo una pequeña pausa, suspiró hondo y añadió atormentado—: yo te quiero a ti también.

—Pero ¿qué dices? Es imposible que me quieras —saltó como un resorte. Sus mejillas se tiñeron de rojo y sus ojos espantados por la sorpresa lo miraban incrédulos.

—¿Imposible?! —Robert hizo una inspiración profunda para serenarse y le mostró una sonrisa sin humor—. Llevo dos largos meses fantaseando contigo y con el hecho de que serías mi mujer. Hasta estuve imaginándome nuestra primera noche juntos. ¿Quieres que te cuente mis fantasías? En todas ellas, tu piel se eriza bajo mis caricias, tus labios entreabiertos me reciben húmedos y tienen sabor a sandía, tus pechos llenos descansan sobre mi torso desnudo y exploto en mil pedazos cuando tu calidez me envuelve. En todas mis fantasías, ¡todas!, tú apareces pura y maravillosa. Te he tenido en un pedestal sagrado como si fueras la mismísima Virgen del Rosario. No se me ocurrió pensar ni una sola vez que, el mismo día de mi boda iba a descubrir que me había casado con una mujer mentirosa, adúltera y cruel. En este instante no sé si quiero acariciarte y domarte o tirarte del coche para no volver a saber de ti nunca más.

—El amor... no es así —declaró ella mostrando una expresión agraviada por sus atrevidas palabras—. El amor de verdad es puro y limpio; no se vive de esa manera.

—¡Ah! No me digas. Seguro que tu bueno, generoso y noble capitán no deseaba hacerte lo mismo que yo. Te habrá llenado la cabeza de puras bobadas románticas. Y, puesto que hablamos de él, dime, ¿desde cuándo os estáis viendo?

—No le veía desde antes de fallecer mi padre. Hoy mismo ha regresado de una misión militar. Le han ascendido a capitán y ha venido para pedir mi mano. No sabía que me acaba de casar. —Natalia sostuvo la mirada desconfiada de su marido con valentía y continuó—: No fue premeditado, ni he jugado al mismo tiempo con dos hombres, si eso es lo que piensas. Por favor créeme y perdóname. Sé que en todo esto tú eres el menos culpable y piensas de mí lo peor. Apenas te conozco, pero por lo que me has contado, deduzco que eres un hombre moderno, de mentalidad abierta. Intenta recapacitar, mirarlo desde mi punto de vista. Déjame ir, no serás feliz conmigo. Sabiendo que él me quiere, jamás podré amar a otro hombre. Tú tienes el poder de liberarme. Si me obligas a permanecer a tu lado, me condenarás a mí y a ti mismo. Seremos los tres infelices.

—Y, ¿qué pretendes que haga, llevarte de vuelta y entregarte a tu enamorado? Que le diga... Por cierto, capitán, mi mujer ha decidido quedarse con usted. A mí que me partan mil rayos. —Robert clavó su mirada cargada de incredulidad en los oscuros ojos de ella—. Lo siento, querida, pero no soy tan noble ni tan bueno. Además de que para tenerte pagué una deuda y visto así, en esta relación a tres yo sería el único perdedor. No me parece justo.

—Lo haces por orgullo. Sé que pagaste la deuda de mi padre y nos devolviste las escrituras a cambio de casarte conmigo, pero... Estoy segura de que Sergio y yo encontraríamos la manera de devolverte el dinero. Te doy mi palabra de que...

—No se trata de dinero —la cortó él enfurruñado—. Siento no compartir tus fantasías románticas ni tu mundo ideal. No puedo dejarte porque estamos casados y yo soy tu presente. Baja a la tierra y deja de soñar con ideales. El mundo real es este, en el que tú y yo nos dimos la mano delante de tu virgen para caminar juntos. Me prometiste amarme y respetarme hasta que la muerte nos separe. A partir de ahora, te portarás bien, ahuyentarás los pájaros de tu cabeza y, a cambio, yo olvidaré este desliz. Dejarás a tu amor de primavera

encerrado en un rincón de tu corazón y me darás a mí el respeto y el amor que me merezco. Pero te advierto, Natalia, no juegues conmigo, porque ni soy noble ni soy tonto. No lo olvides.

Natalia abrió la boca para protestar, pero logró dominar sus impulsos y las palabras envenenadas que tenía en la punta de la lengua. ¿Qué caso tendría? ¿Podría una prisionera cambiar el rumbo de su destino?

Se refugió en su rincón y cerró los ojos para contener las lágrimas. Robert se removió inquieto en su asiento, pero no volvió a dirigirle la palabra.

Media hora más tarde, en medio de una tromba de agua pararon en una posada.

Él bajó primero y sacó el paraguas. Lo aguantó ofreciéndoselo a ella y esperó en medio de la lluvia quedando completamente empapado.

—Vamos Natalia, baja, como puedes observar el tiempo ha empeorado. Pernoctaremos aquí. —La apremió bajó la cortina de agua que caía sin cesar tendiéndole su mano.

—No quiero bajar —anunció con dignidad al tiempo que rechazaba su mano.

Un trueno ensordecedor dio fe de que sus palabras eran ciertas.

—Natalia, me estoy empapando de agua. ¡He dicho que bajas! —le ordenó él.

Y sin esperar su respuesta, la tomó por la cintura bajándola de un salto. Ella intentó resistirse, pero le fue imposible liberarse de su brazo y la cortina de agua la obligó a caminar junto a él. Entraron en la posada hambrientos, cansados y empapados. Encontraron el fuego ardiendo en la chimenea situada en una sala oscura en la que destacaba un techo inclinado de madera. Una mujer joven y atractiva los recibió con una sonrisa.

—Pasen, señores, tengo una mesa disponible al lado del fuego. Pronto entrarán en calor.

—Gracias, mi esposa y yo querríamos cenar —anunció Robert mientras le ofrecía una silla a Natalia y la ayudaba a sentarse—. Prepárenos un refrigerio, algo de carne, si es posible, un buen vino y una habitación caldeada y cómoda. Que tenga una jofaina y agua caliente. Somos recién casados.

Al decir eso la verdad de sus palabras resonó en su interior. Recién casados, eso es lo que eran.

La mujer asintió sonriendo y se marchó apurada. El rostro de Natalia se encendió de rabia y vergüenza. Robert alargó la mano y le desató los lazos que

sujetaban la capa que llevaba puesta. Ella intentó zafarse, pero no consiguió liberarse de las manos firmes de él.

—Quítatela, está mojada y enfermarás.

—Déjame en paz —le exigió con la voz apenas audible—. No tienes por qué ser amable conmigo.

—Natalia, esta es nuestra noche de bodas. —Robert alargó el brazo y buscó la mano de ella. Le tomó la muñeca con delicadeza y la acarició con el pulgar—. Ponte cómoda e intenta serenarte. Sí o sí, consumaremos nuestro matrimonio esta noche. No tengas ninguna duda. La forma de hacerlo será de tu libre elección. Puedo ser cuidadoso y cariñoso si colaboras, o puedo ser desconsiderado y egoísta si te opones. La decisión está en tus manos.

—¡No puedes hacer eso! —Natalia retiró su mano con brusquedad y se reprendió a sí misma por haberse sentido reconfortada con el contacto. Tenía mucho frío, estaba cansada y su mano grande y caliente, era agradable al tacto.

—¡Ah!, ¿no? —Robert rio sarcástico y ella se sintió ridícula por haber pensado que ese hombre podía tener algo agradable—. Y, ¿quién me lo va a impedir? Nos hemos casado delante de tu queridísima virgen y hemos jurado amarnos y respetarnos hasta que la muerte nos separe. Ni siquiera el mismísimo Dios te puede salvar de esto, porque no puede defender lo indefendible.

Natalia abrió los ojos hasta que notó dolor en los párpados. Se esforzó en buscar un contrargumento, pero por mucho que lo intentó, no encontró ninguno. Nunca se le pasó por la cabeza que se encontraría en el apuro más grande de su vida, justo por culpa de su queridísima virgen. ¿No se suponía que siempre la iba a cuidar? ¿Por qué no la ayudaba?

La llegada de la camarera disipó la capa de tensión formada entre los recién casados. Dejó sobre la mesa una jarra de vino tinto y una bandeja con asado de cordero acompañado de pimientos y patatas cocidas. El olor a pan recién hecho y a las especias que aderezaban la carne hizo que las tripas de Natalia crujieran. Robert llenó dos copas con vino y le ofreció con cortesía uno a su esposa.

—¡Por nuestra noche de bodas! —brindó él con gesto tenso.

Natalia, a pesar de que tenía mucha hambre, no probó bocado ni brindó con su marido. Se quedó callada y, por un breve espacio de tiempo, disfrutó del calor de las llamas del fuego que ardía alegremente a su espalda. Robert cenó en silencio y, tras varios intentos de hacerla probar el asado, dejó de

insistir. Abatido, terminó el último vaso de vino.

Posó sobre ella su mirada intensa y le preguntó:

—¿Lista?

Capítulo 19

Natalia dejó de pensar en lo que ocurriría esa noche. Conforme avanzaba el tiempo, crecía dentro de ella una implacable ola de ansiedad. Las llamas de la chimenea le calentaban de forma agradable la espalda creándole una placentera y, a la vez, inquietante sensación de rendición. El succulento asado de cordero y el color rojo intenso del vino le hicieron la boca agua. Hubiese matado por unas migas de pan recién hecho, pero se mantuvo firme en su decisión de no ceder. Tarde o temprano, la paciencia de su marido llegaría a su fin, se cansaría de ella y la mandaría de vuelta a su casa. Y si eso no ocurriese, mejor morir de pie que vivir de rodillas.

Robert Conde no era el hombre con quien deseaba compartir su vida. Comenzó a estudiarle presa de una repentina curiosidad femenina. El cuello levantado de su almidonada camisa se había torcido por la lluvia y, a través de unos botones desabrochados, se asomaba la parte superior de su torso bien definido. Parecía un hombre fuerte, aun cuando no tenía una estatura imponente. El pelo mojado por la lluvia, lucía negro y lustroso. Los ojos marrones parecían desprovistos de sombras y, en ese instante, resplandecían amables y cálidos.

¿Sería él capaz de exigirle cumplir con sus obligaciones maritales?

Robert apartó su plato y acabó su copa de vino. La miró de un modo extraño, intenso. Se levantó de la mesa y le tendió la mano. Natalia la rechazó de forma descortés, pero no tuvo más remedio que seguirlo. Mientras subían los escalones hacia la primera planta, el beso que se habían dado en su casa antes de marcharse llegó a los pensamientos de ella. Nunca antes, ningún hombre había llegado a besarla de un modo tan profundo ni le había introducido la lengua tan hondo en su boca. Los besos de Sergio eran pasionales, dulces pero suaves como el algodón de azúcar que compraba en las ferias de verano. La llenaban de dulces mariposas dejándole deseosa de más.

El pasillo corto estaba poco iluminado. Robert llevaba en la mano una vela que arrojaba luces y sobras en la pared central. Avanzaron despacio y se pararon en un rellano, donde se divisaron dos puertas. Natalia se animó, tal vez, sus dudas no tenían fundamento y resultaba que Robert sí era un caballero.

Observó cómo introducía la llave en la puerta más cercana y, al abrirla, la invitó a pasar haciéndole un gesto cortés con el brazo.

—Natalia. —Levantó la vela que llevaba en la mano y le iluminó el rostro.

—No dormiré en el mismo cuarto contigo. —Se envalentó—. No pienso hacerlo.

—Antes, te he explicado cuáles serían las dos maneras de hacer esto. Eres mi mujer y esta es nuestra noche de bodas. Punto. Será mejor que lo asumas. No quiero más dramas, por hoy, he tenido suficientes.

Una corriente de aire hizo que la llama de la vela se moviera arrojando unas siluetas oscuras sobre las paredes. El corazón de Natalia dio un brinco y se estremeció asustada. Entró en la habitación y vio cómo él cerró la puerta con un golpe seco. Los últimos atisbos de esperanza se quedaron en el pasillo junto a las sombras que bailaban sobre la pared. Robert encendió otras velas colocadas en un candelabro de tres brazos que descansaba sobre una repisa. Una chimenea central caldeaba la habitación y las lenguas de un fuego alegre bailaban dentro de ella. Una cama grande, revestida por una manta lustrosa, reinaba en medio de la estancia. Natalia se alteró. Aquello era cada vez más real. Su imaginación fantaseó con la posibilidad de que Sergio llegase a rescatarla. Abriría la puerta con una potente patada, abatiría a Robert, le tendería la mano con cortesía a ella y huirían juntos para vivir felices el resto de sus días.

¿No era así como se resolvían los conflictos en las novelas románticas? El bueno vencía al malo y se quedaba con la princesa. ¿Era Robert el malo de la historia? Si no lo era, ¿entonces quién? La voz potente de Robert la despertó de sus conjeturas.

—Mientras cenábamos, los criados han subido nuestras cosas. Detrás del biombo está el baño, ahí podrás cambiarte —le sugirió él.

Natalia se refugió detrás de la mampara con el rostro desencajado y la mirada perdida. Comenzó a quitarse con gestos rápidos el vestido. Solo un trozo descolorido de tela separaba su cuerpo desnudo de Robert. Sus respiraciones aceleradas se escuchaban con claridad.

Se lavó en la pequeña jofaina que encontró detrás del biombo y se vistió con el único camisón de seda que halló en el baúl. Cepilló su melena abundante de forma enérgica y se confeccionó una trenza que enrolló alrededor de la nuca, como hacía cada noche antes de irse a dormir.

Se subió el camisón hacia arriba en un intento de tapar el escote redondo

del mismo.

Sin saber qué otra cosa podía hacer, se armó de coraje y salió. Robert estaba junto al fuego y lo reavivaba con una barra de hierro. El carbón encendido chispeó emitiendo unos pequeños destellos fugaces de luz. La habitación estaba caldeada y en la ventana se escuchaba la lluvia que repiqueteaba en el cristal. Él se quitó el gabán y se remangó hasta los codos su almidonada camisa de boda. En ese momento, parecía más joven y menos peligroso. Por un instante, sus miradas se encontraron y se sostuvieron. Sin mediar palabra, los dos cambiaron el centro de atención. Natalia se ruborizó al ver cómo sus pezones empujaban la fina tela de su camión, reacción producida por el frío o por la ansiedad que sentía. Estaba segura de que a él no se le había escapado ese detalle y podría malinterpretar que estaba excitada. Robert se refugió detrás del biombo para cambiarse, y ella apartó la colcha y se deslizó dentro de las sábanas. Se acurrucó en uno de los filos de la cama, tapada hasta la barbilla, acompañada por las chispas de las brasas del carbón y los latidos de su propio corazón.

Tras unos instantes cargados de tensión, observó de reojo cómo él se acercaba a la cama. Llevaba puestos unos pantalones estrechos de franela y el torso desnudo.

Desnudo. Marido. Cama.

Natalia cerró los ojos con fuerza pidiéndole a la oscuridad protección. Él se acomodó, el colchón cedió bajo su peso y se introdujo dentro de las sábanas.

—¿Natalia? —la llamó.

Ella cerró los ojos con más fuerza. En la habitación se escuchaba el fuego arder y el choque de la lluvia al caer contra la ventana. Y la respiración de él. Y la de ella.

Robert se acercó sin previo aviso y la aprisionó bajo su cuerpo. Ella abrió los ojos de golpe y se encontró con el rostro de él sobre su cara. Abrió la boca para protestar y, en ese momento, se vio asaltada por sus labios firmes que la besaban de manera apremiante. Al principio, ella ofreció resistencia, sin embargo, sus fuerzas comenzaron a aflojar cuando notó su cuerpo encenderse debido a las caricias que recibía. Las manos de Robert estaban calientes y ásperas de un modo agradable y se paseaban por la línea sinuosa de su espalda de forma pausada, pero firme. Cuando la lengua caliente de él encontró la suya y aplastó sus pechos medio desnudos debajo de su torso duro

como una piedra, Natalia dejó escapar de su boca, muy a su pesar, un jadeo. Se estremeció por la vergüenza y la desazón.

Lo odiaba. Su cuerpo no podía traicionarla de ese modo.

No iba a rendirse. Se movió debajo de su cuerpo y consiguió apartarlo. Él aprovechó este parón y se quitó con rapidez los pantalones de franela. Ella abrió los ojos de par en par. Ahora, sí que estaba todo perdido. Como en un sueño, sintió que su camisón de seda cobraba vida propia y abandonaba su cuerpo.

Desnuda. Estaba todo perdido. Fin.

Ya nada podía impedir a ese hombre tomar lo que él consideraba suyo.

¿Dónde estaba su devota Virgen del Rosario? Se suponía que siempre la iba a cuidar.

Lágrimas de rabia comenzaron a pasearse por su rostro. Notó los labios de él besarle la cara llevándose sus lágrimas.

¿Por qué encima era considerado con ella? En la vida existían dos categorías de personas: malas y buenas. Robert no parecía formar parte de ninguna de ellas. Quería tomar a la fuerza lo que consideraba suyo, por lo tanto, era malo, aunque, lo hacía con delicadeza y con cuidado, cualidad que solo poseían los buenos. La cabeza le daba vueltas mareada por las emociones que la envolvían. Las lágrimas empañaron su vista y, multitud de pensamientos contradictorios se entremezclaron dentro de su cabeza. Sintió su respiración caliente bajar hacia su cuello, provocando dentro de ella unas extrañas sensaciones.

Quería apartarlo y quería dejarlo seguir.

No. Sí.

Su alma lloraba por sentirse forzada y su cuerpo anhelaba aquel dulce y vergonzoso atropello. Esa lucha interna la dejó exhausta. Con las últimas fuerzas que le quedaban, intentó serenarse y recobrar el poder sobre su cuerpo. Lo apartó de ella en tres ocasiones, pero cada vez con menos fuerza.

Cuando la boca de él bajó hacia sus pechos, estos enloquecieron tras ser acariciados por la cálida respiración y la lengua húmeda. Natalia lloró de vergüenza, pero no encontró voluntad para apartarlo. Su cuerpo se había convertido en su propio enemigo. Jamás había imaginado que lo que hacían un hombre y una mujer en su alcoba fuera... tan placentero. Despertó del estado de embriaguez al notar su miembro viril, abriéndose paso dentro de ella. Sus muslos se tensaron y, su cuerpo, por fin, escuchó sus ruegos y se arqueó

apartándolo.

—Natalia, no te resistas, por favor. Eres tan hermosa. Ya casi está hecho.

Y, sin entender cómo pasó, se dejó besar de nuevo por su ardiente boca. En el segundo asalto, se dejó invadir y sintió en su ingle un dolor sordo, abrasador. Después, él comenzó a moverse sobre ella y el dolor desapareció paulatinamente. Sus caderas se acoplaron a las de él y cobraron vida propia. No encontró voluntad para parar el ritmo, aun cuando sabía que eso significaba corresponderle. Un ardiente calor la abrazó de pronto subiendo a volandas desde su ingle hacia su pecho, por lo que intensificó el ritmo de sus movimientos. Se mordió el labio inferior de forma violenta para no gritar y se sintió desconcertada ante la increíble sensación de dicha y euforia que sentía. Momentos más tarde, Robert comenzó a respirar de forma acelerada y, tras unos espasmos acompañados de unos jadeos intensos, paró de moverse y abrazó su cuerpo con una necesidad que le conmovió. Natalia pensó que dos cuerpos humanos desnudos y abrazados producían mucha complacencia y, un par de segundos después, dejó de prestar atención a sus pensamientos y disfrutó de aquella nueva y, a la vez, placentera sensación. Cuando su euforia comenzó a reducirse, entendió lo que acababa de pasar; se reprendió por haber bajado la guardia y comenzó a sollozar.

Robert liberó su cuerpo y le acarició el rostro con las yemas de los dedos. Ella le retiró su mano con brusquedad y se refugió en el lado opuesto de la cama.

—Ya tienes tu recompensa —le espetó con frialdad—. No te acerques más a mí.

Capítulo 20

El día siguiente amaneció soleado. Las nubes se disiparon dejando protagonismo al brillante sol que sonreía desde lo alto del cielo. La tierra, húmeda todavía a causa de la lluvia del día anterior, emanaba olor a hierba mojada.

Robert comprobó el estado del coche y de los dos caballos y preparó junto a los dos criados lo necesario para continuar el camino hacia su hacienda. Durante una milésima de segundo pensó en dar vuelta atrás y regresar a Marchena. La situación estaba descontrolada y no sabía cómo normalizarla.

¿Qué significaba Natalia para él? ¿Deseaba seguir junto a una mujer que le había rechazado y le había declarado abiertamente que amaba a otro hombre? Y lo más importante: ¿por qué?

Al principio, los acontecimientos lo tomaron por sorpresa y actuó por puro instinto. Ante la posibilidad de verse engañado, no le quedó otra opción que acostarse con ella y comprobar cuán hondo había sido el engaño. Se sintió aliviado y esperanzado al encontrar el himen de ella intacto. El daño por lo tanto era reparable.

Las delicias de su cuerpo y la manera de reaccionar a sus besos y caricias, lo dejaron embelesado. Durante breves instantes, cuando se hundió dentro de ella y la aprisionó bajo su cuerpo, creyó que la pesadilla había terminado. Pensó que la conexión que se había formado entre ellos debido al íntimo contacto, la haría recapacitar. Natalia empezaría a comportarse conforme a su nuevo estado civil y dejaría atrás su amor de primavera, de la época en la que florecían los cerezos.

Asaltado por las dudas, se preguntó qué posibilidades de éxito tendrían el recuerdo de unos besos y caricias pasajeros, en comparación con el acto carnal que acaban de realizar.

Ninguna. O puede que todas.

El comportamiento de ella era como mínimo contradictorio. Parecía ser de hielo y de fuego al mismo tiempo. Robert sintió cómo su cuerpo se había encendido bajo sus caricias, rindiéndose poco a poco. Su mente lo rechazaba, pero su cuerpo joven lo deseaba.

Después del clímax, su mente se proclamó ganadora de su lucha interior e

hizo levantar entre ellos una enorme pared. Robert deseó consolarla y reconfortarla, pero ya no supo cómo traspasar el abismo que los separaba.

Ella se acurrucó en su rincón llorando hasta que de puro agotamiento se quedó dormida. Robert no volvió a tocarla y, mientras la observaba en silencio, fue asaltado por un repentino sentimiento de remordimiento y culpa. Tapada con la sábana hasta la barbilla parecía frágil y asustada. Su espesa melena se había soltado de la trenza esparciéndose como un manto oscuro sobre su espalda. Sus labios curvados hacía abajo imprimían a su rostro una expresión de tristeza.

«Robert, eres un animal», se dijo a sí mismo con amargura.

Pero ¿qué otra cosa podría haber hecho? Al parecer, en ese improvisado triángulo, nadie tenía la culpa de nada, y todos los males lo apuntaban a él.

¿Era Robert culpable?

Decidió que debía tener paciencia y confiar. Quizá, con el tiempo, las cosas se arreglarían por sí solas.

Al fin y al cabo, Natalia era suya en todos los aspectos. Con esos pensamientos positivos rondándole en la cabeza, se quedó dormido.

A la mañana siguiente se encontró a una Natalia arisca y callada. Salieron de la habitación como dos completos desconocidos separados por el inmenso muro que se había formado entre ellos. La pesadilla, por lo tanto, continuaba. Ella permaneció en silencio y no quiso probar bocado a la hora del desayuno. Parecía un pájaro exótico encerrado en una jaula. No tenía escapatoria, pero no se conformaba con su suerte.

—Si continúas así, solo conseguirás enfermarte —le dijo él al ver que no probaba ni siquiera la leche.

—No tengo hambre. —Fueron sus únicas palabras.

Después del desayuno, retomaron el camino hacia Montenmedio. Robert comprobó el punto donde se encontraban y calculó que faltaban unas cuatro horas largas de camino. Se preocupó al pensar en su hacienda. La noche anterior había actuado por impulso y, en ese momento, se dirigían hacia un lugar que estaba a medio terminar. De repente, recordó que la habitación de ella ni siquiera tenía muebles. Había encargado un juego moderno, con tocador, espejo y un bonito sofá afelpado, pero la fecha de la entrega estaba prevista para dentro de un mes. En la actualidad, la familia de Natalia pasaba por apuros económicos, pero su vida entera había transcurrido entre algodones. Había vivido rodeada de lujos, en una casa elegante situada en el centro de

una gran ciudad.

¿Se acostumbraría a vivir en el campo? ¿Cómo no lo había pensado antes?

«Robert, lo principal de la cuestión, es que esta mujer no te quiere. No se adaptará a vivir en el campo, ni le gustará la casa que tienes, ni podrá entender tus propósitos de mejorar la vida de los criados», le dijo su conciencia. «Da la vuelta al coche y llévala con su familia. Te ahorrarás muchos dolores de cabeza».

Aun cuando sabía que debería hacer caso a su voz interior, fue incapaz de regresar y por lo tanto, siguieron el camino hacia Montenmedio.

Tres horas más tarde, la silueta de la hacienda se perfiló en el horizonte y el camino comenzó a trascurrir cerca de la playa. Decidió parar el coche para dar un paseo y desentumecer las piernas. En general, a las mujeres les agradaba el mar. Podría ser un buen comienzo.

—Vamos a parar unos minutos. Ven, te enseñaré la playa. Queda cerca de la casa y si te gusta, podrías venir de vez en cuando —la intentó animar.

Ella bajó del coche sin protestar. Lanzó una mirada cansada hacia el inmenso azul y dijo desolada:

—Delia adora el mar. Después de sufrir alguna crisis severa, yo la llevaba. Nos relajábamos juntas en la orilla. Madre nos regañaba porque el sol oscurecía nuestra piel. El mar me recuerda a ella, no quiero verlo, me hace sentir añoranza. —Y volvió a subirse al coche dejando a Robert solo en la playa.

Retomaron el camino y, tras un intenso silencio, él decidió poner las cartas bocarriba.

—¿Hasta cuándo piensas seguir con esa actitud?

El atisbo de malicia que brilló en su mirada desentonaba con su hermoso rostro. Respondió insolente.

—Hasta que me lleves de vuelta a mi casa.

—¿Y si no lo hago? —preguntó sorprendido por la firmeza de su respuesta.

—Lo harás —contestó con una seguridad desbordante.

—No sé si te das cuenta, pero la desastrosa situación que vivimos es consecuencia de tus actos. Tú estuviste a punto de escapar con otro hombre estando casada conmigo. Te he salvado de una gran vergüenza, aunque eres demasiado joven e idealista para comprenderlo. He seguido a tu lado, a pesar de las circunstancias y, como ves, intento que lo nuestro funcione con normalidad. A cambio de todo esto, recibo tu desprecio. ¿Por qué haces que

parezca que la culpa es mía?

—Porque tuviste en tus manos el poder de arreglar la situación —le espetó ella—. Y, en vez de hacerlo, lo estropeaste. Vamos a ser desgraciados. Y lo sabes.

—No tiene por qué ser así. —La hacienda asomó delante de ellos, unas líneas majestuosas, rodeadas de una hilera de árboles—. Mira, lo que se entrevé a lo lejos es mi casa, nuestra casa, yo estoy dispuesto a comenzar de nuevo si tú quieres. Tú y yo. Sin reproches y sin remordimientos. Estoy dispuesto a olvidarlo todo. Olvida tú también.

Ella estudió con ojo crítico los alrededores y Robert se desanimó al comprender que su intuición había dado en el clavo: a ella no le gustaba el campo.

—¿Cómo puedes pedirme eso cuando sabes que amo a otro hombre?

Robert se sintió como si le hubieran abofeteado. La odió en ese momento. Le pareció un mal presagio escuchar de su boca esas dolorosas palabras, justo en el instante en el que estaban pisando el suelo de su hacienda, del nuevo hogar que pensó que formaría junto a ella. A Robert no le quedaba familia, se podía decir que ella se había convertido en su ser más cercano. Y la historia se repitió de nuevo. Volvió a sentir el crudo rechazo de alguien que le importaba.

Su cruel pasado se apoderó de sus pensamientos y revivió la separación de su familia. El doloroso día de su marcha y la indiferencia de su padre al ofrecerlo a un desconocido a cambio de un caballo. Se había desprendido de él sin el menor remordimiento. Robert necesitó muchos años para curar su corazón y cayó en la cuenta de que las heridas del pasado no habían sanado, simplemente dolían menos. Su primer intento de construir su propia familia y de afincarse en un lugar habían fracasado. Y la mujer que había escogido como compañera de vida, a la que creía tímida e indefensa, renegaba de él.

Cuando el coche paró delante de la casa grande, Robert Conde tenía el corazón y la mente, repletos de malos pensamientos.

Capítulo 21

La casa grande estaba pintada de color amarillo. Los ventanales cuadrados de color blanco, se sostenían sobre unos arcos que rodeaban el patio interior. La estructura estaba construida en líneas rectas, sin adornos ni artificios arquitectónicos. No era un edificio impresionante, pero sorprendía la vista con su linealidad y sus grandes dimensiones.

Cuando el coche pasó por el camino principal, despertó la curiosidad de un grupo de niños que salieron corriendo para perseguirlo. El aire de noviembre era fresco y Robert suspiró al ver que la mayoría de los niños no llevaban zapatos. En casi veinte años, nada había cambiado. Un dolor punzante le traspasó el corazón y decidió comenzar a ocuparse en serio de la situación de los niños de la hacienda lo antes posible.

Siguieron el coche al tiempo que gritaban con alegría:

—¡Ya ha llegado el señor! ¡Y también la señora!

Robert paró los caballos y bajó del coche. Camufló su estado de ánimo y sonrió ante los gestos de afecto de los pequeños. Ayudó a Natalia a bajar de la carroza y se sintió lastimado al ver que ella apenas reparó en ellos.

Elena, el ama de llaves de la casa, los recibió con su mejor sonrisa cuando entraron en el interior.

—¡Señor Conde! —saludó ella con un leve movimiento de cabeza—. Ha llegado sin avisar. Lo esperábamos... para dentro de un mes. ¡Bienvenido!

—Tuve que adelantar el viaje y no hubo tiempo de mandar a un criado antes para avisar. Necesito ocuparme cuanto antes de muchos asuntos. —De repente reparó en el rostro malhumorado de Natalia y cayó en la cuenta de que no había hecho los honores correspondientes—. Te presento a Natalia Vega, mi esposa.

—Bienvenida, señora —saludó la mujer un poco cohibida ante su mirada altiva. Le hizo una leve inclinación de cabeza esperando una señal de cortesía por parte de la señora de la casa. Cada vez más apurada por el silencio de Natalia, volvió a balbucear—: Encantada de poder recibirla. Me llamo Elena y soy el ama de llaves. A su servicio.

Natalia se acordó finalmente de los buenos modales y le respondió con el mismo gesto, pero no le dirigió la palabra. El ama de llaves bajó la cabeza

sorprendida por la actitud fría de la mujer del patrón. En las venas de Robert la sangre comenzó a hervir al presenciar tan pésimo trato por parte de su mujer. Había cruzado la raya y pensaba ponerla en su lugar cuanto antes, de ninguna manera le permitiría despreciar a sus criados ni a su hogar. Se despidió de Elena con una disculpa y agarró el codo de Natalia con brusquedad, obligándola a subir los peldaños de la escalera que conducían a la planta superior, donde se encontraban los dormitorios. Ella se quejó e intentó soltarse. Robert abrió la puerta de su propio dormitorio y la obligó entrar. Cerró con un golpe y dio rienda suelta a su enfado.

—Aparte de adúltera y mentirosa, eres engreída y maleducada. ¿No tienes modales? Creí haber elegido un ángel tímido y de buena cuna, y me encuentro con un demonio grosero y altanero. ¿Por qué te has comportado así con el ama de llaves? —La señaló con el dedo índice y añadió encolerizado—: No permitiré que desprecies a nadie. En esta hacienda, se respeta a los trabajadores. A todos sin excepción.

—No he despreciado a nadie —se defendió al tiempo que le sostenía la mirada con valentía—. No he hablado con ella porque... no tenía nada que decirle. Debido a que mi estancia aquí será breve, no pienso relacionarme con el servicio ni participar en tarea alguna. No decidiré los menús del día, ni el horario, ni me interesa nada de lo que ocurra aquí. No pienso recibir visitas ni mucho menos acompañarte en los actos sociales. No pienso...

—Acabaremos antes si me dices lo que sí piensas hacer, ¿no te parece?

—Me quedaré encerrada en mi cuarto durante todo el día.

—Muy bien. —Asintió él con sorprendente tranquilidad—. Si eso es lo que quieres, que así sea. Ven, te enseñaré la casa.

El dormitorio de Robert era enorme y estaba amueblado de manera sencilla. Llamaba la atención el gran ventanal custodiado por dos gruesas cortinas de brocado color jade y un ramo de rosas amarillas en un jarrón de porcelana. Natalia recorrió con la vista las paredes empapeladas y se preguntó si ese cuarto sería suyo. Intentó no fijarse en las grandes dimensiones que tenía la cama.

Él cruzó la estancia y accedió al cuarto contiguo. Se trataba de un baño completamente equipado, con lavabo y bañera. Natalia se fijó en que, sobre una estantería de madera, había multitud de botes de jabón y un olor a perfume inundaba el ambiente. Una puerta comunicaba el cuarto de baño con otra amplia habitación... vacía. Llamaba la atención el color de las paredes

recubiertas en papel pintado a mano con formas de flores de color rojo fuego.

—El dormitorio principal es mío y este... será tuyo. Se comunican los dos a través del baño. —Ella parpadeó alarmada al imaginarse mil y una situaciones embarazosas que podrían suceder en el futuro. Él vio en su mirada recelo y se apresuró a despejarle los temores—. Lo siento, cuando lo dispuse pensaba en ti... en nosotros como en una pareja, no sabía la sorpresa que me tenías preparada.

Ante el reproche cargado de ironía, Natalia se ruborizó.

—Según los planes iniciales, tampoco esperaba tener que volver antes de un mes, ya sabes, quería darle a mi tímida y angelical esposa la oportunidad de conocerme poco a poco. Y, como consecuencia, tu dormitorio no tiene muebles todavía.

—Así que me traes a un «lugar» apartado del mundo y me recibes con una habitación vacía. ¿Dónde se supone que voy a dormir?

El cansancio y las emociones contenidas tensaron los nervios de Natalia que comenzó a llorar.

—Por el momento, la única habitación amueblada es la mía. Tranquila, no llores, mañana mismo iremos a buscar tus muebles. —Robert le tocó el hombro en actitud compasiva sin atreverse a abrazarla.

—No pienso compartir el cuarto contigo —anunció ella entre sollozos al tiempo que se apartaba de él—. Y mucho menos la cama.

—No tienes por qué preocuparte —le dijo él preso de un repentino cansancio mientras se disponía a salir—. Yo tampoco. Acabo de decidir lo que voy hacer contigo. No eres la muchacha buena y tímida que yo creí. Eres una engreída, algo muy típico de tu clase. Te ofrecí la posibilidad de elegir. No puedes quejarte. No quiero tener nada contigo, pero tampoco te daré la libertad. Te quedarás en la hacienda para pagar por tus errores. —Y salió dando un portazo.

Robert bajó las escaleras de dos en dos, intentando calmar la ira que bullía en su interior. Se sentía alterado, humillado, enfadado y sobre todo, engañado. Se disculpó con Elena, alegando en la defensa de la señora de la casa, que estaba muy cansada por el viaje.

—¿Cómo procederé a partir de ahora? —quiso saber ella—. ¿Consultaré a la señora las decisiones pertinentes? ¿Se encargará de tomar las riendas de la casa?

—No, no lo hará —respondió Robert abatido—. Todo seguirá igual que

antes. Por ahora, trátala como... a una invitada.

La mirada ojiplática de Elena le hizo sentirse estúpido. Y no era para menos, el dueño de una hacienda, se suponía que un hombre poderoso, pidiéndole al servicio que tratara a su recién estrenada mujer como a una invitada.

—Asegúrate, por favor, de que no le falte de nada y asígnale una criada — le pidió.

—Muy bien, señor.

—¿Cómo van las reformas de la escuela? —cambió de tema para librarse de la mirada cargada de lástima de ella.

—Los carpinteros están montando los bancos. Y la institutriz, acaba de llegar.

—¿Tenemos una habitación lista para ella? —se interesó contento por superar el momento de crisis—. Que se aloje aquí, en la casa grande hay sitio de sobra.

—Pensé que no era apropiado, su esposa es joven, la institutriz también... —se excusó la mujer un tanto apurada—. Le he asignado una de las casas contiguas, la del ala oeste.

—De eso nada —se apresuró Robert a cimentar su decisión—. Esta tarde me ocuparé de los muebles y, a partir de mañana, que se mude aquí —consultó su reloj y añadió—: Dentro de una hora vamos a almorzar, invítala, quiero conocerla.

—Por supuesto señor —accedió ella—. Don Andrés almuerza también aquí. ¿Pongo un plato para él también? ¿La mesa para cuatro?

Dos horas más tarde, Robert mandó a Adriana, la criada asignada a Natalia, para avisarla de que la comida estaba lista.

La criada se presentó en el comedor minutos más tarde y anunció dándose importancia.

—La señora dice que no piensa bajar. Pide que le llenemos la bañera para lavarse. Dice que, por ahora, no tiene hambre.

Robert levantó la vista hacia el techo alto y observó que estaba recién pintado. Una araña que trepaba en una esquina llamó su atención. Suspiró hondo y rogó para tener paciencia.

¿Hasta dónde pensaba tensar sus nervios? ¿Cuánto tiempo llevaba sin probar bocado? No podía permitir que enfermase.

La llegada de la institutriz permitió a Robert apartar sus pensamientos de

Natalia. Quedó impresionado por su currículum y juventud. La chica tenía veintitrés años y desde los dieciocho años había estado trabajando en un internado privado de chicas.

—Será duro —le advirtió él—. La mayoría de los niños de la hacienda nunca han estudiado y no están acostumbrados a las reglas académicas ni a la disciplina. Es usted muy joven, ¿cree que podrá con ellos?

—Ayer por la tarde hicimos un recuento y tuve la suerte de conocerlos a todos. Tenemos hasta el momento, treinta y un niños; veinte chicos y once chicas. —Esbozó una sonrisa sincera—. Son desorganizados, ruidosos e inquietos, es cierto, hay mucho trabajo por delante, pero lo harán bien. Se ven ilusionados.

Robert sonrió complacido. Le gustaba la señorita Verónica, era una chica bonita, sincera y adoraba a los niños. Se sintió muy a gusto en su compañía y olvidó los desplantes de su mujer.

Capítulo 22

El primer día en Montenmedio fue duro para Natalia. Cansada, hambrienta y triste, no encontraba consuelo en nada. No le gustaba su nuevo hogar.

Las estancias luminosas de la casa, formadas por techos altos y tarimas de madera, estaban en gran parte vacías y daban la impresión de ser los recintos de un museo abandonado. Se ablandó un poco al ver los esfuerzos de Robert por crearle un espacio a su gusto. Su futuro dormitorio estaba empapelado con dibujos de flores rojas, su color favorito. Seguía sin poder decidir a qué categoría de personas pertenecía su marido. Por algunos detalles y gestos parecía un buen hombre, sin embargo, al recordar sus últimas palabras... dudaba. Un hombre bueno no tendría prisionera a su propia mujer para pagar por sus pecados, ¿verdad?

Miró por la ventana y se entristeció al ver el jardín descuidado, desprovisto de espacios verdes, ni flores otoñales. Aquello era un inmenso lugar abierto, con pequeños claros y árboles entremezclados de cualquier manera. Un grupo de niños, descalzos y mal vestidos, armaban jaleo cerca de la entrada de la casa.

¿Qué tipo de hacienda era aquella? ¿Quién era su marido?

Dejó de prestar atención al jardín y abrió las puertas del armario, donde Adriana, la criada que le habían asignado, le había amontonado la ropa de cualquier forma.

Inspeccionó su vestuario y comprobó consternada que su marido puso en el baúl nada y menos: cinco vestidos, un camisón de seda, dos enaguas, un corsé, medias, una bata vieja y un chal desgastado de lana. Era todo lo que poseía. Comenzó a llorar al ver sus pocas pertenencias junto a la ropa de él.

El baño fue el único momento agradable de ese día. Adriana no era muy eficiente con la ropa, pero le había preparado una bañera llena de agua caliente que olía a almizcle, miel y limón, un perfume que, según ella, el señor había traído desde Italia. Se relajó envuelta por esa esencia que olía tan bien. Se friccionó el cuerpo con energía, para eliminar todas las consecuencias de la noche anterior. Después, se lavó el pelo con esmero y se vistió con el único camisón que tenía. Cuando el cansancio se apoderó de ella, se deslizó entre las sábanas de la cama de su marido y se durmió al instante.

Unas horas más tarde, despertó descansada y malhumorada. Decidió que no iba a comer, no iba a sonreír y tampoco iba a cumplir con sus obligaciones maritales. Sería grosera y maleducada. Altanera y caprichosa. Con seguridad, en un par de días, Robert se cansaría de ella y la mandaría de vuelta a su casa.

Al atardecer tuvo que replantearse algunas de sus decisiones. Tenía muchísima hambre. Se acercó a la ventana y vio los colores rojizos del sol resplandecer sobre el cielo, formando a su alrededor unas manchas coloridas y vistosas. Escuchó unos pájaros cantar a lo lejos. Apartó la mirada y encontró sobre la mesa una bandeja con fruta, queso, leche, pan y mermelada.

Su estómago dio un vuelco pidiéndole a gritos alimento. Decidió aplazar su pequeña huelga de hambre para otro momento y tomó el vaso de leche, untó una rebanada de pan con mantequilla que adornó con un poco de mermelada y, por último, se comió una manzana.

Más animada, apartó la bandeja y debajo de la misma encontró una nota de Robert.

Come algo, por favor, con el estómago vacío todo parece peor de lo que es. Esta noche dormiré fuera y mañana traeré muebles para tu habitación. Si necesitas algo, solo tienes que llamar a Adriana. Que pases una buena noche. Robert.

Por una razón desconocida, Natalia se sintió decepcionada. No quería a Robert cerca de ella, sin embargo, le molestó saber que ni siquiera iba a ir a verla.

Unos pensamientos contradictorios alteraron su estado de ánimo. No quería a Robert cerca, pero le inquietaba su repentina indiferencia hacia ella.

Intentó distraerse y pensó en Sergio. Su imagen se le hizo muy lejana. Se preguntó si estaría todavía luchando por ella o habría abandonado la esperanza en la estación de trenes mientras la esperaba.

¿La seguiría queriendo ahora que sospechaba que había sido de otro hombre?

Las preguntas se mezclaron dentro de su cabeza formando un torbellino y las imágenes de los dos hombres chocaban entre ellas. Atormentada y abandonada a su suerte, se metió de nuevo en la cama y durmió hasta el día siguiente.

Despertó al escuchar unos breves golpes en la puerta. En un primer momento, no recordó dónde se encontraba. Se aclaró la vista y se incorporó, acicalándose el pelo alborotado. Pensó que podría ser Robert, por lo que dio permiso para entrar y cuando vio aparecer a Adriana, se desilusionó.

—Señora, buenos días —la saludó con alegría—. Había pensado que podría necesitar mis servicios. Son las diez de la mañana. Aquí en la hacienda nos despertamos temprano, así aprovechamos el tiempo de luz —aclaró la chica con voz insegura.

—Si te hubiese necesitado, te habría llamado —la riñó, con cara de pocos amigos, sin entender ni ella misma su estado de ánimo.

—Perdóneme, no volverá a ocurrir. No conozco sus costumbres, ni sé cómo se atiende a una señorita de la ciudad —se excusó la chica cada vez más apurada.

Natalia se ablandó y se sintió mal por haberla reñido sin motivo. Adriana no tenía la culpa de que ella fuese tan desdichada. Además, era simpática, le caía bien. Decidió aliarse con ella para averiguar detalles sobre el funcionamiento de la casa.

—¿Te ha mandado el señor? —se interesó con aparente indiferencia.

—No. El señor ha desayunado temprano con la señorita Verónica. Luego, se han marchado juntos para la escuela, creo.

—¿Quién es la señorita Verónica? —preguntó sorprendida y, a la vez, indispuesta.

Aquel nombre le inspiraba algo delicado y hermoso.

La cara de Adriana resplandeció, al contestarle:

—Es la profesora de la escuela. Nos enseñará a todos a leer y escribir. Bueno, sobre todo, dará clases a los niños. Estamos muy contentos, ¿sabe? Montenmedio es la primera de la comarca que tiene su propia escuela. El señor Robert es muy buen patrón. Los niños están eufóricos, hoy es un día de alegría en la hacienda. Después de almorzar se celebrará la inauguración de la escuela con una fiesta. Usted, como señora de la casa, tiene que asistir, la gente siente curiosidad por saber cómo es la esposa del patrón.

Natalia se desanimó al entender que estaba sola y totalmente apartada de los acontecimientos de ese lugar. Si Robert hubiese deseado su presencia, se habría molestado en invitarla en persona. Resopló y pensó que, al fin y al cabo, estaba recibiendo lo que había pedido.

¿Por qué de repente parecía tan decepcionada?

—Quiero desayunar aquí, no me apetece bajar al comedor. Y si el señor me ha dejado una nota, súbemela con el desayuno.

La criada la miró extrañada.

—No hay ninguna nota, señora. Aquí nos comunicamos mucho de palabra,

pero dentro de nada, la señorita Verónica nos enseñará a todos a mandar notas. —Sonrió de oreja a oreja ante esa posibilidad—. El señor me pidió que estuviera pendiente de usted y que procurara atenderla lo mejor posible. Y ya está.

Una vez que la parlanchina Adriana se marchó, Natalia se aseó e intentó matar el tiempo organizando su «enorme» guardarropa. Pensó entristecida que hasta las criadas de la casa tendrían más pertenencias que ella.

A las doce del mediodía decidió que las paredes se le venían encima y salió de su cuarto. Envuelta en fina muselina color melocotón, rodeada de volantes y lazos rizados y con el pelo amontonado en lo alto de la cabeza, salió al pasillo y buscó la escalera. Tras descender un tramo, se paró en seco al escuchar una risa cristalina. Se apoyó sobre la barandilla y estiró todo lo que pudo el cuello. Observó cómo una mujer joven, enfundada en un bonito vestido color crema y estampado de motivos florales, le enseñaba unos apuntes en un papel a Robert. Mechones de su pelo rojizo y rizado sobresalían del recogido con coquetería.

Él parecía muy interesado y la miraba de un modo amable, cálido, sonriéndole con afabilidad. Su recién estrenado marido llevaba los picos de su camisa blanca levantados, los pantalones de montar sujetos con un cinturón y botas marrones de piel. Era la primera vez que Natalia lo veía vestido con ropa informal y tuvo que reconocer que era un hombre atractivo. Y que tenía un cuerpo muy vigoroso.

—Usted me podría ayudar con las matemáticas. He oído que se le dan bien —lo alabó la joven pelirroja mientras se ondulaba un rizo con el dedo índice y lo alojaba detrás de la oreja.

—Los niños son mi debilidad —respondió Robert hinchándose el pecho con orgullo—. Para cualquier cosa que necesite, no tiene más que llamarme. Pronto compraremos muebles y se podrá mudar aquí, a la casa grande. Deseo estar al tanto de la evolución de los niños. Y sí, está en lo cierto, las matemáticas se me dan de maravilla.

«Ha sonreído, ¿con coquetería?», se preguntó Natalia alterada. Sus mejillas se encendieron y una ola de irritación se extendió desde la boca de su estómago hasta su pecho. «¡Su marido y la joven pelirroja estaban coqueteando a plena luz del día! El muy cínico le había sacado los colores a ella por estar enamorada de Sergio. Y en cambio él, ¿qué estaba haciendo?».

Enfadada sobremanera, volvió a subir los escalones sintiéndose ridícula

entre tanto volante y muselina color melocotón.

Capítulo 23

Robert se agachó y recogió la última caja con ropa de la carroza. La colocó sobre su hombro y siguió a Andrés, el administrador de Montenmedio, en dirección hacia la escuela. Nada más entrar, sintió su corazón llenarse de orgullo y alegría.

Uno de sus mayores sueños se había cumplido. A partir de ese día, los niños que vivían en la hacienda, tendrían la oportunidad de estudiar y divertirse, en definitiva, disfrutarían de su pequeña parcela de infancia e inocencia.

Abrió la caja y, casi al instante, se vio rodeado de niños. Repartió para cada uno: dos pares de calzado, tres mudas de ropa, un chaquetón de lana, dos pijamas, unas botas de agua y cuadernos, lápices, colores y cajas de chocolate. Andrés comprobó que todo el material estuviese bien repartido y advirtió a los niños de que la sala de estudios era un lugar que deberían cuidar.

Mientras tanto, la señorita Verónica colocaba distintos carteles educativos sobre las paredes: el mapa de España, el mapa de Andalucía, el alfabeto y los números. Minutos después, pasó lista y comenzó la primera clase.

Robert y Andrés se marcharon para ultimar los detalles de la inauguración. Todos los trabajadores de la hacienda estaban invitados a un almuerzo colectivo para celebrar la apertura de la escuela. Era un soleado día de noviembre por lo que decidieron organizar la comida al aire libre.

—¡Te felicito! —el administrador le batió la espalda en gesto amistoso—. Eres uno de los pocos terratenientes que piensa en sus trabajadores y desea mejorar sus vidas. Ojalá cunda el ejemplo, estamos a punto de entrar en el año 1900, los tiempos han evolucionado y la gente necesita cambios.

—Es solo un pequeño comienzo —apuntó Robert pensativo—. ¡Hay tantas cosas aún por hacer! Es mi primer granito de arena, pienso hacer varios avances como, por ejemplo, abrir mi propia fábrica de lácteos. Tenemos cuarenta vacas, quiero comprar por lo menos cuarenta más y traer de Italia una máquina que separa la leche de la grasa, de esa forma, conseguiremos nata y mantequilla de manera mecanizada. Después, la empaquetaremos y la ofreceremos a los comerciantes de la zona. Con los ingresos obtenidos, compraría otra máquina para hacer yogurt, por ejemplo, con frutas. En el

extranjero tiene mucho éxito. Y después, están las aceitunas, imagínate poder producir nuestro propio aceite de oliva virgen extra. Tenemos una enorme mina por explotar.

—Buen Dios, ¡estas sí que son ideas grandes! —se asombró Andrés—. Cuenta conmigo para todo. A tu lado no me aburriré. No señor.

Los dos hombres llegaron contentos al pequeño claro donde se organizaba la fiesta. Las mesas ya estaban instaladas y las criadas se afanaban en organizarlo todo. Colgaron decenas de globos coloridos en las ramas de los árboles y levantaron un improvisado escenario formado por varias vigas de madera con tablones encima, donde descansaban los instrumentos de los músicos contratados para animar la fiesta con alegres canciones populares. Varios barriles de cerveza estaban apilados en el suelo, listos para ser abiertos.

—¡Será un día perfecto! —presagió Andrés lleno de optimismo—. Me imagino que asistirá también tu esposa. La gente se muere de ganas por conocerla. Lleva dos días en la hacienda y no la he visto ni siquiera yo.

El semblante de Robert se oscureció y la alegría abandonó su rostro.

—No creo que quiera asistir y... ya me imagino que debe de ser un secreto a voces, el hecho de que mi mujer no salga de su cuarto —confesó colmado de amargura—. Pienso que con el tiempo...

—Pero ¿por qué? —preguntó Andrés desconcertado—. Estabas tan ilusionado con esa boda... Recuerdo que, antes de casarte, decías que tu prometida era la criatura más perfecta del mundo. No parabas de alabarla y hablar maravillas de ella.

—Me precipité al casarme con ella, dejándome llevar por las circunstancias y las apariencias. Desde fuera, todo parecía perfecto, sin embargo, una vez casados, me he dado cuenta de que no la conozco ni tenemos demasiadas cosas en común.

—¿Y qué más da? Eso no es un impedimento, casi todas las parejas se casan sin conocerse. Pasa tiempo con ella, conócela —lo aconsejó el administrador con comprensión.

—Es más complicado que eso. —Robert se agachó junto al barril de cerveza y giró la rueda de acceso y en pocos segundos un chorro comenzó a salir por el tubo. Acercó los dos vasos a la boca y cuando una cantidad generosa de espuma se derramó por el borde de los vasos, cerró el acceso. Le ofreció uno a su amigo y tomó un sorbo generoso del suyo—: Es una chica de

ciudad, por lo tanto, no se encuentra a gusto en el campo, no quiere participar en la rutina diaria y no... —Robert se tomó un respiro, debatiéndose entre si debía confesarle a su amigo la verdad de su matrimonio o no. Necesitaba hablar con alguien para vaciar el veneno que le estaba matando por dentro.

—Lo que sea que pase entre vosotros, sabes que me lo puedes contar, ¿verdad? —preguntó Andrés cada vez más sorprendido—. A la vista está que no eres el de siempre, todos nos hemos dado cuenta de que, desde que regresaste de forma precipitada, te comportas de un modo extraño. Un hombre que se acaba de casar, rebosa felicidad, está contento, y tú estás todo lo contrario. También se rumorea que duermes fuera de casa... y, además, tu mujer no aparece por ninguna parte.

—No quiero decirlo en voz alta porque, si lo hago, se convertirá en realidad. Pero bueno, tú eres mi administrador y, además, mi amigo. Tengo que contárselo a alguien si no me volveré loco. En el mismo día de la boda, descubrí que Natalia estaba enamorada de un militar. Nada que no pueda superarse, pensé en un principio. Sin embargo, empiezo a dudarlo. Ella quiere regresar a su casa y yo la tengo prisionera. Como respuesta, apenas come, no sale de su cuarto, no baja al comedor, ni quiere dormir conmigo.

—Suená feo —Andrés le tocó el hombro de forma compasiva—. Tanto para ella, como para ti. Los dos sois desdichados. Tú eres un hombre moderno y justo, si crees que esto no puede solucionarse, déjala ir. La olvidarás y te buscarás una esposa en condiciones. Si quieres conseguir todos los proyectos que tienes en mente, necesitas una mujer fuerte a tu lado, que te haga feliz. Lo que tenéis vosotros ahora, es más sufrimiento que otra cosa.

—Lo sé y no dejo de pensar en ello. Me gustaría encontrar el valor para poder dejarla marchar, pero no puedo. ¡Quiero que se quede conmigo! En los meses que estuvimos prometidos me ilusioné con ella, ¿crees que es fácil decirle a mi corazón que olvide? Pienso que ocurrirá un milagro y todo se solucionará. —Con semblante agotado, Robert dejó descansar el rostro entre sus manos.

—Quizá, quien decidió tenerla prisionera fue tu orgullo herido —dijo Andrés con cautela—. Te sientes rechazado y como castigo, te empeñas en retenerla contigo. A veces, el amor propio es un feroz enemigo.

—Tal vez, no lo sé. Lo único que tengo claro es que, hoy por hoy, no puedo dejarla ir. Es mi mujer, se quedará a mi lado. ¡Tanto si le gusta como si no!

—Me sorprende mucho que pienses así. —El administrador tomó un sorbo

largo de cerveza y lo escrutó con gesto serio—. Es tu vida y tú eres quien sabe mejor lo que te conviene. Vamos a avisar a la cocinera, es casi la hora y, de un momento a otro, esto estará a rebosar de gente.

Robert se dirigió a la casa grande y dispuso los preparativos de última hora.

Decidió hacer un esfuerzo por limar asperezas con Natalia. Pensó que la fiesta era un buen momento para iniciar un acercamiento. Tal vez, ella se contagiaría de la alegría general y se sentiría orgullosa de él.

Entró en el dormitorio vacío de ella, accedió al cuarto de baño compartido y tocó con los nudillos la puerta de su propio dormitorio. Una repentina ola de emoción lo recorrió de arriba abajo, ante el hecho de volver a verla. Dos largos días se había aguantado las ganas de subir a su cuarto. La encontró leyendo. Su rostro estaba pálido y su mirada opaca apenas reparó en él.

—¿Cómo estás? —preguntó él dando un paso al frente.

—¿De verdad me estás haciendo esa pregunta? —le espetó malhumorada—. Me retienes aquí en contra de mi voluntad. ¿Cómo quieres que esté?

—Este «lugar», como tú lo llamas de forma tan despectiva, es también tu casa —le replicó esforzándose por mantener la calma—. Será mejor que lo aceptes. No pienso dejarte ir. Ya te lo dije.

—Lo harás, algún día. —Natalia suspiró y regresó su mirada hacia el libro que descansaba en su regazo.

—Dentro de un rato celebraremos una pequeña fiesta —la invitación que pensaba hacerle se quedó congelada en sus labios ante su actitud y el atisbo de sonrisa indiferente que se asomó en la comisura de su boca. Robert deseaba terminar con ese diálogo ridículo, no pensaba humillarse más y añadió—: Te lo digo porque no habrá criados en la casa —improvisó.

Un leve parpadeo de pestañas fue su única reacción. Arqueó las cejas ligeramente contrariada y le lanzó una mirada inquisitiva. Levantó el mentón y dijo con petulancia:

—Adriana no me ha pedido permiso. Si quiere asistir a tu maravillosa fiesta, tiene que avisarme. Me la asignaste como criada, por lo tanto, tiene que respetar mis reglas.

—Hoy es un día especial, más de treinta niños podrán acudir a la escuela... —Robert se dirigió agitado hacia la puerta y, añadió mientras salía dando un portazo—: ¡Engreída! ¿Qué sabrás tú de la vida real? Quédate aquí encerrada con tus reglas. ¡Que lo disfrutes mientras recuerdas la época en la

que florecen los puñeteros cerezos!

Capítulo 24

Natalia cerró los ojos al escuchar la puerta cerrarse de golpe. Deseaba asistir a la dichosa fiesta. Robert salió furioso y se llevó con él toda la esperanza de mejorar la situación.

Durante toda la mañana, Adriana no había dejado de hablar de la fiesta consiguiendo contagiarla con su alegría. Llegó a pensar que sería la invitada estrella y que su presentación sería uno de los momentos más esperados. Eligió el mejor vestido que tenía, una pieza única compuesta por una falda voluminosa de seda triple color dorado y un corsé de varias capas sobrepuestas en tono rojo fuego que evidenciaba su estrecha cintura. En el cuello se puso un collar de perlas que cerró en la parte delantera con una mariposa de rubíes. El pelo lo llevaba recogido, a la última moda, con dos trenzas unidas por detrás sobre la melena suelta que descansaba ondulada sobre la espalda.

—Señora, es usted tan hermosa —la alabó Adriana mientras le daba los últimos retoques a su pelo—. Tiene que venir hoy a la fiesta. La gente cree que es muy fea y que por eso no sale de la habitación.

—La gente... ¿habla de mí?

—¿Usted qué cree? Aquí no ocurren novedades todos los días. Es de interés hasta el matrimonio de un criado cualquiera. El señor es muy querido, todas las mozas de la zona suspiran por él. —Al ver la mirada sorprendida de Natalia añadió—: bueno, quiero decir que suspiraban. Ahora ya no.

«¡Oh!, el bueno de Robert y las mozas», pensó Natalia malhumorada. Por lo visto su marido no se contentaba solo con la coqueta pelirroja, necesitaba la atención de todas. Natalia se sintió feliz por la oportunidad que le daría esa fiesta. Con su presencia, frenaría las habladurías y el entusiasmo de las mozas. Si Robert no la dejaba libre, ella tampoco lo dejaría a él. Era lo justo.

La espera se le había hecho eterna, puesto que el bueno de su marido, desde el día que la había traído a la casa no había vuelto a honrarla con su presencia hasta hoy. Cuando finalmente él acudió a su habitación, comprendió decepcionada que no tenía intención de llevarla a la fiesta.

Natalia Conde, la señora de aquella hacienda, la esposa del patrón, era la única alma ignorada del lugar. En vez de limar asperezas con ella, él se limitó

a restregarle en la cara su poder como marido y la volvió a humillar, recordándole su intención de no liberarla.

¿Qué pretendía con su actitud? Y de pronto, lo comprendió. Robert había hablado completamente en serio cuando le dijo que la mantendría prisionera para limpiar sus pecados. No la quería, se trataba de pura venganza. Un relámpago iluminó su cerebro y Natalia supo con certeza, a que categoría de personas pertenecía su marido, sin género de duda, era vengativo, por lo tanto era malo. Sergio jamás se hubiese comportado con ella de ese modo. Sergio era bueno y compasivo. Su marido, no. Sergio le profesaba un amor puro, limpio, incondicional. Su marido, no. Deseó y tomó su cuerpo solo para humillarla y aplacar su sed de venganza.

Se acercó a la ventana y apartó la gruesa cortina con la mano. Miró al gorrión que se había posado en el alféizar y envidió su poder de hacer lo que quisiera, cuando este extendió sus alas y se alejó. Aquel simple gorrión tenía lo que ella deseaba con toda su alma: libertad. Observó que la fiesta se estaba animando. Un grupo de músicos tocaban una canción alegre y los comensales brindaban con cerveza. Todos reían con ganas mientras los niños correteaban alrededor de las mesas. Parecía la viva estampa de la felicidad. Natalia se sintió apartada, extraña y fuera de lugar.

«Una intrusa. Esta no es tu casa. Ni él es tu marido».

Y, en ese doloroso momento de soledad, una brillante idea cobró vida en su mente: huir de ese lugar. Con el jaleo de la fiesta, nadie se daría cuenta de su ausencia.

El propio Robert la había avisado de que estaría sola en la casa grande. Tal vez, Adriana se enteraría, pero sería a la hora de cenar y, por aquel entonces, ella estaría lejos. Buscó con rapidez entre sus cosas personales y decepcionada, cayó en la cuenta de que no tenía dinero. Se sentó sobre la repisa de la ventana, pensativa.

¡Sin dinero no llegaría lejos!

Afligida miró de nuevo a través del cristal y observó que Robert se había acercado a Verónica. Le ofreció con galantería una copa de vino y ella sonrió complacida. Sus manos se rozaron y, desde la distancia, a Natalia le pareció entrever una suave caricia y cómo ella acertaba la distancia que había entre sus cuerpos. Finalmente, se sentaron en un banco, muy cerca el uno del otro.

El enfado creció dentro de ella al entender que Robert y su nueva conquista disfrutaban de una bonita velada. Puede que ya fueran amantes. Al fin y al

cabo, él se había casado con ella por una deuda. Además, ¿qué sabía ella de su vida? Ofuscada, dejó de mirar a la pareja.

¿Qué le importaba a ella lo que hacía o dejara de hacer ese hombre? Si tenía una amante o mil, ¡pues mejor que mejor!

¿Sí? ¿No?

Un torbellino de emociones la invadió y una ira desconocida se apoderó de ella. Se tocó el pecho con la mano para tranquilizarse y encontró el collar de perlas que abrazaba su cuello. Natalia desabrochó la hebilla y lo observó con atención. Era la única joya que había sobrevivido a la atropellada salida de su casa. El collar era valioso y, con seguridad, le valdría para poder pagar su viaje de vuelta a Marchena.

Más animada, introdujo dentro de una bandolera el chal desgastado de lana y una manzana junto a una rebanada de pan con queso, que le había traído antes Adriana. Se ató una capa oscura alrededor del cuello y salió de su cuarto en silencio. Oía sus pasos al pisar el suelo y, debido a los escasos muebles, escuchaba el eco de su propia respiración. Como una ladrona se adentró en la cocina y, desde allí, accedió al patio interior a través de la puerta de servicio. Rodeó la casa y con paso ágil comenzó a alejarse. La adrenalina le aceleró el corazón y casi se le escapó un grito de triunfo y de alegría.

¡Era libre! ¡Lo había conseguido! Ya no era una prisionera humillada.

Natalia Vega era una mujer libre a la que nadie podría doblegar.

Mientras el sol la acompañó, la caminata fue sencilla. La ruidosa fiesta se escuchaba cada vez más lejana. Natalia recordó que la hacienda estaba situada próxima al mar. Se animó pensando que solo tenía que llegar junto al inmenso mar azul y, después descendería por el sendero. Buscaría algún coche de caballos custodiado por un amable caballero al que le pediría que la llevara a Marchena. Nadie podría rechazar a una dama en apuros. En la puerta de su casa ella le entregaría al amable caballero el collar de perlas en señal de agradecimiento y él lo aceptaría gustoso, despidiéndose de ella con una leve inclinación de cabeza.

A la caída de la tarde, sus fuerzas comenzaron a flaquear. El camino no parecía llevarla a ninguna parte en concreto y el mar no se divisaba en el horizonte. Le costaba andar y sus pies tropezaban a cada paso por el terreno abrupto. La fiesta ya no se escuchaba, solo había un ensordecer silencio. Se sentó cerca de un árbol y sacó de la bandolera la rebanada de pan con queso. Tenía mucha sed y se regañó a sí misma por no haber llevado agua. Se comió

lo que había sacado, también la manzana, y reanudó la marcha. Sin darse cuenta del paso del tiempo, el día parecía haberse desvanecido y la luz se tornó en una negrura intensa. Se paró desorientada, sin saber qué dirección tomar.

Un aire frío comenzó a soplar y, pronto, comprobó que la fina capa de muselina de crespón, no le abrigaba. Le empezaron a castañetear los dientes y una sensación de malestar la envolvió. Se paró desorientada. Pensó en regresar, pero no sabía el camino de vuelta. Estaba perdida en medio de cualquier parte.

Decidió sentarse, contemplar las estrellas y pensar. Era así como las heroínas de las novelas que había leído encontraban solución a sus problemas. Por mucho que se esforzó en buscar respuestas en las brillantes estrellas, no localizó el camino, ni supo adónde dirigirse a continuación.

Comenzó a tener miedo.

Ya no estaba tan segura de querer marcharse de la hacienda. Además, aun cuando descubriese el sendero que había junto al mar, no debería parar a un coche en plena noche. En las novelas existían los príncipes valientes que socorrían a una dama en apuros sin dudar, pero también existían los rufianes que no tendrían reparo en aprovecharse de una mujer indefensa.

Entonces, ¿qué camino quería escoger?

Si seguía queriendo huir y continuaba avanzando, se adentraría en lo desconocido y, si no lo hacía, porque ya no estaba segura de querer abandonar la hacienda, Robert la encontraría y quedaría a merced de él. ¿Cómo reaccionaría al saber que había huido? ¿Se enfadaría o, por el contrario se sentiría liberado?

Resolvió que el menor de los males en aquel momento era Robert. A fin de cuentas, no se había portado tan mal con ella o ¿sí?

¿Sí? ¿No?

Unos ruidos extraños le llamaron la atención. Escuchó una respiración agitada y una sensación de peligro la traspasó de arriba abajo. Agudizó el oído y un bufido la asustó. Comprendió que se había acercado a un ganado. No sabía, con seguridad, si eran vacas, toros o unos simples terneros. Se sentó en medio de la nada acordándose de la Virgen del Rosario, patrona de Marchena.

—¡Ave María purísima, por favor, ayúdame! —dijo en voz alta al tiempo que hacia la señal de la cruz.

Capítulo 25

Robert sintió su corazón ensancharse al ver las caras de felicidad y las risas que se escuchaban a su alrededor. Los niños no cabían en sí mismos de gozo y se sintieron especiales por un día. Sus padres, relajaron sus caras tostadas por el sol y se sumaron a la alegría colectiva.

Con la caída de la noche, los ánimos se fueron apagando y el cansancio comenzó a reducir el número de asistentes, hasta que alrededor de un violín que entonaba una sentida canción, quedaron solo unos cuantos. La triste melodía le hizo centrar la atención en la ventana de Natalia. Le extrañó ver la luz apagada. Consultó el reloj y se quedó sorprendido, al ver que solo eran las nueve menos cuarto. Sintió pena por ella y se arrepintió de no haberla invitado. En aquel momento, desde la distancia, comprendió que fue un gesto feo dejarla sola en la casa.

Cuando la canción finalizó con unos sonidos desgarradores, Robert comenzó a caminar en dirección hacia la casa. En el comedor se encontró a Adriana bromeando con un joven que la ayudaba a recoger los restos de la fiesta.

—¿Has visto a Natalia?

—No, señor. Como vi la luz de su cuarto apagada, no me atreví a molestarla —se justificó la criada azorada.

Robert arrugó el entrecejo y la escrutó con gesto serio. Las dudas iniciales se convirtieron en preocupaciones serias e irrefutables. Subió con rapidez los peldaños de la escalera e irrumpió como una tormenta en su propio dormitorio. Los tímidos reflejos de la luna atravesaban el amplio ventanal y, en la penumbra, Robert vio su cama intacta. Natalia no se encontraba en el cuarto. Se acercó a la mesa y, con la ayuda de unas cerrillas, encendió las tres velas del candelabro. La brillante luz de las llamas confirmó sus sospechas. La habitación se encontraba vacía. Comprobó el cuarto contiguo, el baño común, la llamó por su nombre y bajó los escalones, impaciente.

—¿Natalia? —gritó alarmado—. ¿Alguien ha visto a la señora?

Un cuarto de hora más tarde, tras revisar cada estancia de la casa y cada rincón de la hacienda, comprendió que Natalia había desaparecido.

Robert pasó del estado de preocupación e intranquilidad inicial a uno de

pura ansiedad.

—¡Rápido, que alguien toque la campana! —gritó trastornado—. Y que enciendan las antorchas. Tenemos una emergencia, quiero a los diez mejores hombres listos para partir. La señora ha desaparecido.

—¡Rápido, rápido! —Los hombres se animaron unos a otros y, en pocos segundos, los sonidos estridentes de la gran campana rompieron el silencio de la noche.

Sentado a los lomos de su caballo, Robert se dirigió a los establos donde varios hombres, ensillaban los caballos con celeridad.

—Nos repartiremos en tres grupos —ordenó él moviendo su caballo de un lado a otro—. Andrés, Eduardo y yo seguiremos el camino principal; vosotros cuatro —dijo señalando a unos hombres—, tomad el izquierdo, y el resto irá por el derecho. Iluminad con las antorchas tanto como sea posible y nos juntaremos de nuevo en la entrada de la hacienda.

—Entendido, señor —un mozo fornido dio un paso al frente ya que era el encargado del tercer grupo—. No conocemos a la señora, pero, si está perdida, acudirá a nuestros llamamientos. ¿Cómo se llama?

Robert se sintió ridículo e impotente. Se había comportado como un verdadero patán con ella. Era la señora de Montenmedio y los empleados no conocían ni siquiera su nombre. Y en ese momento, tuvo la certeza de que ella no se había perdido, había huido.

—Natalia —aclaró el nombre de su esposa a los mozos—. La señora se llama Natalia, es alta, morena y con aspecto de chica de ciudad.

Andrés le tocó el hombro con afecto y le dijo en son tranquilizador:

—No te preocupes, la encontraremos. Si ha salido caminando, el radio es de unos diez kilómetros, aún estará dentro de la propiedad. Si ha salido cabalgando...

—No, a caballo no lo creo —dijo Robert apresurado—. No le gustan los caballos y, por lo visto, no falta ningún animal.

—Muy bien, señor, nosotros tres cogeremos el camino de la derecha, iluminaremos tanto como sea posible y peinaremos toda la zona. Nos tenemos que dar prisa. Los toros quedan libres por la noche y están justo a unos diez kilómetros de aquí.

—¿Dejáis los toros libres? —preguntó Robert asombrado—. ¿Por qué?

—Necesitan correr para endurecer la musculatura, son toros de pura raza que sacaremos pronto a la venta para las corridas de invierno —le aclaró

Andrés.

—Pero ¿sin vigilancia? En esta hacienda viven niños —insistió Robert—. Ya hablaremos de eso en otro momento. Vamos a partir ya. ¡Arre! —espoleó su caballo y con la antorcha en lo alto, fue tragado por la noche.

El resto de los hombres se dividieron y cabalgaron con rapidez, gritando el nombre de la señora. Tras veinte minutos de búsqueda llegaron al punto de encuentro establecido.

—¿Nada? —preguntó Robert respirando con dificultad, al mismo tiempo que bajaba de los lomos de su caballo—. ¿Han llegado ya todos los hombres?

—Sí, señor. Revisamos todo como pudimos, es una noche muy oscura a pesar de estar el cielo despejado y la verdad es que no hemos podido ver casi nada. Tal vez al alba... —propuso un mozo—, podríamos continuar con la búsqueda. Después de la fiesta los hombres están cansados y vamos a ciegas, no hay manera de poder entrever gran cosa.

—No vamos a parar hasta encontrarla —tronó con voz autoritaria—. Mi plan inicial no ha dado resultado. Estoy dispuesto a escuchar vuestras ideas. ¿Qué lugar propondrías rastrear más de cerca?

—Pues, depende de la situación, señor —contestó Eduardo, al tiempo que se rascaba la nuca apurado—. Si la señora se ha perdido, yo la buscaría cerca de las granjas o de cualquier otra hacienda. Sería lógico que buscara cobijo. Si la señora ha huido... —bajó la cabeza al decir aquello—, tendríamos que buscarla en el campo. Además, deberíamos encerrar a los toros, por si se ha asustado y está en alguna parte cerca de ellos sin atreverse a salir.

—Propongo que busquemos en campo abierto —dijo Robert apurado, sabiendo que aquellas palabras confirmarían a los mozos que Natalia lo había abandonado.

Decidió que la seguridad de ella era primordial y que su orgullo masculino podría esperar tiempos mejores.

—De acuerdo, acudiremos todos al camino central y antes de llegar a la zona de los toros, decidiremos cómo encerrarlos. Si lo conseguimos, peinaremos toda la zona, palmo a palmo. —Andrés espoleó su caballo y el resto de los hombres lo imitaron.

En la zona de los animales reinaba la confusión. El ruidoso trote de los caballos junto con las llamas de las antorchas asustaron a los bovinos que empezaron a correr en diferentes direcciones. Los hombres intentaron rodearlos y empujarlos hacia la entrada de los establos, pero los animales

enloquecidos se juntaban en el mismo tramo golpeándose unos contra otros para volver a separarse después en direcciones opuestas.

—Creo que no ha sido una buena idea —se excusó Eduardo—. Los toros están nerviosos, esto se ha convertido en un infierno. No hay manera de encerrarlos, lo siento.

—Pero ¡no podemos regresar como si nada! Si Natalia está cerca, la pueden embestir. ¡Tenemos que hacer algo! —gritó desesperado al tiempo que animaba a los hombres para que siguieran buscando.

Espoleó su caballo y alzó su antorcha para ver a su alrededor.

—¡Natalia! —gritó de forma apremiante—. Si estás cerca, háblame, tu vida corre peligro. En esta zona hay varias decenas de toros nerviosos y no podemos encerrarlos. Sal, por favor. Si tu deseo es irte, te dejaré. Te lo prometo.

Entre el trote de los caballos y el bullicio de los mozos, a Robert le pareció escuchar a alguien. Agudizó el oído esperanzado y, en efecto, la voz de ella se oía en alguna parte.

—Robert estoy aquí, no puedo moverme, se ha caído una viga sobre mi pierna.

—¡Natalia! —intentó localizar el lugar de donde provenía la voz—: ¡Háblame!, hay mucho ruido y no puedo localizarte. Tu voz me llevará hasta ti.

—Estoy aquí, veo antorchas y escucho el bullicio de los animales. No te distingo, pero tu voz suena cercana.

Robert levantó la antorcha y se dirigió hacia la voz. La encontró cubierta por un bloque de vigas de madera. Estaba atrapada debajo de una que se había caído sobre su pierna. Bajó de su caballo, se acercó a ella, le cogió las manos en actitud tranquilizadora y le dijo en voz baja, aliviada:

—Ya estoy aquí, no te muevas. Hay varios hombres buscándote, entre todos te ayudaremos salir.

Ella comenzó a sollozar.

—No siento la pierna y tengo mucho miedo.

Robert se levantó y comenzó a gritar:

—¡Andrés, Eduardo, avisad a los hombres y venid a ayudarme! ¡He encontrado a la señora!

Capítulo 26

Natalia sintió náuseas al verse rodeada por varios hombres que le iluminaban el rostro con las antorchas. Robert se agachó junto a ella e intentó levantar la viga que atrapaba su pierna. No consiguió moverla, por lo que se levantó y dio instrucciones a los demás.

—La viga es muy pesada, que se queden cuatro hombres para sujetar las antorchas y el resto cogeréis la viga conmigo al mismo tiempo. Cuando yo diga, ya, la levantaremos y la apartaremos.

Natalia cerró los ojos con fuerza y pensó angustiada que la viga volvería a caer sobre ella. En la oscuridad no había podido apreciar lo grande que era, pero al entender que Robert necesitaba ayuda para levantarla, supo con seguridad que su vida estaba en peligro. Se concentró en la imagen de su padre y pensó reconfortada que, si muriera, por lo menos, estaría a su lado. Escuchó a los hombres contar.

—Uno, dos, tres, ¡ya!

Gritó por puro instinto de supervivencia y, después, la envolvió una luz blanca que la dejó sin sentido. De puro agotamiento, miedo y dolor se desmayó antes de saber si la viga había sido retirada o no.

Momentos después, notó unas manos calientes friccionarle la cara.

—¡Natalia! —la voz de Robert parecía muy preocupada—. Ya ha pasado todo, la viga que te estaba atrapando la pierna está retirada. ¡Despierta! ¡Abre los ojos! —le dio unos leves golpes en las mejillas y le movió la cabeza. Ella despegó los párpados con dificultad por la luz cegadora de la antorcha y sus miradas brillaron con fuerza—. Te subiré a mi caballo, ¿de acuerdo? No podemos esperar a la llegada de un coche, los toros están libres y es muy peligroso que nos quedemos aquí.

Parpadeó un par de veces aturdida y volvió a marearse cuando escuchó que la iban a subir a un caballo. Tenía un miedo atroz a esos animales.

Sintió las manos de Robert cogerle por las piernas y la espalda con delicadeza. La acunó entre sus brazos y, después, la depositó con mucho cuidado en los brazos de otro hombre.

—Andrés, cuando esté encima de Verdi, devuélvemela con mucho cuidado, no sabemos cómo está su pierna. Por suerte la viga no cayó directamente sobre

ella, pero aun así tenemos que tener precaución —le advirtió.

Natalia abrió los ojos con dificultad. Vio que unos brazos peludos la pasaban a los brazos fornidos de su marido. La cogió con cuidado colocándola delante de él, sobre la cresta del caballo. Ella comenzó a temblar cuando notó que el animal no dejaba de moverse.

—Tengo miedo a los caballos —murmulló, sobrecogida—. Me caí cuando era muy pequeña. Nunca lo superé.

—Este no es un caballo —la tranquilizó él al tiempo que la sujetaba con un brazo y se la pegaba a su pecho—. Es un simple poni. Tranquila, no tardaremos nada en llegar, estamos a menos de diez kilómetros de la casa grande.

Ella volvió a cerrar los ojos. Se sintió avergonzada y ridícula. Había cometido una gran estupidez dejando a Robert en evidencia delante de sus trabajadores. Se acomodó entre sus brazos sorprendida por lo segura y a gusto que se sentía. El pecho de él se movía al son del trote del caballo acariciándole la espalda y sus piernas la envolvían protectoras. Poco a poco, el miedo abandonó su cuerpo y consiguió relajarse.

Se sintió de nuevo avergonzada. No se merecía ser tratada con amabilidad. El remordimiento se alojó en su interior, reconcomiéndola por dentro.

—¿Has visto que bonitas estrellas tenemos en Montenmedio? —rompió él el silencio tras varios minutos de cabalgada—. En la ciudad no se ven con tanta claridad, aquí parecen más grandes y más cercanas que en cualquier otra parte.

Ella se sorprendió por la pregunta. Se merecía ser reñida, reprendida y tratada con frialdad, y no escuchar unas bonitas palabras sobre la belleza de las estrellas de ese lugar.

—Perdí la cuenta del tiempo que llevaba atrapada... Si no hubiera sido por las estrellas, me habría vuelto loca. Me entretuve al intentar contarlas y observé los dibujos que algunas de ellas formaban en el cielo. Tienes razón, no se parecen a las estrellas de ningún otro lugar.

—¿Cómo está tu pierna? —preguntó sin esconder la preocupación en su voz—. ¿Te duele?, ¿la notas?

—No, está como entumecida —contestó aturdida—. Es probable que haya sufrido una rotura o algo peor, de ser así lo acepto, es un castigo justo y más que merecido.

—No digas eso —la reprimió con cariño al tiempo que su mano se ceñía

más a su cintura—. Ya hablaremos con tranquilidad en la hacienda. No te preocupes por nada. Se acabó, te daré la libertad.

La palabra «libertad» hizo que a Natalia le recorriera una sensación de frío y se estremeciera. Cayó en la cuenta de que había conseguido su propósito. Después de pasar una noche espantosa, atrapada debajo de una viga y con los toros merodeando a su alrededor, había logrado la tan ansiada libertad. Entonces, ¿por qué no se alegraba?

Se concentró en el calor que desprendía el caballo y tocó con sigilo su sedosa crin. Ignoró las lágrimas que caían sobre sus mejillas. A estas alturas podían significar cualquier cosa: nervios, cansancio, agotamiento, miedo, inseguridad, tristeza o arrepentimiento. O quizá, un cúmulo de todas.

Cuando llegaron a la casa grande, fueron recibidos por un hombre con aspecto cuidado, que se aproximó al caballo para ayudarlos. Antes de bajar, Robert la pasó a los brazos de ese hombre, que más tarde Natalia supo que era el administrador de la finca y se llamaba Andrés. Robert descendió con celeridad del caballo y a la luz de las antorchas, Natalia apreció que era un ejemplar precioso, de color marrón chocolate.

La cargó de nuevo entre sus brazos y ella sonrió agradecida. Miró en dirección hacia el caballo y bromeó:

—Si los ponis de Vejer son así, me pregunto cómo serán los caballos.

Él sonrió y sus tensos brazos se relajaron.

—Se llama Verdi y es mi caballo. Nadie, aparte de mí, puede montarlo. Solo he hecho una excepción por esta vez contigo.

—¿Verdi? ¿Qué significa?

Él se quedó con la contestación en los labios, puesto que al entrar en la casa encontraron el salón principal repleto de personas esperándolos. Los brazos de Robert apretaron a Natalia, que a su vez se puso rígida. Había llegado la hora de asumir sus actos y afrontar las consecuencias. Se había activado la alarma para encontrarla y la gente estaba esperando el desenlace y una explicación.

—¡Ya están aquí! —escuchó una voz cristalina alzarse sobre el murmullo de la multitud—. ¿Cómo se encuentra la señora?

Robert se paró en medio del comedor, envuelto en volantes y fundas desgarradas de color rojo fuego. Se debatió entre dejarla en el suelo o seguir su camino y aplazar las explicaciones para el día siguiente. Las mejillas de Natalia se encendieron al sentir las miradas curiosas de la gente clavarse en

ella. Y no podía culparlos. Era la esposa escondida que había huido en plena noche.

—Gracias por vuestra preocupación —dijo Robert intentando sonar despreocupado, al tiempo que avanzaba con paso inseguro hacia las escaleras—. Como podéis ver, hemos encontrado a la señora sana y salva. Ha sufrido un pequeño percance y no puede andar, pero seguro que no es nada. Ya podéis retiraros, por ahora, no necesitamos nada más. Gracias a todos. Buenas noches.

—Por supuesto, adelante, la cama ya está preparada. —El ama de llaves dio un paso al frente—. Le llevaré dentro de un rato una sopa caliente y una infusión de hierbas relajantes. Le calmará los nervios.

—Gracias, en cuanto llegue el médico, que suba.

—La bañera está llena de agua caliente, como a la señora le gusta —Adriana se acercó y miró a Natalia con preocupación—. Si me necesita para ayudarla a bañarse, llámeme. Deseo ser útil.

—Gracias, Adriana. Necesitaré tu ayuda, enseguida te llamaré.

—La próxima vez que salga a pasear, tenga más cuidado, señora —Natalia miró curiosa en dirección hacia la voz que le dio aquel venenoso consejo.

No se sorprendió, al ver que se trataba de la coqueta pelirroja, la dulce Verónica.

—Lo tendré, gracias por preocuparse. —Con un cuidado gesto, pasó sus manos alrededor del cuello de su marido y apoyó la cabeza en su pecho. En consecuencia, la joven pelirroja se convirtió en puro fuego, ardiendo de rabia.

Natalia sintió cómo un placer repentino invadía su maltrecho cuerpo.

Capítulo 27

Robert depositó con cuidado a Natalia sobre la cama. Se acercó a la mesa y encendió las velas del candelabro y de la lámpara que estaba colocada en la pared. Una luz tenue envolvió la habitación y, él regresó junto a ella y le quitó las botas llenas de barro. La pierna izquierda parecía inerte. Se la movió despacio de un lado a otro y le preguntó:

—¿Notas algo?

—No, nada —dijo ella arrugando la frente, alarmada.

—Enseguida llegará el médico. No sé si es bueno o malo que no sientas nada —intentó él disimular la preocupación que sentía.

—Sé poco de medicina, pero creo que debe de ser mala señal. —Sonrió, intentando aparentar una serenidad que en realidad no sentía—. Soy adulta, lo superaré.

—Menuda adulta —se mofó él al tiempo que soltaba un largo suspiro—. Solo eres una mocosa de diecisiete años. Con tu repentina excursión, has conseguido alarmar a la hacienda entera. Me atrevería a decir que los trabajadores jamás han tenido tanta diversión en un solo día. No quiero recriminarte lo que has hecho, pero has puesto tu vida en peligro. ¿Qué hago yo contigo? Desde que nos casamos me sacas casi cada noche a pasear.

—Lo siento —se disculpó ella al borde de las lágrimas—. Por favor, perdóname. Te he dejado en evidencia delante de tus hombres y he estropeado vuestra fiesta.

—No te atormentes, ni pidas perdón —la tranquilizó mientras le apartaba el pelo enmarañado de la cara—. La fiesta ya había terminado cuando nos dimos cuenta de tu ausencia.

—Para mí, sería más fácil si me reprendieras —Natalia buscó su mano y la tomó entre las suyas al tiempo que atrapaba su mirada—. Incluso puedes gritarme, lo estoy deseando. Me siento como una niña, que sabe que ha hecho las cosas mal y está a la espera de la regañina. Y como esta no llega, el problema adquiere una mayor dimensión todavía. Y los nervios me están consumiendo. Di algo, enfádate conmigo. Estás en tu derecho. Pregúntame por qué...

—Natalia, ya te lo dije, no habrá más enfados entre nosotros ni más

reprimendas. He tardado en asumir y comprender lo que nos ha pasado. Tú has llamado mi atención de una manera que me avergüenza. Has puesto tu vida en peligro para que yo pueda comprender tu situación. Nadie es dueño de nadie, aun cuando los hombres estemos acostumbrados a considerarnos los dueños de nuestras esposas. Me has demostrado que a la fuerza no se consigue doblegar a una persona. Has sido valiente y un poco loca, también. A quién se le ocurre salir a pie y en plena noche, de una hacienda de quinientas hectáreas y ¡sin conocer el camino!

—Salí de día —se defendió ella esbozando una débil sonrisa—. Además, contaba con encontrarme en el camino a un caballero bondadoso que me llevase a Marchena. Parecía fácil —se avergonzó.

—No quiero ni imaginarme lo que podría haberte ocurrido. Podrías haberte topado con los toros sueltos, haberte encontrado con algún rufián por el camino o haberte perdido por algún atajo... Un millón de cosas y todas malas.

—No, todas malas no, he tenido la oportunidad de ver las estrellas en todo su esplendor. Los toros no paraban de moverse a mi alrededor, pero por muy extraño que te parezca, ninguno llegó a acercarse a mí.

—Bueno, si dejamos a un lado el hecho de que no consigues mover las piernas, se puede decir que tu improvisada excursión ha sido todo un éxito. Durante una agradable caminata por el campo, has podido admirar las estrellas en compañía de unos apacibles y tiernos animales. Y como recompensa, tendrás tu amada libertad. —Robert se pasó la mano por el pelo con gesto cansado y su mirada se ensombreció. Suspiró hondo y se acarició la perilla que florecía en su barbilla.

—Perdóname por todos los quebraderos de cabeza que te he dado desde... nuestra boda —se disculpó ella de nuevo—. Te he dejado en evidencia delante de todo el mundo. No soy mala persona y, aunque no lo creas, antes de llegar aquí, mis modales eran impecables. En los últimos días, he cometido un error tras otro y debo de parecerle una estirada caprichosa. Yo no soy así, suelo tratar bien a la gente y a los empleados y, si las cosas hubiesen sido distintas entre nosotros dos...

—Déjalo, da igual, no te preocupes por lo que dirán, los empleados estarán entretenidos un tiempo, eso es todo. Ellos también necesitan diversión así que, no pasa nada. Hablarán un tiempo, y tú te irás, hablarán otro tiempo, y después aparecerá algo más divertido y se olvidarán.

—Según esté mi pierna, puede que tarde un tiempo en irme —se excusó.

—Hablaemos de eso mañana, pero tranquila no hay prisa. Lo organizaremos todo en su momento. Además, primero tengo que escribirle a tu madre para informarla de que regresarás.

—¿Es preciso? —Natalia se mordió el labio inferior angustiada. Era la primera vez que pensaba en su madre. ¿Cómo se tomaría su regreso?

—Es necesario, Natalia. Eres menor de edad, solo con su consentimiento te marcharás de aquí.

—Me parece razonable, aunque no soy una mocosa. Solo faltan dos meses para ser mayor de edad.

—Mejor que no opine nada sobre eso. —Sonrieron los dos relajados.

Natalia cayó en la cuenta de que era la primera vez desde que se conocieron que tenían una conversación sincera y sin tapujos. Robert no parecía un mal hombre, si las cosas hubiesen sido distintas, podrían haber tenido un buen matrimonio.

Se quedaron un tiempo en silencio, asimilando los cambios que se estaban produciendo entre ellos. Robert fue el primero en hablar y, cuando lo hizo intentó, ser optimista.

—¿Has comido algo en todo el día?

—Sí, una rebanada de pan con queso y una manzana verde.

—Estoy impresionado —ironizó a la vez que se ponía de pie—. Vamos a organizarnos. Primero necesitas darte un baño, estás manchada de barro y llevas paja por todas partes. Adriana no podrá levantarte para meterte en la bañera, así que tendré que hacerlo yo.

Al entender lo que suponía aquello, Natalia se ruborizó y hundió la cara entre sus manos.

—¿Tienes una idea mejor? —preguntó él, al tiempo que le apartaba las manos y descubría su rostro sonrojado.

—Saltaré a la pata coja —sugirió esperanzada—. De pequeña se me daba bien. Gracias por tu ofrecimiento, pero me apañaré con Adriana.

—Bien. —Accedió él—. Vamos a ver cómo te manejas con una sola pierna. La llamaremos, el médico estará al llegar.

La ayudó incorporarse, pero al intentar sostenerse sobre el pie derecho se balanceó y estuvo a punto de caerse. Robert la sujetó por los hombros y la volvió a dejar sobre la cama.

—Ya me lo imaginaba —dijo en tono apacible parecido al de un médico

—. Es normal que te pase eso, no te angusties, estuviste varias horas inmovilizada bajo la viga de madera. Aun cuando no tuviste atrapada la otra pierna, tampoco la pudiste mover. Es lógico que esté débil también.

—Bueno, es más que evidente que necesito tu ayuda para bañarme. Pero ¡no mires! —le advirtió apurada—. Y deja solo una vela encendida.

Robert comenzó a reír.

—Si no puedo mirar, tropezaré. O te daré jabón en los ojos. O tocaré lo que no debo.

—Aun así, mira, pero sin mirar —insistió ella.

—De acuerdo, lo intentaré. Mirando, pero sin mirar, te ayudaré a quitarte el vestido.

Al ver su rostro abochornado se levantó, apagó la lámpara de la pared y casi todas las velas dejando solo una encendida. En la penumbra, le dio la vuelta y le desató los lazos de su apretado corsé. Le quitó el vestido, las enaguas y las medias rotas. Le dejó la ropa interior cosa que ella le agradeció con la mirada. Le deshizo la trenza, deleitándose con el tacto suave de su cabello. Después la tomó en brazos y la trasladó al cuarto de baño.

—Pareces una campesina, llevas paja en el pelo y hueles a heno seco. En todas mis fantasías relacionadas con soltarte el pelo, que he tenido unas cuantas, jamás ha habido ninguna en la cual me encontrara restos de paja entre los mechones de tu cabello.

Natalia sonrió con amargura ante su repentina confesión. Comenzaba a entender parte del sufrimiento de su marido. Consiguió ponerse en su piel, y tuvo que reconocer que, desde su punto de vista, la situación no era nada envidiable.

Mientras esos pensamientos rondaban por su mente, él la sumergió en el agua caliente y ella expulsó un suspiro de gozo. Abrió los ojos, observando como él sujetaba una pastilla de jabón para el pelo y, tras enjugárselo, comenzó a lavárselo con esmero. La sensación de sentir los dedos de un hombre deslizarse entre sus mechones resbaladizos le pareció muy placentera. Demasiado.

Cerró los ojos dejándose llevar por una dulce sensación de paz. Él finalizó el suave masaje y le aclaró el pelo con mucha destreza. Natalia se preguntó, algo molesta, si habría lavado los cabellos de otra mujer en alguna ocasión. Todo parecía indicar que sí. No se atrevió a preguntárselo, puesto que era un asunto demasiado íntimo y dejó que le pusiera una toalla alrededor de la

cabeza.

Natalia notó una oleada de calor invadiéndola por dentro y sintió una repentina atracción por su marido. Observó distraída como frotaba la esponja con la pastilla de jabón y cuando había obtenido una generosa cantidad de espuma, comenzó a frotarle sus hombros, las manos y los pechos. O puede que este último detalle, se lo estuviera imaginando. Cerró los ojos de placer al tiempo que la esponja se paseaba por su cuerpo y perdió la cuenta de si las caricias recibidas eran producidas por la esponja o por las manos de él. El denso silencio cargado de tensión sexual solo se vio interrumpido por el chapoteo del agua y sus respiraciones agitadas.

—Hace años estuve viviendo un tiempo en Alemania. Ahí la gente es muy moderna, ¿sabes? Por ejemplo, el esposo se baña casi siempre con su esposa. Se considera algo normal —dijo él al tiempo que dejaba la esponja en un lado.

—¿En la misma bañera? —preguntó ella con los ojos desorbitados dado que no estaba acostumbrada a escuchar aquello.

—En la misma. —Le aclaró él divertido y una chispa de deseo comenzó a brillar en su mirada—. De esa manera, se ayudan el uno al otro y, además, es placentero. O eso dicen. Desde luego yo pienso probarlo algún día.

—Para mí que tú ya lo has probado —ironizó y, ante la tensión creada, se arrepintió al instante de haber dicho aquello. En un intento de salir del apuro, dijo—: No creo que sea apropiado que hablemos de estas cosas —añadió de forma poco convincente, deseando poder convertirse en una fogosa alemana y que su marido se metiese en la bañera junto a ella. Se reprendió enseguida por esos nuevos pensamientos indecorosos.

—No, supongo que no —reconoció con amargura—. Es una situación extraña, estamos viviendo un momento íntimo y me ha venido a la cabeza. Lo siento.

Aclaró su cuerpo y dio el baño por terminado. La sujetó por los hombros con una mano, por las piernas con la otra y la sacó del agua. Su piel reluciente desprendía olor a flores. Recorrió con la mirada sus curvas mojadas y sintió un deseo tan grande que le provocó dolor. La había perdido antes de tenerla. Con pesar enrolló a su alrededor una toalla gruesa de algodón. Le había prometido la libertad, por lo tanto, había dejado de pertenecerle. Cargó su cuerpo con cuidado y lo dejó sobre la cama.

Capítulo 28

Momentos después, escucharon unos golpes suaves en la puerta. Robert prendió las velas del candelabro y abrió la puerta.

—Acaba de llegar el médico, señor —anunció Adriana—. ¿Puedo ayudar en algo?

—Sí, por favor, ayuda a la señora a ponerse el camisón y la bata. Yo saldré para hablar con el médico.

Se volvió hacia ella y cuando sus miradas se cruzaron, vio en sus ojos una expresión de gratitud. Sintió un dolor que le traspasó el alma. Maldita sea, él no quería su gratitud, quería su amor. Mientras había estado enjabonando su cuerpo, habían conectado de alguna manera y en la intimidad del baño un manto de magia se había ceñido sobre ellos. Creyó haber visto en los ojos de ella deseo y el inicio de algo, pero ahora comprendió que se había equivocado. Puede que el cansancio y la tensión vivida, lo estuvieran afectando.

—¿Necesitas algo más? —se giró hacia ella intentando que su voz sonase seria. Había prometido dejarla marchar y debía preparar su corazón para la partida.

—No, nada. Solo quiero darte las gracias por todo y... por favor, perdóname. Por lo de hoy y por lo que pasó el otro día en nuestra boda. Me acabo de dar cuenta de que tú eres el menos culpable de los tres.

Robert recibió sus disculpas con una leve inclinación de la cabeza, como si todo aquello dejase de importarle. Ella percibió su frialdad y, sin saber por qué, se sintió muy desdichada y unas lágrimas solitarias rodaron por su mejilla.

—Señora, ¡menudo susto! —Adriana se acercó y depositó sobre la cama un camisón de raso color chocolate—. El señor casi me mata cuando le dije que no sabía nada de mi señora. No me vuelva hacer eso, se lo ruego. Ahora, levante los brazos, la ayudaré a ponerse el camisón.

—Este camisón no es mío —dijo Natalia mientras lo revisaba de cerca—. Salimos de forma apresurada de Marchena y no me dio tiempo a llevarme demasiadas cosas.

—El señor compró ropa para usted cuando recogió la ropa de los niños y

con el ajetreo de la fiesta, se me olvidó decírselo. Hay unos vestidos tan suaves como la superficie del mar. Y unos colores que yo ni sabía que existían. Y este camisón, lleva una bata del mismo color —se acercó a la mesa y le enseñó un bonito quimono—. ¿A que es precioso?

Natalia se sintió realmente desdichada. Mientras ella se había encargado de preocupar y humillar a Robert, él había procurado ropa y comodidades para ella.

—Señora, ¡no llore!

Adriana se acercó a ella, le quitó la toalla y la ayudó a secarse. Después, la ayudó a ponerse el camisón que, para colmo, era justo la talla que ella usaba. El delicado raso se pegó como una segunda piel a su cuerpo y se ciñó sobre sus pechos generosos. Adriana le colocó con cuidado las piernas sobre la cama, le colgó el quimono sobre los hombros, la tapó con una manta y llamó al médico.

Momentos después, un hombre menudo con aspecto peculiar entró y se paró al lado de su cama. Robert le acompañó, pero se quedó junto a Adriana, unos pasos atrás. El médico exploró con atención las piernas de Natalia, moviéndolas en diferentes direcciones. Después, las flexionó. La pierna derecha reaccionaba a los estímulos, mientras la izquierda parecía entumecida.

—No parece rota —declaró en tono neutro—. No hay que descartar un problema en la cadera o algún nervio atrofiado. Es demasiado pronto para saberlo.

—¿Podemos descartar la cadera? —Robert encontró la mirada de Natalia bañada en lágrimas y se angustió—. Intenta moverla, pero sin forzarla —la animó.

Ella trató de levantar el trasero para ladear la cadera, pero no lo consiguió.

—Dije que era demasiado pronto —la riñó el médico con la mirada—. Le daré un calmante y una pomada analgésica para el dolor. Los músculos se relajarán y mañana la vuelvo a reconocer.

—¿Y si la llevamos al hospital? —sugirió Robert—. Tal vez, ahí tienen más medios...

—Por el momento, sería mejor dejarla descansar —le aconsejó en tono tajante—. Háganme caso, por favor.

El médico dio la consulta por finalizada y se marchó en compañía de

Robert. Adriana se acercó a Natalia y, al ver su rostro bañado en lágrimas, dijo entristecida:

—Tiene el pelo muy alborotado. ¿Quiere que se lo arregle?

—¿Qué importa mi pelo? —comenzó a sollozar—. Lo más seguro es que no pueda volver a caminar.

En ese momento entró Robert. Mandó a Adriana a traer la sopa y las medicinas que había prescrito el médico. Se acercó a ella y la estrechó entre sus brazos como si fuese una niña pequeña. La tranquilizó y le besó el pelo. Después le acomodó las almohadas y la dejó descansar sobre ellas. Su abundante cabello se había secado al aire libre y descasaba ondulado sobre su pecho.

—Natalia, quiero que te relajes y dejes de preocuparte. Has escuchado al médico. Es demasiado pronto para sacar conclusiones. Ahora te ayudaremos a cenar, tomarás las medicinas y dormirás. Mañana será otro día, y ya verás como será un buen día.

—No tengo hambre.

Robert levantó la vista hacia el techo.

—¿No habíamos puesto fin a la huelga de hambre? —preguntó exasperado—. Creí que teníamos un acuerdo.

—Lo dije sin pensar, lo siento —se disculpó ella—. Aunque no lo creas, en circunstancias normales, tengo buen apetito. Me ha costado un mundo estar cerca de la comida y no probar bocado.

Él le atusó el pelo con delicadeza.

—Veo que he adivinado tu talla —le dijo al tiempo que recorría con la vista sus formas envueltas en raso color chocolate.

—Eso parece —admitió sonrojada—. Gracias por la ropa, no tenías por qué molestarte.

—Natalia, mientras vivas en Montenmedio, eres mi responsabilidad. Cualquier cosa que necesites, por favor, dímelo.

La llegada de la criada con la sopa interrumpió la conversación. Después de tomar la comida y las medicinas prescritas por el médico, Natalia se quedó adormilada casi al instante. Robert dejó la lámpara encendida y apagó el resto de las velas. Se acercó a la cama y la arropó con las sábanas.

—Me voy a dormir, ha sido un día largo. Buenas noches —se despidió él.

—¿Robert? —lo llamó con voz adormilada—. Quédate conmigo esta noche. Por favor.

Él se quedó de pie, junto a su cama, sopesando una respuesta.

¿Sería aquella petición el efecto del calmante?

—¿Estás segura? —preguntó vacilante—. No quiero malas caras mañana nada más despertarme.

Ella sonrió y balbuceó algo indescifrable. Robert se quedó al lado de su cama, indeciso. Tras dudarlo unos instantes, decidió dormir con ella. Pensó que, si tuviera dolores a lo largo de la noche, estaría a su lado para ayudarla.

Acudió al baño contiguo, se quitó la ropa y se lavó el cuerpo. Después se puso el pijama y acudió al dormitorio.

Dejó la lámpara encendida, apartó las sábanas y se deslizó junto a ella. Había fantaseado muchas veces con el hecho de compartir su dormitorio con ella. Se apoyó sobre el codo y la observó en silencio. Su abundante mata de cabello estaba esparcida por toda la almohada. Se la apartó con delicadeza y abrazó su hombro envuelto en raso color chocolate. Ella al sentir su presencia, volteó la cabeza, acomodándola sobre su pecho. Robert se quedó inmóvil unos instantes, aterrado por su acercamiento. Sentía su respiración algo agitada, justo encima de su propio corazón. Acarició sus cabellos con una mano, cerró los ojos y se dejó envolver por una manta de paz y felicidad.

Un atisbo de conciencia le gritó desde un rincón de su cerebro que no debía ilusionarse, puesto que aquello no era del todo real y ella estaba bajo el efecto de un tranquilizante.

Reconoció entristecido que, en esta historia de tres, nadie tenía la culpa. Simplemente, él había llegado demasiado tarde a su vida. El bueno del capitán era un hombre con suerte.

Suspiró resignado y agradeció a la vida el regalo de tener otra noche con ella. Le acarició un mechón de pelo y se quedó dormido con los cabellos negros y ondulados de su todavía esposa esparcidos sobre su pecho y el corazón repleto de felicidad.

Capítulo 29

Natalia comenzó a notar un ligero hormigueo en su pierna izquierda. Levantó la cabeza y despezó la vista. Consiguió mover los dedos de los pies y se animó al comprobar que sentía las dos piernas.

Centró la atención en el gran ventanal, a través del cual los primeros rayos del día se abrían paso con timidez. La lámpara de la pared se había apagado y en la habitación reinaba la penumbra. Recorrió con la mirada la habitación y se encontró que, a pocos centímetros de ella, Robert dormía recostado sobre su brazo. Su pecho subía y bajaba con regularidad y en su rostro lucía una expresión de serenidad.

Se acomodó sobre la almohada y contempló en silencio a su marido. Ahora que su corto matrimonio había llegado a su fin, comenzaba a tener dudas.

En breve, en cuanto la salud se lo permitiera, abandonaría la hacienda y a Robert para siempre. De repente, se entristeció pensando que no sabía casi nada sobre su vida ni sobre él como persona.

¿Quién era ese hombre? Recordaba que le llevaba diez años, por lo que dedujo que tendría unos veintisiete años. En una carta él le había contado que no tenía familia. ¿Cómo era posible no tener a nadie? Todo el mundo tenía familia en alguna parte.

Él intentó mover el brazo que, al parecer, se le había dormido y abrió los ojos. Natalia sonrió pensando que su hermana había acertado el color de sus ojos, aunque de eso ya se había percatado antes. Eran marrones y, con la luz matutina, brillaban como el bronce. Se contemplaron un tiempo en silencio, sin moverse.

—Buenos días —rompió ella el silencio premiándole con su generosa sonrisa—. Gracias por quedarte conmigo.

—Buenos días —respondió en voz baja—. Me alegro de que recuerdes que fuiste tú la que me lo pidió. —Rieron los dos despreocupados.

—He sido para ti un tremendo dolor de cabeza, ¿verdad? —Natalia se mordió pensativa el succulento labio inferior.

—Los dolores de cabeza duelen menos —Robert le tocó con gesto travieso la nariz respingona. Sonrió y en su rostro hizo acto de presencia una expresión jovial y desenfadada—. ¿Cómo está tu pierna? Pareces contenta.

—Creo que pronto estaré bien. Nada más despertarme he notado un leve hormigueo y he conseguido mover todos los dedos.

—Es una noticia fantástica. —La mirada de Robert se iluminó—. Si el médico así lo confirma, le escribiré hoy mismo a tu madre.

Ante su entusiasmo, Natalia sintió desilusión. Cayó en la cuenta de que no le gustaba nada que Robert se estuviera tomando tan bien su partida. Parecía impaciente por librarse de ella. Y no podía culparlo, tenía toda la razón del mundo. Y ella debería sentirse feliz y contenta. Había conseguido su deseo, su más ardiente deseo.

—¡Sería fantástico! —dijo finalmente mientras se acomodaba la almohada y se incorporaba sobre ella con la espalda recta.

Él la imitó y, de repente, parecían dos desconocidos que por los caprichos del destino habían llegado a compartir la misma cama.

—Si le escribo hoy a tu madre, debido a la importancia de la noticia, pienso que en unos días contestará. Espero que no te importe, pero tenemos que hablar sobre cómo vamos a solucionar las cosas. ¿Partirás cuanto antes?

—Sí, supongo que sí —le contestó ella, cohibida—. Dadas las circunstancias, sería lo más apropiado.

—¿Has pensado qué harás después? —Robert la miró fijamente y ella le sostuvo la mirada sin pestañear.

—¿Después?

—En cuanto hayas regresado con tu familia, serás de nuevo una mujer libre —mientras Robert decía aquello, la certeza del fracaso de su matrimonio retumbó en su interior.

—¿Seré libre? —Natalia se removió inquieta al tiempo que sujetaba detrás de su oreja un mechón rebelde de pelo—. ¿Cumplirás tu promesa de dejarme libre? —preguntó con temor.

Sus miradas chocaron, crudas, intensas y en alerta.

—Sí —respondió él, sereno—. Ahora que ya estamos de acuerdo y la tormenta ha pasado, no tiene sentido destrozar nuestras vidas por cuatro días de matrimonio fracasado. Serás libre de volver a buscar el amor, y yo, por mi parte, haré lo mismo. Como puedes ver, hay mucho todavía que hacer aquí para que esto se convierta en un hogar decente y necesito una compañera de vida que esté a mi lado. En todos los sentidos.

Sus últimas palabras provocaron un auténtico revuelo en el interior de Natalia. En su retina apareció la imagen de la dulce Verónica sentada en esa

misma cama al lado de Robert. Se tensó al imaginarse los labios rosados de la ella sobre los de él y sus cuerpos desnudos abrazados debajo de la manta.

—No conozco a nadie que se haya distanciado así —Natalia frunció el ceño y jugueteó de forma inconsciente con un mechón de pelo—. Supongo que es un proceso difícil. Hace cuatro días, habría sido más fácil. No habíamos consumado el matrimonio.

—Puede ser largo, si una de las partes no está conforme. —Natalia entornó los ojos hacia él y le escucho con interés—. No es nuestro caso, tanto tú como yo no queremos este matrimonio. Al final he perdido la batalla y tu maravilloso capitán se ha salido con la suya. ¿Piensas rehacer tu vida con él?

Natalia sintió sus mejillas encenderse. Le turbaba hablar con tanta facilidad sobre su distanciamiento y sobre cosas tan íntimas como su futuro con Sergio.

—No lo sé —dijo con cautela—. Supongo que, para un hombre, es más fácil rehacer su vida. Sobre las mujeres pesan más los prejuicios sociales. Prefiero no pensar ahora mismo en mi futuro. No sé cómo lo verá la gente ni cómo se lo tomará mi madre.

—Tienes razón—. Robert apartó la manta y se levantó de la cama—. Llamaré a Adriana para que te ayude a vestirte. El médico estará al llegar. Ahora lo más importante es tu recuperación, el resto, puede esperar. Ya tomaremos las decisiones necesarias, cuando llegue el momento. Por mi parte, no hay prisa.

—Supongo que por la mía tampoco —dijo pensativa al tiempo que se incorporaba con la intención de levantarse.

Se puso de pie con sumo cuidado, apoyando todo su peso en la pierna derecha. Después, enderezó su cuerpo y se equilibró apoyando también la izquierda. Dio un par de pasos y se paró. Sonrió de oreja a oreja al ver que había logrado un pequeño avance. Sus piernas respondían. Robert la animó con la mirada sujetándola por el brazo y ayudándola a dar otros pasos. Sus manos grandes, ligeramente ásperas le provocaron un hormigueo agradable, cuando se posaron sobre su cintura. Natalia sorprendió su mirada pegada al canalillo de su pecho que se asomaba tras el escote de su camisón color chocolate y se sintió poderosa.

Robert Conde era su marido y todavía la deseaba.

En cuanto se quedó a solas se paró a pensar en el significado y el poder de la libertad. Estuvo a punto de sacrificar su vida para obtenerla, sin embargo,

tras conseguirla, ya no parecía importarle. Ahogó un grito, al darse cuenta de que no deseaba abandonar la hacienda ni a su marido.

¿Y Sergio? ¿No era el amor de su vida? Tenía en la palma de su mano el poder de recuperarlo y formar junto a él un futuro glorioso.

«Solo a ti». ¿Sí? ¿No?

Se concentró en él, pero su imagen se disolvió como una acuarela inmersa en agua. Su rostro quedó lejano, eclipsado por los ojos brillantes de color bronce de su marido.

Capítulo 30

Natalia decidió estrenar aquel día uno de los vestidos que Robert le había regalado. Acarició con las yemas de los dedos la suave muselina color verde esmeralda. Aguantó la respiración mientras le pedía a Adriana que le apretase más de la cuenta el corsé.

Se cepilló el pelo con energía sujetándolo con una pinza de jade que encontró entre sus pertenencias. Se pellizó las mejillas para ahuyentar la palidez de su rostro y, por último, se aplicó un poco de brillo de manteca en los labios.

Tras reconocerla, el médico le confirmó lo que ya intuía: sus piernas se recuperaban de manera favorable. Como medida de precaución, le recetó una pomada antiinflamatoria que debía aplicarse dos veces al día y para no forzar la pierna a la hora de andar, le recomendó utilizar una muleta de madera.

—Pienso hacer un viaje de varias horas en coche. ¿Cuándo cree que podré hacerlo?

—Por ahora, será mejor que guarde reposo —la aconsejó el médico precavido—. Dentro de unos días, si la pierna responde bien, no habrá problema.

A la hora del desayuno, decidió bajar al comedor con la ayuda de la muleta. Adriana se alarmó e intentó retenerla.

—Señora, puede ser peligroso, hay bastantes escalones. Yo le subiré el desayuno, como lo he hecho hasta ahora.

—No pienso quedarme encerrada más entre estas cuatro paredes. Si quieres ayudarme, baja conmigo.

Despacio y con cuidado bajó los veintitrés escalones que separaban la planta baja del piso superior. En el salón encontró a Robert sentado a la cabeza de la mesa. Estaba flanqueado por Andrés a un lado y por la dulce Verónica en el otro. Al verla aparecer, los dos hombres se levantaron desconcertados. La eterna sonrisa que la dulce Verónica lucía en el rostro se esfumó al instante.

—¿Se puede saber qué haces? —preguntó Robert en tono autoritario.

—¡Buenos días, a todos! —saludó ella de forma amistosa—. Me gustaría... desayunar.

—Señora, lo siento —se excusó Elena, apurada—. No he puesto cubierto para usted en la mesa. Como hasta ahora nunca había bajado...

—No pasa nada —la tranquilizó Natalia, al tiempo que esbozaba una de sus mejores sonrisas—. No podías saberlo. A partir de ahora, por favor cuente con mi presencia.

—Desde luego —se apresuró la mujer en contestar y entró en la cocina para traer un plato y cubiertos para la señora.

Al regresar junto a la mesa se quedó parada, puesto que los dos sitios cercanos a Robert estaban ocupados. Como nadie se pronunció al respecto, resolvió sentarla al lado de Andrés, hecho, que no pasó desapercibido y provocó cierta tensión. La dulce Verónica sonrió con malevolencia.

—¿Cómo está su pierna, Natalia? —le preguntó con su eterna coquetería.

—Señora Natalia, si no le importa —la corrigió ella acentuando la palabra «señora»—. Aun cuando eres mayor que yo, soy la señora de esta casa y me debes un respeto.

La institutriz enrojeció y buscó con la mirada el apoyo de Robert. Él se entretuvo con su rebanada de pan untada con mermelada y no se pronunció a favor de ninguna de las dos. Su rostro no denotaba emoción alguna, pero en su mirada se podían apreciar unas sombras oscuras, movedizas. Andrés carraspeó y terminó de beber su café.

—Sí, por supuesto, señora, disculpe mi atrevimiento. Robert —Verónica acentuó el nombre de pila del patrón— nos acaba de contar que, en breve, regresará con su familia. De forma definitiva.

Fue el turno de Natalia de teñirse de rojo y enviar destellos enojados hacia Robert. Como consecuencia de esa guerra de miradas cortantes, él se atragantó con el café. Enfiló a la dulce Verónica y, después se atrevió a enfrentar la mirada enfadada de su mujer. Se retaron unos momentos, después, Natalia inspiró una generosa bocanada de aire y lanzó su ataque final.

—Como puede ver, aún no me he marchado. —Levantó el mentón en un intento de controlar la situación y centró la atención en Elena—. A partir de ahora, te ruego que pongas un plato para mí en la mesa y, como es natural, que sea al lado de mi marido.

—Claro, señora —Elena le sonrió con amabilidad—. Además, si le apetece comer algo en especial, puede ayudarme en la elección de los menús, estaré encantada de contar con su opinión.

—Gracias, Elena, lo haré.

Comenzó a desayunar con tranquilidad, sintiendo que había ganado una pequeña batalla. Andrés fue el primero en abandonar el salón alegando que debía ir a los establos. Verónica lo siguió instantes después. Robert esperó paciente y, cuando ella terminó su desayuno, se levantó de la mesa y le dijo:

—Vamos, te ayudaré a subir a tu cuarto.

—No quiero regresar a mi cuarto —se negó—. Esta mañana quiero dar un pequeño paseo para conocer la hacienda.

—Es peligroso que des vueltas por ahí con esa muleta. Puedes caerte y hacerte daño. Además, el médico ha dicho que guardes reposo —dijo en tono tajante.

—No sé qué es lo que te molesta más, si el hecho de que esté por aquí interfiriendo en tus planes o el hecho de que no puedas mandarme cuanto antes a mi casa. Pareces ansioso por librarte de mí.

—¿Interfiriendo en mis planes? —preguntó clavando su mirada en la de ella—. ¿De qué hablas?

—Hablo de que aún no me he marchado y ya estás preparándote el terreno para tu futura conquista. Ten la cortesía suficiente y espera a que me marche. ¿Por qué has tenido que contar nuestros planes a la dulce Verónica y al administrador?

Robert exhaló un largo suspiro al tiempo que se preguntaba si él y esa mujer podrían entenderse alguna vez. ¿Cuánto les había durado el trato cordial? Menos de un día. En su opinión, Natalia se había salido con la suya, era la ganadora de aquella batalla, debería estar guardando reposo en la cama y no rizar el rizo, como lo estaba haciendo.

La ayudó a colocarse la muleta debajo del brazo y la invitó a dar un paseo en el jardín. Comenzaron a andar despacio y, tras una breve caminata, llegaron a un invernadero. Robert desplazó la cortina de la entrada y después de bajar unos escalones, accedieron a un interior húmedo y caldeado. Rosas de varios tamaños y colores les dieron la bienvenida. Un perfume intenso envolvía una estancia diáfana teñida de blanco, amarillo, rosa, rojo intenso y violeta. La vista era tan perfecta que cortaba la respiración.

—¿Ves esto? —preguntó él señalando las flores con gesto tenso—. Lo plantamos en tiempo récord para ti. Deseaba que tuvieras un lugar agradable, puesto que había visto la casa de tu familia llena de flores. Y, la gente que está conmigo, como Verónica y Andrés, me ayudó. Hoy por hoy, son mis mejores amigos, gente de mi completa confianza. No permitiré que menosprecies a

nadie con tus aires de gran señora. No dije nada delante de ellos para no humillarte, pero no abuses de mi paciencia. No permitiré que cambies el orden de mi casa solo para entretenerte unos días. Estás aquí de paso, no finjas que te importa esta hacienda, ni finjas que te importo yo.

—Robert, las cosas han cambiado para mí.

Se acercó lentamente y le tocó el hombro con delicadeza.

—No juegues conmigo, Natalia. Creía que teníamos un acuerdo. Lo hemos hablado esta mañana. Ya le escribí a tu madre, tu libertad te está esperando. Cuanto menos interfieras estos días en mi vida, más fácil será para mí aguantar tu partida. —Robert se alejó de ella y se sentó sobre una butaca de madera, dándole la espalda.

Natalia se acercó a él, dejó la muleta en el suelo y abrazó sus anchas espaldas. Apoyó la cabeza en su hombro y le dijo en voz baja, apenas audible:

—Robert, mírame por favor. He cambiado de opinión, quiero quedarme contigo.

Él se giró bruscamente y abrió muchísimo los ojos y su cuerpo entero se tensó.

—Has cambiado de opinión y quieres quedarte conmigo —repitió él atónito—. ¿Qué pasa contigo? ¿Intentas volverme loco? —gritó histérico y el eco de sus palabras retumbó en sus oídos—. Llevas días sin comer, casi te matas en tu intento de escapar, y cuando yo accedo a dejarte marchar, tú quieres quedarte. Este matrimonio para ti es un maldito juego. Cuando yo digo blanco, tú dices negro y viceversa. ¡Basta ya, Natalia! He sido paciente contigo, por... por mis sentimientos hacia ti. Deja de hacerme daño, he llegado al límite.

—Robert, escúchame, por favor —Natalia le prendió la cara entre sus manos y conectó con su mirada—. No se trata de un juego, se trata de ti y de mí. Dame una oportunidad, intentaré ser una buena esposa.

—¿Por qué? —La mirada desconfiada de Robert ardía al tiempo que intentaba calmar su mente alborotada—. ¿Qué ha cambiado de ayer a hoy?

—He sido egoísta, lo reconozco. Ni por una milésima de segundo me he puesto en tu lugar. Siempre he considerado todo lo que nos ha ocurrido desde mi punto de vista. Hasta anoche no había prestado el menor interés a tu vida. Mientras estuve atrapada debajo de la viga, sola y asustada, comprendí algunos de mis errores y eso me hizo recapacitar. Esta mañana, cuando estábamos hablando sobre mi libertad, me sentí muy desdichada. He caído en

la cuenta de que eres un buen hombre, honrado y de fiar. Me has demostrado de mil maneras que yo te importo. Quiero tener una oportunidad para enseñarte mi parte buena. Lo que has visto de mí hasta ahora, ha sido lo peor. Pero yo no soy así.

Robert consideró sus palabras luciendo una expresión indescifrable en el rostro. Abrió la boca para decir algo, pero recapacitó. Se levantó de la butaca y le dio la espalda, diciendo con amargura:

—Tu oferta llega tarde. No me fio de ti. Lo siento. Además, en toda esta ecuación me falta un dato importante. Si tú y yo nos damos una oportunidad, ¿qué pasa con el bueno, generoso y honrado capitán? Por mucho que intentemos tapar el sol con un dedo seguimos siendo tres, Natalia.

—El destino me ha llevado a ti. Enséñame a quererte y lo olvidaré.

Capítulo 31

Robert dejó a Natalia en el invernadero y caminó con paso apresurado hacia los establos. Encontró a Verdi pastando detrás de las cuadras. Agarró la silla de montar y llamó a su caballo quien acudió a su encuentro relinchando. Le acarició la frente con los dedos y apoyó su cabeza en el cuello del animal. Después lo ensilló, se acomodó en el asiento y le animó a correr. El húmedo aire de noviembre caló hondo en sus huesos, por lo que espoleó a Verdi para correr más deprisa. Pronto se sintió mejor y las garras que le habían encorsetado el corazón comenzaron a aflojarse.

Siguió cruzando los campos a gran velocidad. Delante de él, el paisaje se difuminó y, en su lugar, apareció el rostro ovalado de ella enmarcado por sus abundantes cabellos oscuros. Su mirada intensa cobraba protagonismo y sus últimas palabras le taladraban los oídos: «quiero quedarme contigo», «enséñame a quererte y lo olvidaré».

Natalia había hecho hasta lo imposible y más por librarse de él, y ahora que lo había conseguido, deseaba lo contrario. ¿Quién entendía a las mujeres?

Después de una hora de cabalgada cayó en la cuenta de que sus pensamientos se encontraban en el mismo punto. Seguían siendo tres.

Para aliviar la tensión que se había adueñado de su cuerpo, Robert regresó a los establos y trabajó junto a Andrés el resto de la mañana. Calcularon los litros de leche que producía la hacienda a diario y decidieron, entre los dos, las razas de vacas que querían comprar para aumentar la producción de lácteos.

—Necesitamos una raza especial, no me importa el tamaño de los animales, los utilizaremos solo para extraer la leche —decidió Robert, tras analizar el informe de Andrés.

El administrador había recomendado comprar unos hermosos ejemplares holandeses, se trataba de unas vacas medianas-grandes, blancas con manchas negras.

—Es una holstein, un ejemplar muy demandado y caro, cada una vale unas dos mil pesetas, pero merece la pena.

—Adelante —lo animó—, no entiendo mucho de animales, así que dejo esta decisión en tus manos. Encarga, para empezar, veinte ejemplares y

veremos cómo nos va.

Al mediodía, los dos hombres regresaron a la casa grande para comer. Nada más abrir la puerta del salón, les dio la bienvenida una estancia luminosa y acogedora. Las grandes cortinas de brocado habían sido apartadas en los laterales de los ventanales, permitiendo a los rayos de luz entrar en la casa. En las repisas y sobre la mesa, descansaban varios ramos de rosas multicolores que llenaban la estancia de olores agradables. Los pesados sofás habían sido cambiados de sitio, dejando a la vista un espacio abierto y fluido.

Robert miró desconcertado al administrador, quien levantó los hombros. Elena les dio la bienvenida sonriente.

—Pasen, en pocos minutos les serviré la comida, hoy tenemos cordero especiado.

—¿Qué le ha pasado al salón? —preguntó Robert mientras se acercaba a la mesa y tomaba una loncha de jamón.

—El salón necesitaba unos pequeños cambios —contestó Natalia, al tiempo que salía de la cocina—. El anterior arreglo hacía parecer la estancia oscura y cargada, espero que te guste, ahora tiene más luz y es más acogedora.

Robert se quedó con la loncha de jamón en la mano, sin llegar a probarla.

Momentos después, se sentaron a comer. Robert ocupó su sitio de siempre y apenas probó la comida. Natalia se sentó a su lado y charló animada con Andrés. Parecía relajada y contenta. Verónica ocupó la cuarta silla disponible, al lado del administrador. Apenas habló y, al igual que Robert, jugueteó con la comida.

—Hemos encontrado en el trastero un viejo piano —dijo Natalia alentadora—. Es una pieza antigua, pero todavía funciona. Si le damos un buen repaso de limpieza, estará en perfectas condiciones. He pensado llevarlo a la escuela y dar clases de música a los niños una o dos veces por semana. En las escuelas de las grandes ciudades, los niños disfrutaban de clases de pintura y de música, de esta manera, no aborrecen la enseñanza y amplían sus horizontes más allá de las disciplinas obligatorias.

—Señora Natalia —Verónica dejó el tenedor sobre la mesa y se limpió con cuidado las comisuras de los labios—. No sé si se da cuenta, pero aquí no estamos en una gran ciudad, estamos en medio del campo. Estos niños, más tarde o más temprano, sustituirán a sus padres en el trabajo y le puedo asegurar que, para cumplir con esta tarea, no será necesario que tomen clases de música ni que amplíen demasiado sus horizontes.

—Con todo el respeto, eso no lo sabemos —le respondió Natalia con tranquilidad—. Estoy segura de que un par de canciones a la semana les harán sentirse mejor.

—Estoy de acuerdo —se posicionó Robert al lado de Natalia, hecho que asombró por igual a las dos mujeres—. Los niños tienen pocas diversiones, es una idea excelente, Natalia.

En el rostro sonrosado de ella se alojó una expresión de júbilo.

¡Sí! Su marido... marido, ¿eh? ¡La había defendido! Todavía quedaba esperanza.

—Mañana mismo podríamos comenzar y si te parece bien, al menos por un tiempo, daré yo las clases. Toco el piano desde muy pequeña y me gustaría ocupar mi tiempo en algo útil.

Verónica se achicó en su silla, parecía de repente pequeña e insignificante. Fue la primera en abandonar el salón, abatida. Ya no parecía tan amable ni tan dulce. Andrés la siguió momentos después.

—¿Qué intentas hacer? —preguntó Robert cuando se quedaron a solas—. Te recuerdo lo que hemos hablado antes. ¿Por qué propones cosas que no podrás cumplir? Verónica tiene razón en una cosa, aquí estamos en pleno campo y te puedo asegurar que no abunda la gente que sepa tocar el piano.

Natalia probó un sorbo de café y lo contempló pensativa.

—Y sabiendo todo eso, ¿por qué no te has opuesto?

Capítulo 32

Natalia rebuscó entre la ropa que le había comprado su marido y encontró un salto de cama en tono dorado. Pensó que el color la favorecería y sería un bonito detalle apreciar sus regalos. Acudió al cuarto de baño y se dejó envolver por los aromas florales que su jabón desprendía. Media hora después, salió de la bañera y se probó el camisón. La suave tela se acoplaba de forma sutil a su cuerpo y realzaba el tono de su piel, haciéndola parecer más nítida y radiante. El amplio escote hacía justicia a sus pesados pechos que asomaban por el borde del camisón. Se cepilló el pelo con firmeza, dejándolo brillar en libertad sobre su espalda. Contempló su aspecto en el espejo del baño. Sus mejillas, sonrojadas por el vapor, le ofrecían un aspecto saludable y fresco. Los labios lucían húmedos y carnosos. El pelo negro descansaba en su espalda envuelta por el satén. Sonrió contenta. Natalia Vega lucía hermosa. Cojeando levemente, entró en su dormitorio. Encendió las tres velas del candelabro de plata y admiró el aspecto de su cuarto. Justo ese día habían llegado sus muebles y, el estampado floral de las paredes junto con la colorida colcha, imprimían a su dormitorio una apariencia jovial y desenfadada. Consultó el reloj, eran casi las diez de la noche. Se acercó al cuarto de baño y desde allí, tocó con suavidad en la puerta del dormitorio de Robert.

La potente voz de él le dio permiso para entrar. Vestía todavía la ropa que había llevado durante el día y estudiaba con atención un papel. Al verla entrar, levantó la vista hacia ella y se quedó impresionado por su aspecto, aunque lo disimuló muy bien. Su rostro permaneció sereno, solo una leve inclinación de las cejas denotaba revuelo en su interior.

—¿Necesitas algo? —preguntó en tono tranquilo.

—No, nada en particular —contestó al mismo tiempo que se acercaba a él y recorría con los dedos el perfil de su escritorio—. Solo darte las buenas noches y preguntarte si te apetece dormir esta noche conmigo.

—¿Te encuentras mal?

—No, al contrario. He conseguido bañarme y vestirme sola, la pierna aún me molesta un poco y cojeo al andar, pero por lo demás está perfecta.

—Me alegra oírlo —titubeó un momento perdido en la mirada luminosa de ella—. En ese caso, me sorprende tu petición. Natalia, aquí no estamos

jugando a las casitas de muñecas. ¡Toc, toc!, vente a mi casita, porque estoy aburrida.

Natalia acortó la distancia que había entre ellos. Posó las manos sobre su pecho y le dijo con voz entrecortada, cargada de emoción:

—No juego a las muñecas desde que tenía diez años. Compartir cama es lo que se supone que hacen los recién casados. Yo he cometido errores, cierto, pero tu cometiste los tuyos también. Por favor, olvida los últimos cuatro días, vamos a comenzar hoy nuestro matrimonio. En este instante. No me lo pongas difícil, ¡por favor! —repitió.

El rostro de Robert se contrajo y el bronce de sus ojos comenzó a resplandecer. La respiración entrecortada delataba la tormenta que había en su interior. Se debatía entre aceptar la oferta o rechazarla. Natalia le tomó una mano entre las suyas y depositó un beso caliente en su palma. Robert cerró los ojos y relajó los hombros. Ella aprovechó ese pequeño momento de rendición y se sentó sobre sus rodillas. Le abrazó por el cuello, acercó su boca generosa a la comisura de sus labios y le dijo mientras besaba su piel:

—Dime que sí, ven a dormir conmigo. Baja la guardia, ahora estamos del mismo lado. La guerra ha terminado.

—¿Solo vamos a dormir? —preguntó él con voz cargada de emoción al mismo tiempo que sus manos se posaban sobre la espalda de ella.

Natalia se sintió envalentonada por su gesto y depositó un beso suave sobre sus labios. Sus miradas se encontraron, se sostuvieron desafiándose. La noche que habitaba en los oscuros ojos de ella envolvieron el bronce luminoso de él. Robert cogió su rostro entre sus manos y penetró en su boca. Giró la cara y cambió el ángulo del beso para tener mejor movilidad. Natalia entreabrió sus labios y lo recibió húmeda y caliente. Él profundizó el beso, succionando y mordiendo el jugoso labio inferior de ella. Después se separó de ella y dijo con voz excitada:

—Cereza, tus labios tienen sabor a cereza. La primera vez que te vi en la hacienda de tus padres, pensé que debían de tener sabor a sandía.

—Sé que he sido cruel contigo. No fue a propósito. En más de una ocasión, he herido tus sentimientos. En vez de sandía y cereza, te he sobrecargado de veneno. Perdóname.

—Ni el más intenso veneno, puede con tu delicioso sabor —y sin esperar su respuesta, Robert volvió a sellar su boca mientras apartaba los tirantes estrechos de sus hombros.

La piel de ella comenzó a arder bajo los expertos tocamientos de él. Un tirante se deslizó sobre su hombro redondo dejando a la vista un lechoso pecho desnudo. Robert apartó el otro tirante y acercó su boca a su seno izquierdo. Pegó pequeños mordiscos y después succionó su pezón rosado, arrancándole jadeos ansiosos. Despacio, abandonó el seno izquierdo y dio el mismo tratamiento al derecho, rozando con su incipiente barba la sensible aureola. Ella arqueó la espalda, excitada. Robert abandonó los senos y volvió a besar su piel subiendo hacia su cuello. Natalia recuperó el control y lo apartó con suavidad. Prendió los tirantes con los dedos y volvió a colocárselos sobre los hombros, cubriendo sus pezones endurecidos y excitados.

—Robert, me da mucha vergüenza, hay velas y se ve con claridad. Dame tiempo para acostumbrarme a todo esto —su voz sonó tensa y entrecortada.

—Después de cinco gloriosos y aventureros días de casados, he ganado el derecho de verte con claridad.

Robert sonrió complacido. Puede que su mujer quisiera todavía al héroe de Marchena, pero su cuerpo le pertenecía a él. Aquella parte de ella había sido suya desde el principio.

«¡Ahora, sí!, el héroe perdía puntos. Su popularidad estaba cayendo en picado», pensó mareado de felicidad. Natalia era una mujer muy pasional. Y Robert sabía cómo desatarla. Acercó los labios a su muñeca izquierda y la mordisqueó.

—Además, no tienes por qué avergonzarte si a tu cuerpo le gusta algo. Me di cuenta en nuestra primera noche que tienes muy sensible la zona de los pechos. —Recorrió con los labios su brazo hasta llegar a la base del cuello—. Eso es natural y además es bueno, disfruta de ello y no te avergüences.

Ella se levantó como un resorte de sus rodillas. Le tapó la boca con su índice y le dijo con voz entrecortada:

—Cállate, aun cuando eso sea así, no puedes decirlo. ¡Esas cosas no se dicen! —decretó ella seria.

—Y, ¿quién me lo va a impedir? —Robert estalló en una repentina risa sincera y divertida—. Te recuerdo, señora Conde, que tu queridísima Virgen del Rosario nos ha bendecido.

—Te lo impido yo, y punto. —Natalia le prendió la mano y lo arrastró con suavidad hacia ella.

Robert se dejó guiar avanzando despacio hacia su dormitorio. Una vez

dentro, le dio la vuelta, le quitó el quimono y la empujó con suavidad sobre la cama. Se dejó caer sobre ella, aplastando sus curvas bajo su fornido cuerpo. Comenzó a mordisquearle el cuello, subiendo la tensión y la temperatura de la habitación. Sus manos expertas le acariciaron el perfil de su espalda bajando de forma lenta hacia sus caderas. Dibujó unas eses sensuales sobre las generosas nalgas de su mujer y finalizó su recorrido en la humedad de ella, que le recibió dispuesta y ansiosa de más. Sus bocas se buscaron de forma apremiante y experimentaron un beso pasional y necesitado. Una creciente ola de excitación nació en el interior de Natalia al sentirse sacudida por los movimientos circulares que formaban los dedos de él dentro de ella. Experimentó un intenso deseo de tocarlo por lo que se removió debajo de su cuerpo y cambió de postura, para colocarse sobre él. Comenzó a recorrer la línea de su torso con las yemas de sus dedos, bajando con timidez hacia su fardo que la recibió duro y erguido. Se entretuvo un tiempo en acariciarlo y, al advertir que aquellos movimientos provocaban un inmenso placer en Robert, intensificó el tensor friccionándolo con más ímpetu. Robert se acomodó un poco sobre una almohada y la cogió por las nalgas dejándola justo encima de él. Maravillada, se dejó guiar por sus manos expertas y al advertir que la colocaba sobre su fardo se estremeció de placer. Su humedad encendida absorbió aquella protuberancia sin apenas esfuerzo. Las manos de Robert posadas sobre su cintura le marcaron un ritmo que ella encontró muy sensual y placentero. Muy pronto sus propios deseos la hicieron aumentar el ritmo buscando encontrar alivio a la cada vez más creciente ola de deseo. Las manos de él le acariciaban la espalda de un modo placentero mientras que su boca atrapaba uno de sus pezones excitados para darle un trato exquisito con la lengua. Todas esas sensaciones unidas al baile de embiste y retirada hicieron que el interior de Natalia explosionara y se dejara llevar a un mundo fascinante que acababa de abrirse delante de ella. Extasiada, disfrutó de la intensidad del orgasmo mientras se abandonaba en los brazos de un excitado Robert, que fue arrastrado tras ella por la marea de la pasión y el deleite.

Tras la ardiente unión Natalia se relajó, acurrucada en los brazos fuertes de su marido. Su mejilla sonrosada descansaba sobre el pecho desnudo de él. En los rostros de los dos estaba dibujada la misma expresión de dicha y serenidad.

Capítulo 33

Robert tenía, de nuevo, ocho años. Bajo sus pies descalzos crujía la nieve helada. Intentaba evitarla, guiando sus pies hacia otro lado, pero el hielo se había extendido por todas partes dejándolo encerrado. Levantó la vista hacia el cielo como si estuviera esperando un milagro, y observó desolado que el mismo estaba teñido de un blanco cegador. Se afanó en andar, pero la capa de nieve se volvió cada vez más gruesa y, finalmente, sus delgados pies quedaron atrapados. Con valentía, consiguió liberarlos y siguió adelante, hasta que la nieve le cubrió la cintura, cercándolo de nuevo. Aterrado comenzó a mover las piernas, sin embargo, en esta ocasión no consiguió liberarlas. Abrió los ojos de golpe y la cálida respiración de Natalia junto a su pecho le devolvió a la realidad. Sus piernas estaban entrelazadas con las de ella, y en vez de la fría nieve, estaba arropado por su cuerpo suave y caliente. Se tocó la frente empapada de sudor.

¿Cuánto tiempo llevaba sin tener aquella pesadilla?

Apartó el cuerpo de Natalia con cuidado y se levantó de la cama. Su cruel infancia regresaba a él para espantarle la paz recién alcanzada. Había conseguido la rendición de ella. En sus brazos había encontrado pasión, belleza y calor. En las profundidades de su cuerpo, había alcanzado el clímax y la felicidad total. Era la primera vez que poseía a una mujer en cuerpo y alma. Se acercó a la ventana y divisó a través del gran ventanal la salida del sol y los primeros atisbos del día. Se quedó callado intentando fundir dentro de él la plenitud y el miedo. Plenitud y gozo, por los sentimientos encontrados junto a ella, y miedo por los recuerdos y los temores del pasado. Tras esa batalla en su interior volvió a la cama. Ahora ella era su familia.

Era completamente de día cuando sintió el voluptuoso cuerpo de Natalia pegarse al suyo. Envuelta en sábanas, lo abrazó y le besó en un punto entre el cuello y el hombro.

—Estás helado —dijo mientras le friccionaba la espalda para hacerle entrar en calor—. Y pareces muy triste.

Robert giró la cabeza, la miró de soslayo y le besó los labios.

—No estoy triste, solo he tenido una pesadilla. Me persigue desde niño.

—Lo siento. —Natalia aplastó sus pechos contra su espalda y le abrazó

con fuerza. Él tuvo que cerrar los ojos para contener unas ganas repentinas de llorar. Se reprendió y consiguió dominar sus emociones—. Yo nunca tengo pesadillas, solo... algunos malos sueños desde que encontré a mi padre sin vida.

—Eso es bueno, me imagino que tu infancia habrá sido feliz —Robert se volvió hacia ella, le rodeó el cuerpo y le besó el hombro desnudo.

—Sí, supongo que sí —afirmó pensativa y mirándolo a los ojos, preguntó—: ¿Qué ocurre en tus sueños?

—Soy un niño, tengo ocho años y no llevo zapatos. Los pies descalzos pisan la nieve. El resto te lo puedes imaginar.

—¿Nieve? —preguntó confusa—. Si pasaste tu infancia aquí, me imagino que ni siquiera habrás visto la nieve. Es un sueño extraño.

—Es cierto, no sé por qué aparece en mis sueños. Mis pies se hunden y me quedó atrapado —Robert se estremeció—. Y tengo mucho frío.

Natalia le besó la cara, los ojos, y por último los labios con dulzura.

—Ya no estás solo, yo te abrazaré y no permitiré que tengas frío —declaró ferviente.

—Entonces, ha merecido la pena esperarte y pasar por el mismísimo infierno hasta tenerte.

Natalia se ruborizó, complacida. Se acurrucó en sus brazos y tras unos placenteros momentos de paz, preguntó:

—Nunca me has contado como conociste a mi padre. Siempre me lo he preguntado puesto que, no pegáis mucho ni le había escuchado jamás hablar de ti.

Robert se sobresaltó ligeramente. Pese al ardiente cuerpo de Natalia pegado al suyo, le invadió una potente corriente helada.

—Nos conocimos en un torneo de póquer —decidió contar la verdad.

—¿En el último?, ¿estuviste? —preguntó, inquieta.

—Sí, estuve —reconoció, deseando con toda su alma que aquella conversación no tuviera lugar.

Nieve, fuego. Pasión, dolor. Rechazo. Miedo.

—Entonces, ¿sabes quién es el hombre que le robó las propiedades? —la voz de ella se volvió cortante y su cuerpo se tensó expectante.

—Esas cosas no son como tú crees —intentó sosegarla—. El póquer es un juego donde la gente apuesta por voluntad propia. Si tienes suerte, ganas, si no, pierdes. Sin más. Tu padre arriesgó lo suyo, pero por decisión propia.

Sabía muy bien a qué se exponía.

—No, Robert, no lo sabía. Para mí que ese hombre lo engañó. Mi padre nunca hubiese arriesgado el sostén de su familia. ¡Odio a ese hombre! — declaró enervada—. Por su culpa mi padre falleció.

—Tu padre entró en el juego arriesgando lo suyo porque quiso, el hombre que le ganó la mano, no tiene la culpa. Después, el arrepentimiento hizo el resto. No te atormentes, no hay más.

Robert se odió a sí mismo por no tener el valor de contarle la verdad. Pero ¿cómo podía arriesgarse a una nueva caída? Apenas habían pisado suelo firme, no estaba dispuesto a probar de nuevo las arenas movedizas.

—Sí que hay más —Natalia se separó de él recorriendo con su vista el despertar de la hacienda—. Mi padre se colgó de la viga de su despacho, así que no sigas defendiendo a su asesino en mi presencia. Te lo ruego.

—¿Tu padre se ahorcó? —su voz sonó más asombrada de lo que pretendía.

—Sí, mi madre lo encontró. Cuando yo llegué, intenté ayudarlo, lo cogí en brazos y aguanté su peso hasta que llegaron los criados, pero ya era demasiado tarde. —Sus oscuros ojos se nublaron al borde de las lágrimas.

Robert la abrazó con cariño y le besó el pelo con delicadeza, al tiempo que una inquietante preocupación se coló dentro de su cabeza.

—Ya pasó todo —la reconfortó él sin saber qué otra cosa podía decir—. Fue un cúmulo de malas circunstancias, no pienses más en ello.

—Tienes razón. —Accedió limpiándose las lágrimas—. Es nuestro primer despertar en condiciones como pareja y, en vez de estar felices, nos estamos ahogando en penas pasadas. Yo te prometo que a mi lado tus pesadillas desaparecerán y, a cambio, me tienes que prometer que me ayudarás a vengar a mi padre. El hombre que provocó su muerte tiene que pagar.

Robert esbozó una media sonrisa y no tuvo el valor de mirarla a los ojos.

—¿Qué hacemos hoy? —quiso saber ella, momentos después.

—Lo que tú quieras —le contestó—. La mañana parece gris, podríamos quedarnos aquí todo el día. Es el mejor plan que se me ocurre.

Abrazó su cuerpo desnudo, dibujando círculos sensuales sobre su espalda. Ella suspiró mimosa y se dejó envolver por los brazos fuertes de su marido.

—Tienes una piel y un olor especial —su potente voz sonó cargada de emoción—. Tengo suerte de tenerte.

—Tus brazos fuertes me inspiran confianza y seguridad. Tengo suerte de tenerte.

Capítulo 34

Para recuperar el tiempo perdido y disfrutar el uno del otro, Natalia y Robert decidieron pasar el día entero en su dormitorio.

—¿Qué dirán los criados si no bajamos? —se preocupó Natalia al observar que el sol reflejaba tímidos rayos desde lo alto del cielo—. Debe de ser tardísimo.

—A estas alturas, ¿qué más da? —Sonrió divertido—. Desde tu llegada, los criados y los campesinos están más que entretenidos.

—¡No digas eso! —lo amonestó.

—¿No es verdad? —Robert se acomodó la almohada debajo de su espalda desnuda y la colocó sobre él—. Primero, aparecimos antes de tiempo, enfadados y malhumorados. Tú te encerraste en tu habitación como un fantasma y yo dormí fuera de casa. Después, te escapaste y para encontrarte dimos la voz de alarma en plena noche. ¿Qué importa si la gente tiene un poco más de diversión a nuestra costa?

—Ya lo sé —añadió entre molesta y divertida—. Por eso mismo creo que deberíamos bajar. Mañana me moriré de vergüenza al mirar a Elena y a Adriana a los ojos.

—Y yo me moriré si no disfruto ahora mismo de tus voluptuosas curvas.

Robert se acercó a su cuello y comenzó a besarlo. Natalia olvidó sus buenos propósitos y las miradas reprobatorias del ama de llaves y de su criada. Se derritió bajo las expertas caricias de él al tiempo que exploraba su cuerpo. La pasión se desató envolviendo a la pareja en dicha y felicidad. Abrazados y exhaustos se quedaron dormidos.

Unos golpes en la puerta los despertaron una hora más tarde.

—Señora Natalia, ¿puedo pasar? —preguntó Adriana desde el otro lado de la puerta.

—Hoy no queremos que se nos moleste —respondió Robert, al tiempo que estiraba la colcha y cubría el cuerpo desnudo de Natalia y el suyo propio—. No necesitamos nada. Gracias.

—Se trata de... creo que... es una emergencia —insistió apurada.

Robert salió de la cama fastidiado. Natalia se despertó y estiró los brazos con pereza por encima de su cabeza. Sus pechos enrojecidos provocaron en

Robert un deseo casi doloroso. Se puso la camisa, sin abrocharla, y los pantalones lo más rápido que pudo. Se pasó la mano por su alborotado cabello y antes de salir lanzó una última mirada hacia ella. Su cara encendida y sus labios hinchados le ofrecían un aspecto salvaje y encantador. Le lanzó un beso imaginario al aire y, con pesar, dejó de mirarla y abrió la puerta.

—¿Cuál es la emergencia? —preguntó con una cierta brusquedad.

—Acaba de llegar un carruaje que ha traído a una señorita de la ciudad acompañada por dos criados. Dice que es la hermana de la señora.

—Invítala al salón y ocúpate de los criados. Enseguida bajaremos —le indicó resolutivo.

Adriana asintió y regresó sobre sus pasos. Robert se acercó a Natalia y depositó un beso apasionado sobre sus labios hinchados y húmedos.

—Vamos, dormilona, tenemos que vestirnos. Acaba de llegar tu hermana.

—¿Delia está aquí? —Natalia abandonó la cama de un salto.

—Sí, me temo que le ha llegado la carta a tu madre y la habrá enviado para recogerte.

Se asearon con rapidez y se vistieron cada uno en su propio cuarto. Un rato después, bajaron al comedor. Delia estaba sentada en un sillón, y nada más ver aparecer a su hermana salió disparada a su encuentro. Natalia estrechó su cuerpo delgado entre sus brazos y le apartó el pelo enmarañado de la cara.

—Delia, cariño, ¡me alegro tanto de verte! —Le besó la frente con afecto—. Has hecho un viaje muy largo. Ven, vamos a tomar un refrigerio.

—Te he echado mucho de menos —declaró su hermana con la mirada vidriosa—. La casa sin ti está triste. Y madre llora porque piensa que no eres feliz. Traigo dos cartas, una para ti y otra, para tu marido. Te lo digo por si se me olvida.

—¡Ay!, pobre madre, la he preocupado por nada —se lamentó angustiada.

Robert se acercó y besó la mano frágil de su cuñada. Esta le miró desconcertada como si no lo conociera de nada.

—Soy Robert, el marido de tu hermana —dijo él, alargando las palabras más de lo necesario.

—Ya sé quién eres —respondió ella serena—. Tengo mis momentos malos, pero también hay días buenos en las que me acuerdo de todo. Hoy es uno de ellos.

—Me alegro mucho entonces. Tendrás hambre, vamos a la mesa.

Charlaron animados mientras disfrutaron del almuerzo. Cuando Elena dejó

sobre la mesa dos hogazas de pan recién hecho, junto al jamón y a la deliciosa mantequilla, Robert se dio cuenta de que estaba hambriento. Natalia también comía con muchas ganas y en más de una ocasión, sus miradas se encontraron y compartieron en silencio mil y una palabras de felicidad.

Capítulo 35

Natalia pensó que esa noche debería dormir con su hermana. No podía arriesgarse a dejarla sola en una casa desconocida. Era más que probable que olvidara donde estaba y saliera por los pasillos en plena noche. Además, la había echado mucho de menos y quería abrazar su cuerpo frágil y escuchar su respiración.

—No sé cómo aguantaré una noche entera sin ti —se quejó Robert al escuchar los planes de Natalia—. Te echaré muchísimo de menos. Parece que estoy condenado a no pasar más de una noche seguida contigo.

—Ya lo sé —le dijo ella con dulzura mientras depositaba un beso ardiente sobre sus labios—. Mi hermana se quedará solo un par de días. Te prometo que, después, te compensaré. Y mucho.

—En ese caso, aguantaré —bromeó mientras le devolvía el beso con fervor—. Además, si quieres, tu hermana puede quedarse un tiempo a vivir aquí con nosotros. Dispondrá de libertad para moverse y no estará tan encorsetada como en la ciudad. ¿Quién sabe? Puede que el aire del campo le favorezca. Pero tengo una condición —aclaró.

—Sería maravilloso tener a Delia aquí, ¡conmigo! —exclamó con la mirada resplandeciente—. ¿Cuál es la condición para que pueda quedarse?

—Que aprenda a dormir sola o con una criada —declaró con fingida seriedad.

Natalia le acarició con las yemas de los dedos la línea de sus pectorales, después dijo pensativa:

—Me parece un trato justo —y estallando en una repentina risa cristalina, añadió—: Te das cuenta que desde que nos casamos, ¿no hacemos más que sellar tratos?

—Es verdad —Robert estrechó su mano entre las suyas y depositó un beso casto en su palma—. Yo soy un estupendo negociador, pero tú tampoco lo haces nada mal.

—La diferencia es que a las mujeres no se nos toma mucho en cuenta —dijo pensativa.

—Yo sí que te tomo en cuenta. —Robert hundió los dedos en sus hombros y comenzó a besuquearle el cuello—. Tengo muchos planes para la hacienda,

si te apetece puedo dejar algún negocio en tus manos.

—¿De verdad?!

Los ojos de ella brillaron con fuerza. Se giró y buscó su boca. Momentos después se separó de él con la cara encendida y el pelo alborotado.

—Bueno, me tengo que ir. Delia me estará esperando y, todavía, no he leído la carta de madre.

—Si me echas mucho de menos por la noche, puedes escaparte y venirte a mi cama —le sugirió mientras desprendía las manos de su cuerpo—. Cuando tu hermana se haya dormido.

—¿Puedo hacer eso? —preguntó sorprendida.

—Oh, sí, ya lo creo que puedes —asintió y añadió con ironía—: ¿Quién es la experta en huídas aquí? Dos intentos en una semana, no está nada mal.

—No te burles de mí —le reprendió mientras le lanzaba un beso al aire.

—¿Natalia? —la llamó y se giró sorprendida. Sus miradas chocaron con intensidad—. Te quiero. Buenas noches.

—Buenas noches —se despidió aparentemente serena y cerró la puerta a sus espaldas.

En el cuarto de baño contiguo se paró y aguantó con la mano el veloz trote de su corazón. Asimiló en silencio las palabras llenas de significado que Robert le acababa de decir y se sorprendió sonriendo. Robert la quería. Se percató en ese momento de que su corazón no estaba trotando dentro de su pecho, sino que estaba dando saltos de alegría.

Cuando entró en el dormitorio, vio a su hermana rebuscando algo dentro de una bolsa.

—Delia, cariño, ya estoy aquí contigo. Ven, te ayudaré a ponerte el camisón.

—Toma, la carta de madre. —Y su hermana le entregó un sobre cerrado.

Natalia la cogió y despegó el sello de cera con impaciencia. La irregular caligrafía de su madre, le dio la bienvenida.

Querida Natalia,

Lo primero que quiero hacer es pedirte disculpas por cómo he gestionado tu vida y tu matrimonio. Me acabo de enterar, por la carta de Robert, de que las cosas no van bien entre vosotros y que quieres regresar a casa. Tengo que admitir que tuve mis dudas en aceptar darle tu mano, pero confié en que no era un mal partido para ti. No pretendo que entiendas mis razones, puede que cuando seas madre y tengas una hija, comprendas el afán de las madres en elegir un buen marido para ellas. En tu caso, ha salido mal y estoy muy arrepentida. No hace falta que te diga que eres más que bien recibida en tu vuelta a casa. No

demores tu llegada, espero con ganas volver a teneros a las dos aquí conmigo. Cuida de Delia.

Un abrazo muy fuerte.

«Madre».

Los ojos de Natalia comenzaron a nublarse, era la primera vez que su madre reconocía un error y mostraba su arrepentimiento. Resultaba que la dura Patricia también tenía un corazón dentro del pecho, como todos los mortales.

Dejó la carta sobre la mesa y ayudó a su hermana a desprenderse del vestido que llevaba puesto. Le provocó mucha pena ver su cuerpo desnudo, tan frágil y delgado. La ayudó a ponerse un cómodo camisón de franela y le trenzó el cabello, sujetándoselo con una pinza detrás de la nuca. Delia, a su vez, trenzó los cabellos de Natalia mientras le contaba anécdotas y chismes de Marchena.

—Cómo me gusta trenzar tu pelo. En tu ausencia comencé a trenzar el pelo de las criadas. Imagínate lo histérica que se puso madre cuando se enteró.

—Me hago una leve idea —Natalia estalló en una risa sincera y cuando estuvieron preparadas para dormir, apagaron las velas y se metieron las dos en la cama. La única lámpara de la pared arrojaba una luz tenue sobre el cuarto.

—¿Sabes que el chico de ojos azules, el capitán del Regimiento de infantería N.5 de Marchena, vino a buscarte a la casa?

—¿Sergio? ¿Cuándo? —el pulso de Natalia comenzó a acelerarse.

—El mismo día de tu boda, pocos minutos después de haberte marchado con tu marido —contestó su hermana.

—¿Y le dijiste el nombre de la hacienda? —preguntó más turbada de lo que pretendía.

—No me acuerdo, pero creo que no. Estaba muy agitada, tu repentina marcha me había afectado mucho. —Delia dejó su cabeza descansar sobre el hombro de Natalia y dijo con voz temblorosa—: Lo siento, te he fallado.

Natalia acarició las trenzas de su hermana y dijo con cariño:

—No me has fallado en nada, es mejor así. Ya estoy casada con Robert y seguiré con él. Hemos tenido nuestras diferencias, pero ya están arregladas. No volveré a casa, me quedaré aquí con mi marido. Es más, si tú quieres, puedes quedarte con nosotros un tiempo. Robert mismo te ha invitado.

—Tu marido parece un buen hombre —dijo ensimismada—, pero yo sé una cosa sobre él, que hará que lo odiamos.

Natalia abrió los ojos con interés. Se giró hacia su hermana y le preguntó

sorprendida.

—¿Qué sabes de Robert?

—No me acuerdo, pero sé que es algo malo —respondió apretándose las sienes para poder recordar.

—Déjalo, no te aflijas —la tranquilizó con voz comprensiva—. No puede haber nada malo sobre él, porque es un hombre bueno, generoso, listo y de gran corazón. Dudo mucho que haya podido hacer algo que me disgustase.

—No sé si quiero quedarme aquí —dijo Delia, medio adormilada—. Me da mucha pena dejar a madre sola. Y también me da mucha pena el capitán de los ojos azules. Creo que está sufriendo mucho por haberte perdido.

—Madre es fuerte como el acero, no te preocupes por ella y, en cuanto a Sergio, se repondrá. Si yo fui capaz de ilusionarme de nuevo, él también se enamorará de otra chica, más tarde o más temprano.

Natalia estuvo dando vueltas en la cama, mucho tiempo después de que su hermana se hubiese dormido. Los ojos azules de Sergio le llegaron a la retina, bañados en lágrimas. Ella intentó consolarlos, pero los ojos color bronce se interpusieron. Se despertó sobresaltada. Robert estaba en lo cierto, en las relaciones de tres, siempre había un perdedor.

Capítulo 36

El día siguiente amaneció nublado y una fina llovizna caía de forma incesante. A pesar del triste gris, en la casa grande se escuchaban risas y conversaciones divertidas alrededor de la mesa del salón, donde varias personas compartían el desayuno. Delia resultó ser un bálsamo reparador, un puente entre la institutriz y Natalia y, debido a su presencia, las dos mujeres se dieron una tregua y dejaron de enviarse indirectas y palabras con doble sentido.

Una vez finalizado el desayuno, Natalia junto a Delia y la dulce Verónica, se encargaron de llevar el piano a la escuela y prepararon lo necesario para impartir las clases de música. Robert se despidió de ellas y, a pesar de la lluvia, tomó el coche de caballos y se marchó a Vejer. Durante el trayecto, sacó el abultado sobre que le había enviado su suegra. Releyó su carta al tiempo que una corriente helada traspasaba su cuerpo.

Estimado Sr. Conde,

Tengo que admitir que su carta me ha afligido, pero no me ha sorprendido. Bien sabe que, con respeto a usted, siempre tuve dudas y reservas. Me arrepiento muchísimo de haber emparentado con usted. Ha sido como pactar con el diablo, al fin y al cabo, usted entró en mi casa exigiéndome el dinero o mi casa y de esa manera tan particular, pasamos a estar en su poder. Natalia se parece a su padre, tiene el sexto sentido muy desarrollado y, por esta razón, se ha mostrado tan tajante con respeto a usted. Algo dentro de ella le decía que, usted, no era el hombre apropiado para ella. Sin embargo, agradezco su paciencia y sus buenas intenciones al liberar a Natalia. No quiero que, debido a la decisión del matrimonio, tenga usted que exigirnos la deuda pendiente, por lo que en el sobre encontrará las cincuenta mil pesetas que le debo. Quédese el dinero y considere nuestros tratos cerrados para siempre. A cambio, le exijo que envíe de vuelta a mis dos hijas lo antes posible.

Con mis mejores deseos.

Sra. Patricia Vega.

Robert dejó la carta sobre su regazo y recorrió con la vista los campos empapados por la lluvia. Desde que había recibido la carta de su suegra, no había podido quitarse de encima el mal presentimiento. Abrió el abultado sobre y el fajo de billetes empeoró su estado. Se sintió de repente muy sucio. Nunca se paró a pensar en sus ganancias de juego, ni sabía cómo afrontaban los infortunados las pérdidas materiales o monetarias.

En general, la gente que perdía jugando contra él pertenecían a la clase alta

de la sociedad y se suponía que podían asumir las pérdidas sin mayores problemas. Sin embargo, ahora sabía que no siempre era así. El padre de Natalia había acabado con su vida dejando a su mujer y a sus hijas desprotegidas.

Se preguntó por qué Patricia le había enviado el dinero. Aun cuando se hubiera distanciado de Natalia, no hubiese reclamado el dinero. Le hacía ver su matrimonio como algo sucio y vulgar. Y no era así. Comprendió que no había lanzado la propuesta del matrimonio por pena ni por sentirse culpable, lo hizo porque se enamoró de Natalia desde el primer instante en el que la vio.

Deseó poder regresar en el tiempo y hacer las cosas de forma diferente. El trato que había hecho con su suegra le estaba condenando a vivir el resto de sus días con una bomba de relojería encima de su cabeza.

Desesperado, golpeó la ventanilla del coche apremiando al conductor para que avanzara más deprisa. La fina llovizna pronto se convirtió en una tormenta otoñal y, unos rayos luminosos seguidos de truenos ensordecedores impresionaron a los caballos que relinchaban asustados.

Se intentó animar y, más sosegado, pensó que las cosas se arreglarían de alguna manera y su secreto quedaría a salvo, pero los malos pensamientos no dejaron de atormentarlo durante todo el camino. Sabía que los Vega no disponían de liquidez y se preguntó cómo pudo haber conseguido Patricia el dinero. Si hubiese pedido un préstamo, que era lo más lógico, entonces al menos una persona ya conocía el destino del dinero. Y un asunto tan poco común se extendería como la pólvora. Al final, tarde o temprano, la noticia llegaría a oídos de Natalia. Las conjeturas se convirtieron en desesperación y cuando el coche paró delante de una agencia de correos, entró y pidió que un coche viajase de urgencia a Marchena para llevar el dinero de vuelta. No soportaba tener ni un segundo más ese dinero en su poder.

—Necesito enviar una suma de dinero y una carta a Marchena. Pagaré bien, pero tiene que llegar hoy mismo. Es una emergencia —le pidió ansioso al funcionario que atendía el mostrador.

—Si fuese un día normal y corriente, no habría problema. —La poblada barba del funcionario se levantó hacia arriba al abrir la boca desvelando una hilera de dientes amarillos—. Pero mire que tiempo hace. La tormenta asusta a los caballos y los caminos están embarrados, por lo que los coches no salen hoy, lo siento.

—¡He dicho que es una emergencia! —Robert reprendió al hombre con la

mirada—. No se puede paralizar un país porque estén cayendo tres gotas de lluvia. He vivido en el extranjero y hay lugares en el mundo donde llueve todo el año y, no por ello dejan de trabajar. Pago mil pesetas, pero quiero un coche preparado delante de la oficina en diez minutos. Justo el tiempo que yo necesito para escribir una carta. Vaya a prepararlo.

Robert no supo que motivó más al funcionario, si el dinero o los gritos recibidos, sin embargo, salió del despacho apresurado y, momentos después, un carruaje apareció delante de la oficina. Releyó la carta que estaba a punto de enviarle a su suegra.

Mi querida Sra. Patricia,

He quedado profundamente entristecido al recibir el dinero. Ya no es necesario. Aun cuando me distanciara de su hija, no aceptaría ese dinero. Hicimos un trato y usted ya cumplió su parte, si mi matrimonio con Natalia no funcionara, de ninguna manera se lo reclamaría. Siento haberme precipitado en enviarle la carta el otro día. Desde entonces, las cosas han cambiado y Natalia no va a abandonar Montenmedio. Nos hemos dado una segunda oportunidad, todas nuestras desavenencias han quedado resueltas. El mensajero le va a entregar el dinero, ruego le dé el uso que considere y no vuelva a mencionarlo jamás. Asimismo, le pido que olvide el asunto de las escrituras, ni usted ni yo queremos que Natalia sepa la verdad. Por mucho que ahora se arrepienta, estamos emparentados y, por el bien de Natalia, debemos callar nuestro acuerdo previo a la boda. Delia ha llegado bien y le favorece el aire de campo, por lo que se quedará una temporada con nosotros si le parece bien, claro. Si extraña a sus hijas, está invitada a visitarnos cuando lo desee. Quedo a la espera de sus noticias.

Sin otro particular, le envió mis más sinceros saludos.

Su yerno, Robert Conde.

Capítulo 37

Robert saltó de la cama apresurado cuando escuchó llegar un carruaje. Esperaba ansioso recibir la respuesta de su suegra, puesto que habían pasado dos días desde que le había escrito. Miró por la ventana y reconoció el coche de caballos de Vejer. Se vistió de prisa y bajó los escalones con rapidez. Al entrar en el salón se encontró a Adriana quien le avisó que, efectivamente, había recibido una carta. Robert la agarró con manos temblorosas y volvió a subir los escalones a gran velocidad. De vuelta a su dormitorio, rompió el sello y comenzó a leer la carta.

Querido Robert,

En esta ocasión, sí que me ha sorprendido su carta. Es muy curioso que, en tan solo un día haya arreglado su matrimonio con Natalia. Si es así, no puedo sentir otra cosa que alegría. Acepto su invitación y en unas semanas iré a ver con mis propios ojos el milagro. En cuanto a nuestros otros asuntos, para mí están zanjados y olvidados. Nunca más hablaremos sobre ellos por el bien de Natalia a la que queremos los dos. Le agradezco que haya permitido que Delia se quedara un tiempo con su hermana, cuando vaya a visitarlos, me la llevaré de vuelta.

Me despido y les deseo todo lo mejor.

Sra. Patricia Vega.

Robert dejó la carta sobre la mesa y comenzó a respirar de nuevo con normalidad. Había conseguido alejar la tormenta y, por fortuna, los desperfectos se habían arreglado a tiempo. Se tomó un momento para arreglarse y después bajar a desayunar.

Escuchó ruido en el baño contiguo, por lo que se acercó y llamó con los nudillos a la puerta. La voz de Natalia le dio permiso para entrar y, antes de darle los buenos días, se abalanzó sobre ella y la abrazó con fuerza.

—¿Qué he hecho para merecerme este trato nada más despertarme? —preguntó ella riendo.

—Es el efecto de dos noches sin dormir —le aclaró mientras se apoderaba de su boca y comenzaba a besarla con desesperada necesidad—. Esta noche regresas a mi cama, me lo prometiste.

—Acordamos dos días y, un trato es un trato —Natalia posó la mano en su pecho y le empujó con suavidad hacia la salida—. Ahora vete, he de cambiarme y arreglarme, hoy daré mi primera clase de música en la escuela y

estoy muy nerviosa.

—¿A qué hora es la clase? —se interesó—. Me gustaría asistir.

—Robert, quiero tomarme estas clases muy en serio y no puedo permitir que asistas, por mucho que tú seas el patrón. Cualquiera tarde que quieras, acudiremos a la escuela y tocaré para ti.

—Me quedo con tu promesa, escucharte tocar el piano solo para mí será sin duda emocionante. Y podríamos dejarnos llevar y...

Natalia lo sacó del baño y, mientras cerraba la puerta, le gritó:

—¡Estás enfermo!

—¡Lo estoy y solo tú puedes curarme! —gritaba él desde el otro lado de la puerta.

Veinte minutos más tarde se encontraron en el comedor. Debido al aire del campo, el rostro de Delia había adquirido un saludable tono rosáceo y un brillo de emoción iluminaba el verde desteñido de su mirada. Estaba ansiosa por asistir a la primera clase de música que daría su hermana.

—No es justo que Delia pueda asistir y yo no —se quejó Robert mientras extendía una gruesa capa de paté en un trozo de pan.

—Yo soy la ayudante —apuntó Delia con orgullo.

La dulce Verónica suspiró con resignación y se abstuvo de hacer comentario alguno. Robert sonrió relajado y comió con ganas una buena porción de tortilla con jamón. Se llevó la taza de café recién hecho a la boca, pero no llegó a poner los labios en el borde de la misma, cuando observó cómo Delia pegaba un brinco y saltaba de la silla presa de un importante estado de agitación. Pestañeaba con rapidez y lanzaba en dirección hacia él una mirada acusadora. Natalia se alarmó e intentó apaciguarla. Verónica y Andrés intercambiaron miradas desconcertadas.

—Delia, cariño, siéntate —la tranquilizó Natalia con voz agradable—. ¿Qué te ocurre?

—Acabo de acordarme —dijo ella sobrecojada, al tiempo que señalaba a Robert con el dedo índice—. Ya sé quién es Robert Conde.

—Todos sabemos quién es Robert Conde, querida —dijo Verónica con ironía.

Robert intentó buscar la mirada de Natalia, pero no consiguió conectar con ella. La vio palidecer como si hubiera esperado la peor noticia de su vida.

—Madre dice, a veces, que Robert es el culpable de nuestra desgracia —Delia hizo una pausa y continuó, alterada—: Él es el hombre que se quedó con

las escrituras de padre.

Robert sintió que debajo de su silla se acababa de formar un agujero hondo y oscuro. Antes de enfrentar a Natalia, deseó poder desaparecer.

—Eso no es posible, cariño —Natalia le hablaba a su hermana con voz cálida y consiguió sentarla de nuevo—. Robert era amigo de padre, él se encargó de pagar la deuda. Lo habrás entendido mal.

—Robert ¿no era amigo de padre! —siguió Delia en sus trece—. Madre tuvo que inventarse esa mentira para que te casaras con él. El día que enterramos a padre, él le exigió a madre nuestra casa, el dinero, o a ti.

La primera reacción de Natalia fue quedarse muda de asombro. Después, lanzó hacia Robert una mirada empañada y preguntó con voz trémula:

—Dime que no es verdad. ¡Di algo! Mi hermana está enferma, creo que la mente le está jugando una mala pasada. —Tras ver la expresión desencajada de él, palideció y se tapó el rostro con las manos.

Andrés y Verónica comprendieron la gravedad de la situación, por lo que se levantaron de la mesa y abandonaron el salón. Delia dejó de prestar atención al drama que había montado y comenzó a perseguir un pájaro que había visto a través de la ventana. Robert se levantó con lentitud y caminó hacia Natalia. Al llegar junto a su silla, le tomó las manos entre las suyas y le dijo con voz entrecortada:

—Tenemos que hablar. Las cosas no son como parecen. Ya te lo dije en una ocasión: solo fue una partida de póquer, nada más.

—¡No me toques! —chilló enloquecida—. ¡Dios!, eres un monstruo y mi madre, otro. ¿Cómo habéis podido hacerme eso?

Se abalanzó sobre él y comenzó a pegarle puñetazos en el pecho. Robert no se movió ni intentó defenderse.

—Mi madre no ha podido ser tan mala. La habrás arrinconado y presionado para que te diera el dinero o la casa, y como no pudo ofrecerte ninguna de las dos cosas, te contentaste... ¡conmigo!

Robert, tras escuchar sus acusaciones, apresó sus manos intentando tranquilizarla.

—Vamos a sentarnos y te lo contaré todo. Fue un cúmulo de circunstancias desagradables, es verdad, pero ni soy un monstruo ni he chantajeado a tu madre. Tienes que creerme. —Le sujetó la barbilla obligándola a mirarlo a los ojos.

Ella se apartó de él y retrocedió un paso. Se limpió las lágrimas con el

dorso de la mano, alzó su mentón y dijo con voz rota:

—No quiero oír tus sucias explicaciones. Padre murió por tu culpa, jamás podré olvidarlo. Ni mucho menos, perdonarlo. Me llevaré a mi hermana y me iré de aquí esta misma mañana. Dispón el coche y haz los preparativos necesarios.

—Natalia, no te precipites, si no te dije nada fue para no herirte. ¿Qué caso tenía? Me vi envuelto en una noria de hechos y circunstancias ajenos a mí y decidí callar la verdad para no hacerte daño. Todo eso ya quedó atrás. ¡Mírame!, soy yo, el hombre que te quiere y desea compartir su vida contigo. No me abandones, por favor. No ahora. Perdóname.

Una lágrima solitaria comenzó a rodar por su mejilla.

Capítulo 38

Natalia se pellizó la cara deseando que la pesadilla que estaba viviendo fuese un sueño. Quería despertar y encontrar una realidad diferente. Sintió un inmenso dolor dentro de ella al entender que aquello estaba pasando de verdad.

Robert, el hombre del que creía que se estaba enamorando, el hombre por el cual había abandonado sus sueños y traicionado su corazón, era un embustero. Recordó el momento en el que dio el sí quiero, delante del clérigo de la iglesia de San Juan Bautista de Marchena. En ese entonces, ella escondía que estaba profundamente enamorada de otro hombre y él escondía que era el verdugo de su familia.

Acudió al jardín para buscar a Delia. Se le encogió el corazón al verla corretear feliz detrás de un pájaro con un plumaje colorido.

—¿Es hora de irnos a la escuela?

—Olvídate de la escuela, hoy regresaremos a casa —le contestó con más brusquedad de la que pretendía.

—Pero ¿por qué? —preguntó enfadada y ajena a la tormenta que había provocado sin ser consciente—. Me gusta vivir aquí, me dijiste que podía quedarme.

—Nos iremos a casa, porque... madre nos necesita —improvisó Natalia modulando la voz hasta convertirla en suave y agradable. Lo último que necesitaba en ese momento era que su hermana tuviera una crisis nerviosa.

La estrategia surtió efecto y Delia accedió a prepararse para la partida sin hacer otras preguntas. Natalia recogió las pocas pertenencias que había traído desde Marchena y depositó sobre la mesita de noche el rubí rojo que Robert le entregó como anillo de pedida. Recorrió la habitación que le había dado tanta felicidad y, al ver que no quedaba nada suyo, se acercó al dormitorio de su marido. Tocó con los nudillos la puerta y entró. Él estaba de pie junto a la ventana. Su cara abatida reflejaba dolor.

—Estoy lista para partir. No intentes inventarte más mentiras para tratar de convencerme, ni ahora, ni nunca. No quiero volver a verte.

—Natalia —Robert la llamó desesperado—. Por favor, piénsatelo.

Ella negó con la cabeza y limpió con desdén una lágrima que rodaba por su

mejilla.

—No me abandones, por favor —le rogó él, de nuevo, al tiempo que se acercaba a ella y le acariciaba la mejilla—. Mira, si quieres vamos a empezar de nuevo. Podríamos vivir en habitaciones separadas hasta que... Además, estás cojeando, tu pierna... Espérate al menos hasta mañana. No salgas de aquí mirándome de esa manera.

No. No. Imposible.

Ella le tocó el pecho con los dedos y lo empujó con suavidad. Negó con la cabeza, se giró hasta darle la espalda y salió de su cuarto. Robert la siguió presenciando con impotencia cómo salía de su vida. Jamás se había sentido tan destrozado. El carruaje estaba preparado y dos mozos esperaban pacientes para comenzar el viaje. Antes de subir, Natalia abrazó con cariño a Adriana.

—Has sido una gran ayudante. —La criada enrojeció orgullosa—. Te echaré de menos.

—Señora Natalia, he sido la envidia de todas las criadas por atenderla. Nunca la olvidaré. Esperaré su regreso.

Natalia le sonrió y le dio un caluroso abrazo de despedida. Se despidió del ama de llaves con cordialidad e hizo una inclinación de cabeza cuando Andrés y Verónica le desearon buen viaje con cortesía. Antes de subir al coche, se acercó a Robert.

—Respeto mi decisión. No hagas que esto sea más doloroso de lo que es.

—Que tengas un buen viaje. —Una ráfaga de viento agitó el cabello de Natalia y un mechón rebelde se escapó del recogido. Robert quiso acariciarle el pelo, pero se contuvo. Tragó saliva para liberar su voz, pues parecía haberse quedado mudo—. Si algún día quieres regresar, esta es tu casa. Eres la dueña de Montenmedio y la de mi corazón. No lo olvides.

Ella le miró durante unos segundos, pero no le contestó. Se subió al carruaje y, un momento después, cuando se atrevió a mirar por la ventanilla trasera, observó que Robert esperaba de pie, en el mismo sitio donde le había dejado.

Capítulo 39

El camino de regreso a Marchena fue largo y difícil. Natalia intentó aparentar normalidad delante de su hermana, que no paraba de preguntar por qué regresaban a casa. Una fina llovizna empeoró la situación y tuvieron que parar en varias ocasiones por el mal estado de la carretera. Al caer la tarde, los criados propusieron parar en una posada, pero Natalia se negó. Quería llegar cuanto antes, tumbarse en su cama y pensar. Estaba enfadada con Robert, con su madre, con su hermana, con su padre y hasta con ella misma. Cuando el coche paró delante de su casa, bajó apresurada y tocó con energía la campana de la entrada. Almudena abrió la puerta y no pudo disimular su sorpresa al ver a las dos hermanas.

—Madre, ¿dónde está? —gritó Natalia nada más entrar—. ¿Madre?

Patricia apareció un instante después con el rostro contrariado.

—¿Natalia? —estudió a su hija con los ojos muy abiertos—. No entiendo nada. Hace dos días, tu marido me escribió para avisarme de que ibas a regresar a casa. Ayer, recibí otra carta suya, donde decía que habíais solucionado vuestros problemas y que te quedabas allí junto a él. Y ahora me encuentro que estás aquí.

—¿Cómo ha podido? —Natalia dio un paso hacia ella y dijo con voz rota—: Consintió que me casara con el asesino de padre.

Estalló en llanto y se dejó caer de rodillas sobre las duras baldosas del salón.

—Así que... te has enterado. Lo siento. No tuve más remedio. Cincuenta mil pesetas son mucho dinero y no podía permitir que nos quedáramos en la calle.

—¡Me vendió, madre! —le recriminó dolida—. Sin embargo, eso no es lo peor que ha hecho. Me vendió al asesino de padre.

—Arreglé tu matrimonio, que es bien diferente —se defendió—. Si quieres buscar un culpable, siento decepcionarte. Ni soy yo, ni lo es tu marido. El culpable de nuestras desgracias, es tu padre. Él arriesgó la casa y la hacienda sabiendo que podía perderlo todo. Y, después, como un cobarde, se bebió una botella de bourbon y nos abandonó a nuestra suerte. Yo solo traté de arreglar nuestra situación. Lo hice lo mejor que pude. Y tu marido se vio involucrado

en todo ese embrollo sin querer.

—¡Padre, no es el culpable! —Natalia se levantó del suelo y comenzó a subir los escalones con celeridad—. Usted es la culpable junto con mi marido. Les imagino a los dos aquí sentados y trazando el plan.

«Soy el asesino de tu difunto marido y tengo las escrituras de vuestras casas. ¿Qué me puedes ofrecer a cambio de ellas?». «A mi hija Natalia, ¿cree que es suficiente para saldar cincuenta mil pesetas? Es joven, bonita y sabe tocar el piano».

—A él lo he abandonado y, a usted, no pienso volver a hablarle, ¡jamás! Ha destrozado mi vida. Me separó de Sergio. Hizo que me casase y me acostase con un asesino. La odio.

Patricia dejó caer la cabeza entre las manos. Al recibir la carta de Robert el día anterior, pensó que, por fin, la calma había llegado a su hogar. Y en este instante comprendió que se encontraba envuelta en la peor tormenta posible. Unas manos frías la zarandearon. Patricia se sobresaltó, levantó la vista y se encontró a Delia, quien le preguntó desorientada:

—¿Dónde está padre? Quiero saludarle.

—¡Dios!, ¿cómo sobreviviré con estas dos? —Se levantó de la silla como un resorte y buscó apoyo en las criadas—. Almudena, ocúpate de Delia y a mí, tráeme una infusión de sales para calmar mis nervios. Y que alguien le lleve la cena a Natalia. Encended las chimeneas de sus cuartos. ¡Rápido!

Unas semanas después la calma se instauró en la casa de los Vega. Delia regresó a su mundo de sombras y luces y, en los pocos momentos de lucidez, consolaba a su hermana animándola a perdonar a Robert. Entre Patricia y Natalia no se firmó la paz, pero comenzaron a dirigirse la palabra y a tolerarse la una a la otra.

—He de ir a la modista para encargarme vestidos de invierno. Acompáñame —le pidió su madre una mañana mientras desayunaban.

—Madre, no estoy preparada para salir de casa todavía. Si me encuentro a algún conocido, ¿qué diré? —preguntó ella con el ceño fruncido al tiempo que extendía una capa de mermelada de fresas sobre una tostada de pan.

—Dirás la verdad —le aconsejó con tranquilidad—. Que regresaste a casa por diferencias con tu marido. No has cumplido todavía dieciocho años, confío en encontrarte en breve a alguien que te valore.

—¡Madre! —la amonestó con la mirada—. Soy una mujer casada y lo seré

siempre, por mucho que Robert me haya concedido mi libertad, por lo tanto absténgase de fantasear con un nuevo hombre.

—No volverá a molestarte, descuida —la aseguró Patricia mientras se levantaba y se ponía la capa para salir—. ¿Crees que te esperará eternamente? Es probable que ya esté disfrutando de tu sustituta. La cama de un hombre joven y rico no permanece mucho tiempo vacía. Acuérdate de lo que te digo.

Natalia sintió la sangre subirse a sus mejillas. No sabía qué era lo que la había alterado más, si la vulgaridad del comentario de su madre o la posibilidad de que aquello fuese cierto. De repente, recordó la cara angelical de la dulce Verónica. La visualizó dando un tranquilo paseo junto a Robert tomando su brazo, y sus nervios se alteraron aún más.

Necesitaba tomar el aire. Se levantó de un brinco dejando intacto el trozo de pan tostado. Se abrigó con la capa y siguió a su madre, solo para desprenderse del sofoco que sentía.

La ciudad estaba especialmente alegre ese día y, nada más llegar a la plaza, se encontraron con una parada militar. La asaltaron los recuerdos y la imagen de Sergio comenzó a atormentarla. Tropezó con el bajo de su vestido, por lo que su madre la sujetó por el brazo y siguieron el camino hacia la casa de la modista.

De repente, Patricia se paró y le zarandeó el brazo para llamarle la atención. Natalia siguió la trayectoria de su mirada y se encontró en su campo visual a Sergio, vestido de gala militar, caminando a tan solo unos pasos de ellas. Su porte recto, envuelto en la túnica militar, estaba resaltado por los galones de capitán que descansaban orgullosos sobre sus hombros. No había advertido su presencia, por lo que Natalia intentó cambiar la trayectoria para no encontrarse con él de frente.

—Madre, iremos por aquí, no quiero encontrarme con Sergio.

—¿Y por qué no? —preguntó desistiendo de cambiar de rumbo—. ¿No era el amor de tu vida? ¿No ibas a marcharte con él, el mismo día de tu boda? Además, ahora es capitán, me puedo plantear una posible unión entre vosotros.

—¡Madre! —Natalia intentó zafarse, pero ya era demasiado tarde.

Los azules ojos de Sergio la estaban mirando desorbitados. Se quedaron los tres paralizados sin saber cómo proceder. Patricia fue la primera en reaccionar e inclinó la cabeza en señal de saludo. Sergio, animado por su gesto, comenzó a acercarse. En su cara se observaban señales de tensión a pesar de su sonrisa. Las piernas de Natalia se paralizaron, y su respiración se

aceleró envuelta en sentimientos contradictorios.

—¡Buenas tardes! —saludó él con cortesía mientras besaba la mano enguantada de Patricia. Después, se acercó a Natalia e hizo lo mismo con la suya a la vez que la penetraba con su intensa mirada celeste—. Que placer verte, no sabía que estabas en la ciudad.

—Mi hija ha regresado a casa, capitán —aclaró Patricia la situación, ante la mirada reprobatoria de Natalia—. Cuando quiera, puede pasar a tomar el té con nosotras.

—Madre, es probable que Sergio esté demasiado ocupado para tomar el té con nosotras —intervino para intentar evitar la atrevida invitación de su madre.

—En realidad, sí que puedo y será un placer —aceptó con rapidez—. ¿Mañana a las cinco?

—A las cinco me parece perfecto —declaró Patricia, satisfecha.

Se despidieron con cordialidad y, mientras caminaban, Natalia se preguntó distraída si lo que acababa de suceder era cierto o se lo había imaginado.

Capítulo 40

—¡No puedo creer que hiciera eso! —Natalia se abanicaba el rostro sonrojado mientras lanzaba miradas nerviosas al reloj. Faltaban diez minutos para las cinco de la tarde—. Estoy segura de que estaba al tanto de la parada militar y se inventó la visita a la modista. Sabía que podíamos encontrarnos con Sergio. Deje de meterse en mi vida, madre.

—Sergio fue tu primera elección —se defendió Patricia de los reproches de su hija—. Tienes que ser realista y empezar a pensar en tu futuro. Como mujer casada, solo podrás aspirar a estar con algún hombre que realmente te quiera. No quiero inmiscuirme en tu vida de nuevo, solo intento enmendar los errores del pasado, nada más. Un capitán joven y apuesto con una carrera prometedora por delante es lo mejor que puedes conseguir. Y sé de buena tinta, que él todavía te quiere. Cuando supe que abandonarías a tu marido, le mandé llamar y hablé con él. Sabe que nunca podréis formalizar vuestra unión, pero aun así desea estar contigo. En teoría, si tu marido te ha dado la libertad no tendríais ningún impedimento en convivir y hacer vida juntos, como si fueses una pareja casada. Sabe del trato y la deuda y, para ayudarte a escapar de las garras de tu marido, me prestó el dinero.

—¿Madre?! ¡Qué vergüenza! Nuestra relación fue limpia y pura. Ha manchado mis recuerdos. La odio —chilló descontrolada—. ¿A cuántas personas piensa venderme?

—Cuando supe que dejabas a tu marido, un hombre rico, apuesto y de buen ver, supuse que era para regresar con él. Tu padre nos había dejado en la ruina, a quién podía pedirle el dinero, ¿si no a él? Deja de abanicarte la cara, el amor puro y limpio es muy bonito, pero, aun así, por la mañana uno tiene que llevarse el pan a la boca.

Natalia miró a su madre cara a cara y se limpió con desdén una lágrima que colgaba del rabillo de su ojo.

—No te pongas a llorar. Alegra esa cara, porque el capitán está a punto de llegar. Además, no te apures, ya le devolví el dinero. Robert me lo mandó de vuelta, así que podemos respirar tranquilas, la deuda de tu padre ya está saldada. ¡Alabado sea Dios!

Deuda. Dinero. Robert. Sergio.

El toque de la campana anunció la llegada del invitado. Patricia lo recibió con cordialidad y lo invitó a pasar al salón. Después del saludo inicial, se marchó con la excusa de avisar a Almudena para traer la merienda. En cuanto se quedaron solos, Sergio se acercó a Natalia y depositó un beso sobre su mejilla. Un torbellino de emociones hizo acto de presencia entre ellos, en cuanto los labios de él tocaron su piel.

—Natalia, ¿qué pasó aquella noche? ¿Se enteró tu marido de nuestros planes?

—Sí, me descubrió enseguida y salimos de urgencia para la hacienda.

Puso distancia entre sus cuerpos y se alejó un paso de él. Un destello de dolor brilló en la mirada del capitán al advertir su gesto.

—Te vi partir con él, pero no pude hacer nada para impedirlo —se lamentó mientras apretaba la mandíbula con rabia. Volvió a acortar la distancia entre ellos y prendió sus manos—. Desde entonces, vivo atormentado y abatido por la culpa. No sabía dónde buscarte, ni cómo encontrarte.

—Fue mejor así —dijo en voz baja, al tiempo que se soltaba de su mano—. Nos habrían encontrado de todas formas y las represalias habrían sido muy duras. Lo que quisimos hacer, fue muy romántico y osado. —Sus miradas se rozaron cargadas de anhelo y promesas rotas—. Fue una locura. Nuestra última locura.

—¿Última por qué? ¿En qué situación estamos ahora?

—He dejado a mi marido —aseguró con tranquilidad—. Hace algunas semanas que he regresado a casa.

—¿Y por qué no me has avisado? —preguntó el joven militar exaltado—. ¿Te dejará libre?

—Quizá —contestó evasiva—. No te he avisado porque hay cosas... Que tengo que reflexionar. Además, tienes todo el derecho del mundo de no querer seguir con lo nuestro. Ya no soy la misma de antes, seré una mujer casada y eso pesa sobre el honor de cualquier hombre. Te he hecho suficiente daño, te mereces ser feliz. Aparte, tengo dudas con respecto a sepárame de él.

—Pero ¿por qué? —preguntó él extrañado—. Yo sigo enamorado de ti, podríamos, por fin, dar vida a nuestros planes. No hay nada que quiera más en este mundo que no seas tú, aunque sigas casada, te ha dado la libertad y espero que cumpla con su palabra. No dudes de mi amor, por favor. Solo a ti.

Solo a ti. ¿Sí? ¿No?

Natalia pensó que era muy afortunada. El amor de Sergio seguía intacto, a pesar de las circunstancias. Le acarició la cara con delicadeza pensando que era el hombre más tierno, bueno y noble que existía sobre la faz de la Tierra.

—No es tan fácil regresar al punto de partida. Lo siento, Sergio, pero ya no soy la misma de antes. Entre mi marido y yo... han ocurrido cosas. No sé cómo, ni en qué momento. Al principio, solo deseaba alejarme de él, hasta intenté escaparme. Cuando él accedió a darme la libertad, yo quise quedarme. No porque me estuviera obligando ni por la deuda, me quedé porque quise hacerlo. En este momento estoy confusa y no quiero ilusionarte. Aprendí que, en las relaciones de tres, siempre hay un perdedor. Tú eres un hombre maravilloso, te mereces ser feliz. Olvídame y búscate a otra mujer. Yo solo te he traído sufrimiento. Empieza de nuevo.

—Pero yo no quiero a otra —declaró con fervor—. Solo a ti.

Rodeó sus hombros, la abrazó contra su pecho y le besó el pelo. Natalia cerró los ojos y dejó su cabeza descansar donde latía su corazón. Las manos del militar se hundieron en su pelo y ella levantó la mirada hacia él. Sus impresionantes ojos azules le hicieron trasportarse a la época en la que florecen los cerezos. Los labios de él se aproximaron a los suyos y se dieron un beso largo, dulce, colmado de promesas rotas.

Al separarse, Natalia sintió que ese beso dulce y esponjoso sería el último que se darían. Esa época había terminado y ni él ni ella podrían ser de nuevo lo que antaño. Notó en su interior un sabor amargo. El sabor de la despedida.

La llegada de Patricia con el té, los obligó a separarse. Merendaron sin apenas hablar. Sergio se marchó media hora más tarde, abatido. Era la segunda vez que salía de aquella casa con el corazón roto.

—Hasta la próxima primavera mi regimiento se quedará en la ciudad —dijo él antes de marcharse.— Si cambias de opinión, házmelo saber.

Tras quedarse sola, Natalia subió a su cuarto y comenzó a ordenar su ropa. El encuentro con Sergio consiguió arrojar luz sobre sus sentimientos. Comprendió que él fue para ella un ideal y, su amor platónico, como una suave brisa de verano que te refresca la piel, pero que una vez que ha pasado, vuelves a sentir calor. Ella ya no vibró con su abrazo. Su cuerpo le pedía más, le pedía el amor de Robert.

Estaba todavía dolida con él, pero comprendió que la vida no era perfecta y había que aprender a vivir con lo bueno y con lo malo. Robert fue el hombre que se quedó con las escrituras de su padre, hecho que nada ni nadie podía

cambiar. Su padre reconcomido por la culpa, no pudo superarlo, pero nada ni nadie podía devolverle la vida. Los dos hombres coincidieron en aquella fatídica noche, y no era la culpa ni de uno ni del otro. Fue el destino que lo había dispuesto así. Y el mismo destino se había encargado de unirlos a ella y a Robert.

Sabía que no iba a ser fácil perdonar y olvidar, pero estaba dispuesta a intentarlo. Él había sido paciente con ella perdonándole sus intentos de escaparse y sus desplantes. Para él tampoco había sido fácil seguir con una mujer que le había declarado abiertamente que amaba a otro hombre. Le había dado una oportunidad tras otra y Natalia decidió ser igual de generosa.

Al caer la noche, dejó las tres maletas repletas de ropa y otros enseres esperando al lado de la puerta. Bajó al comedor y, cuando Patricia y Delia tomaron asiento, dijo:

—He preparado mi equipaje, mañana viajaré a la hacienda de mi marido. He decidido perdonarlo.

—Toda tu vida me has llevado la contraria. Te pareces tanto a tu padre — se lamentó Patricia con un suave deje de dolor en la voz—. Te doy la opción de rehacer tu vida con el hombre que tú habías elegido y, en vez de agradecermelo, decides hacer todo lo contrario.

—Madre, no tiene nada que ver usted, no lo hago por contrariarla. Sergio fue siempre para mí un ideal, una especie de héroe, algo lejano e inalcanzable. Robert, en cambio, ha sido real desde el principio y, poco a poco, ha sabido colarse en mi corazón. Es mi marido y, aun cuando estoy dolida con él, he comprendido que no debe cargar él solo con la culpa de todo lo que ha pasado. Aprenderé a vivir con el dolor, la rabia y la impotencia. Sabe lo mucho que yo quise a padre, pero he comprendido que nada de lo que yo haga, hará que vuelva con nosotras. Y si me condeno a ser infeliz para el resto de mis días, tampoco volverá. Mi marido es el hombre que yo necesito a mi lado y quiero darle una oportunidad.

—Eres una mujer casada y si decides volver a casa con tu marido yo no puedo impedirte —dijo Patricia entristecida—. Solo te ruego que lo pienses y no te precipites. La deuda de tu padre ya está saldada, eres libre de hacer lo que te plazca. Robert es un misterio para mí, desde el principio he tenido dudas con respecto a él, es contradictorio y difícil de manejar. Tú eres una mujer muy pasional y soñadora, no sé si como pareja vais a encajar.

—¿Quién es Robert? —la voz cristalina de Delia, cortó el discurso de

Patricia, quien puso los ojos en blanco desesperada.

Natalia se levantó de su silla y acudió al lado de su hermana. Le besó el pelo con cariño y le dijo con voz tranquila:

—Robert es mi marido. El hombre que tiene los ojos de color bronce.

En la cara de Delia apareció una resplandeciente sonrisa.

—Claro que sé quién es Robert. Solo estaba bromeando. ¿Puedo ir contigo a la hacienda?

—Esta vez no —se negó Natalia—. Déjame que aclare las cosas con él y, si todo va bien y no me encuentro alguna sustituta por allí, te mandaré llamar.

Capítulo 41

La mañana del veintiuno de diciembre amaneció húmeda y fresca. Robert espoleó a Verdi animándole a cabalgar más deprisa. Desde los lomos de su caballo, recorrió con la vista su hacienda. Se le hinchó el pecho de orgullo al observar el pequeño edificio habilitado como escuela donde, cada día, los niños de aquella hacienda se instruían. Aumentó el paso de su caballo y cuando llegó a la altura del invernadero disminuyó el ritmo. Recordó la ilusión que lo movió a construir ese lugar, lo hizo para quien, por aquel entonces, era su prometida. Ahí había sido el hombre más feliz del mundo. Fue el día que su mujer le dijo que había decidido quedarse con él no por ser coaccionada sino porque quería. Cuando Natalia abandonó la hacienda, descargó toda su rabia e impotencia contra ese lugar y ordenó destruirlo, pero Andrés lo convenció de que era una buena inversión a la que podrían sacarle provecho. Ofrecieron las rosas a las floristerías de la ciudad y, en menos de una semana agotaron todas las existencias. Fue un éxito inesperado y las ganancias importantes, por lo que estaban construyendo tres invernaderos más en los que iban a cultivar las flores más demandadas.

Robert siguió avanzando, deseando no acordarse más de ella cada vez que pasaba cerca de los invernaderos. Los primeros días, tras la partida de Natalia, permaneció encerrado en su cuarto con la única compañía de la bebida. Volvió a experimentar el rechazo del pasado y se sintió tan solo y asustado, como cuando era niño y tuvo que dejar su hogar para irse con un desconocido. En cada rincón de su cuarto encontraba recuerdos de ella y su sonrisa lo perseguía sin descanso. Para amortiguar el dolor provocado por su ausencia, encontró consuelo en el alcohol.

Se quedaba sentado en un sillón al lado de la ventana y se entretenía mirando a través del cristal. Cuando la bebida nublaba su pensamiento, dejaba su mente en blanco y, simplemente, veía pasar por delante de sus ojos los amaneceres y las puestas de sol. El día que Adriana se negó a llevarle más bebida desahogó toda su rabia contra el ama de llaves y las criadas de la casa, gritando y repartiendo su mal humor. Andrés intervino a tiempo y calmó los ánimos ayudándole a salir de aquel pozo negro. Robert se sintió avergonzado y, a partir de ese día, retomó su actividad diaria y aprendió a convivir con el

dolor y la añoranza. Se dio cuenta de que era más fácil sobrellevarla si se mantenía ocupado.

Tras dos semanas sin tener noticias de ella, comenzó a tomar en cuenta la posibilidad de que jamás volviese. Sabía que para rehacer su estado emocional debía romper todos los lazos con el pasado y olvidarse de ella. Pero, todavía, no se sentía preparado para dar el paso e inventaba excusas para no dejar de pensar en ello. En el fondo de su alma esperaba un milagro.

El sol comenzó a asomarse tiñendo de rayos dorados el horizonte. Robert aminoró la marcha al entrever a lo lejos un punto minúsculo, en movimiento. Tiró de las correas del caballo y paró la marcha. Agudizó todos los sentidos y se puso la mano en los ojos, a modo de visera, observando un coche acercarse. Era todavía muy temprano y no esperaba ninguna visita. Sin saber por qué sintió su corazón acelerarse y todas y cada una de las células de su piel despertaron a la vida. Espoleó el caballo hasta que comenzó a galopar. El aire frío le azotaba la cara, pero siguió avanzado con el mismo ímpetu. Minutos más tarde, pudo ver con claridad que el coche cargado de maletas iba en dirección a la casa grande. El corazón le dio un vuelco al divisar a través de la ventanilla una melena espesa, oscura y ondulada.

¡Los milagros existían!

Cuando finalmente llegó a la misma altura del coche, detuvo su caballo y se quedó esperando. Natalia abrió la puerta y bajó los escalones recogiendo con cuidado los pliegues de su vestido color cereza. En solo un instante, invadió de alegría la hacienda y su corazón. Descendió del caballo y se esforzó en no correr hacia ella. Si había podido contenerse dos largas semanas, podría hacerlo unos segundos más. Ella avanzaba despacio y la expresión de su rostro era indescifrable. Parecía seria, pero al mismo tiempo contenta. Cuando llegó junto a él, su boca generosa se ensanchó en una amplia sonrisa y en su rostro se vislumbró el brillo de la felicidad.

Y en ese momento, él supo que había venido para quedarse. Dejó de tener miedo y alargó los brazos hacia ella. Natalia dio un paso más y se fundieron en un sentido abrazo. Robert inspiró su perfume al tiempo que le besaba el pelo y disfrutaba de la sensación que le producía sus cuerpos abrazados. Permanecieron callados, dejando que sus almas se rencontraran. Él fue el primero en separarse de ella. Alargó la mano como si estuvieran cerrando un trato y dijo:

—Bienvenida a Montenmedio. Soy Robert Conde. En realidad, mi nombre

era Roberto, pero al funcionario del registro civil no le quedaba espacio para escribirlo entero y lo acortó, o por lo menos, eso contaba mi padre cuando se emborrachaba. El apellido lo adopté en Italia, hace muchos años atrás, porque no sé cuál es el apellido de mi familia. La noche del dieciséis de agosto, conocí a tu padre en una partida de cartas. Soy experto en el póquer, pero no hago trampas jamás, simplemente, soy muy bueno con los números, cuento las cartas que yo tengo más las cartas que salen y calculo las posibilidades de mis adversarios. Tu padre perdió y, como deuda de juego, me entregó las escrituras de su casa y su hacienda.

»Ojalá yo hubiera sacado peor puntuación, pero no fue así y no hay nada que pueda hacer para cambiar los hechos. Siento habértelo ocultado, lo hice con la mejor intención: ahorrarte sufrimiento. Quedé prendado de tu belleza en cuanto te conocí en el funeral. Desde el primer momento quise tenerte. Deseo de todo corazón compartir mi vida contigo y si has venido para quedarte, me harás el hombre más feliz del mundo. Esa es mi historia y esto es lo que soy. Si me das la mano, me aceptas con mis virtudes y mis defectos.

Ella escuchó su discurso sin pestañear, y respondió:

—Soy Natalia Vega, tu mujer, y he venido para quedarme. Sé que eres el hombre que se quedó con las escrituras de mi padre, todavía me duele, pero aprenderé a vivir con ello. En el tiempo que hemos estado separados, he comprendido que no fue solo culpa tuya, sino un cúmulo de situaciones. Hasta yo, sin saberlo, induje a mi padre a cometer esa locura al contarle mis intenciones de casarme con un simple militar sin fortuna. Esa primavera conocí a Sergio, un hombre bueno, generoso y noble, del que me enamoré perdidamente. Me casé contigo obligada por mi madre y por las circunstancias y, te odié intensamente durante los primeros días de nuestro matrimonio.

»Cuando estuve lejos de ti, vi a Sergio y nos dijimos adiós. Comprendí que ya no era posible retomar nuestro amor, después de lo que viví a tu lado. Mi cuerpo y mi corazón te han elegido a ti. Ya sé cuáles son mis sentimientos y mi lugar en el mundo. Quiero vivir aquí, contigo, y despertarme cada mañana en tus brazos. Si sellamos el trato, nos aceptamos el uno al otro con nuestro pasado y con lo que está por venir. Sin mentiras, sin engaños, sin secretos.

Se dieron la mano y, bajo los primeros rayos de sol de aquella fría mañana de diciembre, sellaron el último trato y se fundieron en un dulce y apasionado beso.

Epílogo

Cinco meses más tarde...

El alegre canto de un pájaro junto a la suave luz que se colaba a través de la ventana, hicieron que Natalia abriera los ojos. Apartó la colcha y se sentó perezosa sobre el borde de la cama. Recordó que tenía mucho trabajo por delante y se apresuró al ir al cuarto de baño. Media hora más tarde, ataviada con un alegre vestido de día y el pelo recogido detrás de la nuca, se dirigió hacia la habitación de Delia. Tocó con suavidad y entró. Observó alarmada que la cama estaba vacía.

«¿Dónde habrá ido tan temprano?», se preguntó al tiempo que bajaba la escalera con paso ligero.

El olor a pan recién hecho, huevos revueltos y café provocó que su boca se hiciera agua. Saludó a Elena y acudió al comedor, donde encontró a Robert y a Andrés, disfrutando del desayuno.

—¡Buenos días! —saludó ella en tono alegre mientras se acercaba a su marido y le daba un beso en la mejilla. Él la miró de un modo expectante y ella, a duras penas, pudo contenerse para no soltarle lo que le tenía preparado. Se giró hacia Andrés y compartieron un pequeño gesto de complicidad con la mirada—. Iré a buscar a Delia y luego me sentaré con vosotros a desayunar.

—No tardes, si tú no estás a mi lado, el café no sabe igual —le pidió Robert con una sonrisa—. Yo que tú la buscaría en las cuadras, ya sabes que siente auténtica devoción por Verdi.

Natalia salió precipitada y comenzó a llamarla. Se paró y charló animada con un grupo de niñas que se dirigían a la escuela y después se encaminó hacia la cuadra. Entró despacio para no asustar al caballo por si se encontraba cerca de su hermana. No le gustaba su nueva afición a los caballos, esos animales por los que ella particularmente no se moría de amor, pero la veía tan feliz que no podía quitarle esa alegría.

Las cuadras olían a heno seco y cereales mezclados con agua. Una yegua, que estaba a punto de parir, la observó con una mirada desafiante y comenzó a relinchar. Natalia recogió los bajos de su vestido para no mancharlo y se acercó a una cuadra, desde donde le llegaba la voz de su hermana. Estaba de espaldas a ella y cepillaba con esmero el pelo corto de color chocolate de

Verdi, un caballo muy veloz y ágil, que se dejaba mimar por Delia.

—¿Sabes? A veces pienso que para mi hermana soy una carga. Te dije que, de un tiempo para acá, me siento mucho mejor y olvido menos las cosas, pero ella sigue sin fiarse de mí. Cada mañana, en vez de sentarse a desayunar con su marido, se pasea por los alrededores para localizarme. Y eso hace que me sienta insegura, y no es justo, porque yo soy la hermana mayor. —El caballo movió la cabeza y parecía que estuviera asintiendo y entendiendo los problemas de su nueva amiga.

Natalia se tapó la boca con la mano para que su respiración entrecortada no fuera escuchada por su hermana. Observó cómo ella acariciaba el cuello del animal y acercaba su mejilla a su piel. Era un misterio, hasta para el mismísimo Robert, el hecho de que Verdi la tratase de esa manera y se dejase en sus manos sin protestar.

Se alejó de la cuadra y cuando salió al exterior sintió las lágrimas caer por sus mejillas. Nunca había pensado que su sobreprotección podía molestar a su hermana y, mucho menos que le crearía sensación de inseguridad. Solo se preocupaba por Delia, lo había hecho toda su vida porque la quería mucho.

Se lavó las manos en una fuente y se fue derecha al comedor. Desayunó intentando no sentir pánico, ni imaginarse mil y una cosas malas que podían sucederle a su hermana sola en aquella cuadra. Cuando ya estaba con el café la vio entrar radiante en el salón. Llevaba en la mano un manojo de lirios morados y, mientras los ponía en un jarrón, dijo animada:

—¡Buenos días a todos! Siento llegar tarde, pero he pasado a saludar a Verdi y he traído flores frescas. —Natalia se tragó las lágrimas al ver lo mucho que Delia disfrutaba de su confianza—. Robert, un día de estos, quiero que me permitas dar un paseo con él. ¡Por favor!

—Delia se te ve radiante hoy. Ven, siéntate aquí con nosotros, el desayuno se está enfriando y hay buñuelos de calabaza. —Ella le sonrió de buena gana y se sentó en la mesa. Tomó un trago largo de zumo de naranja y agarró un bollo rebozado en azúcar—. Verdi es un caballo muy fogoso, debemos ir poco a poco, ¿de acuerdo? Daremos pequeños paseos, pero siempre conmigo.

Natalia le agradeció el gesto con la mirada y sintió una oleada de amor hacia él.

Una hora más tarde esperaba sentada al piano la llegada de su marido. Había acordado un pequeño secreto con todos los empleados para darle aquella sorpresa. Robert lo merecía. Verónica asomó sus alegres rizos por el

marco de la puerta y le hizo una señal con la mano, hecho que indicaba que Robert ya estaba cerca. Natalia le sonrió agradecida. Contra todo pronóstico, entre ella y la dulce profesora, se había forjado una bonita amistad.

Cuando escuchó la puerta abrirse, comenzó a tocar las teclas del piano y la sentida canción «Amapola» que había sido entonada en su boda por un coro, sonó con mucha fuerza. Robert se paró en seco y sus ojos empañados hablaron por él. Le sonrió y se quedó embelesado al lado del piano hasta que ella terminó de cantar. En cuanto la última nota dejó de sonar, Natalia se levantó de un salto y le abrazó en cuello con entusiasmo.

—¡Feliz cumpleaños, mi bello terrateniente! —dijo ella al tiempo que le daba un beso efusivo en los labios.

—Así que lo sabías y no has dicho nada —se hizo el ofendido—. Llevo toda la santa mañana esperando un gesto cariñoso por parte de mi bella esposa. Estaba a punto de sobornar a una criada para que te lo dejase caer, así como quien no quiere la cosa.

Rieron los dos relajados y, entre besos y abrazos, escucharon un sonoro y llamativo grito colectivo:

—¡Feliz cumpleaños!

Se giró sorprendido y toda la gente que él quería lo rodeó en un instante: el administrador de su finca, la profesora de la escuela, el ama de llaves, las criadas, los mozos, los niños y Delia. De uno en uno le felicitaron ofreciéndole pequeños obsequios. Una orquesta comenzó a sonar y cuando se asomó a la ventana observó mucho bullicio, como si hubiese una fiesta. Se giró sorprendido hacia Natalia y su sonrisa generosa le confirmó sus sospechas.

—No me mires como si me hubiesen salido cinco cabezas. Por supuesto que he organizado una fiesta para el día de tu cumpleaños. Es mi regalo, vamos a disfrutarlo.

Robert la atrajo hacia él de un tirón y le dio un beso en los labios entre vítores y aplausos. Salieron al jardín y comenzaron a celebrar el cumpleaños del patrón. La cerveza corría a raudales y el asado de carne se servía en abundancia.

Natalia le tomó la mano y lo sacó a bailar. Él la sujetó con firmeza por la cintura y comenzaron a dar vueltas y a moverse, al ritmo de la canción. Cuando finalizó, él la besó en la mejilla y le dijo en voz baja:

—Gracias, es la primera vez que alguien me organiza una fiesta de

cumpleaños. —Sus ojos color bronce brillaron con intensidad y Natalia pudo ver en ellos mucho dolor y heridas escondidas.

—Será la primera de muchas más, porque pienso organizarte una cada vez que cumplas años, mi bello terrateniente.

—En ese caso, no me quedará otra cosa más que adorarte hasta límites insospechados, mi bella esposa.

Ella le rodeó por los hombros y él la estrechó entre sus brazos. No pudieron besarse, puesto que se vieron rodeados por varias personas quienes habían formado un círculo a su alrededor y los incitaban a unirse a ellos para bailar.

Esa misma noche, mientras se preparaban para irse a dormir, Natalia se acercó a su marido sonriéndole de un modo enigmático. Él dejó de desabrocharse los botones de la camisa y la atrajo en su regazo.

—Esta sonrisa tuya me dice que me tienes preparado algo más.

—Robert Conde, estás en lo cierto, ahora que estamos a solas, quiero darte mi regalo de cumpleaños.

—¿Otro regalo? Sí me has hecho el hombre más feliz de Montemedio, has tocado para mí el piano, me has organizado una de las mejores fiestas de esta hacienda, ¿qué más podría desear?

Ella le abrazó el cuello con ternura y depositó un dulce beso en sus labios. Se separó unos centímetros de su boca y dijo emocionada:

—Has tenido una vida muy solitaria y triste. Creo que ha llegado el momento de aumentar la familia.

La mirada de Robert se agrandó por la sorpresa. Necesitó unos instantes para serenarse y aplacar los fuertes latidos de su corazón. La sonrisa cargada de felicidad de ella le confirmó que, efectivamente, aquello sucedía en realidad. Preso de un repentino entusiasmo, saltó de la cama cargando a su mujer en sus brazos.

—¿Vamos a tener un hijo?

—Así es —afirmó contenta—. Dentro de unos siete meses, según la comadrona, entrará en nuestras vidas un pequeño Robert o una pequeña Natalia.

Robert repartió una lluvia de besos sobre ella, al tiempo que exclamaba extasiado:

—¡Voy a ser padre! Gracias, es el mejor regalo que podrías hacerme. Que sepas que esperaré uno parecido cada vez que cumpla años.

—Cada vez que cumplas años, me parece complicado. —Rio ella—. Pero en algunos cumpleaños, al menos tres o cuatro, cuenta con este bonito regalo.

Robert la estrechó fuertemente en sus brazos, colmándola de besos y gestos cargados de cariño.

Fin

Sobre la autora

Nadia Noor vive en Valencia con su marido y sus dos hijos. Es ingeniera técnica y tiene un máster en Políticas de Integración Ciudadana. Trabaja en el departamento de exportación de una empresa y dedica todos sus ratos libres a escribir, que es su gran pasión. Consiguió ver cumplido su sueño literario al publicar en 2017 su primera novela, *Míster 7*. *Miss 7* fue su segundo trabajo, cerrando la trama del primer libro. Ahora nos presenta con el sello digital de Editorial LxL, Bookit, una novela basada en 1899, *Deuda de familia*.

